

control de su conciencia, extrañas de algún modo a su propia personalidad. Tal actitud no es posible sin la distractividad que es en sí misma otra manifestación del estrechamiento del campo de la conciencia. Sugestionable, el histérico lo es a su modo, totalmente, absolutamente. Tal débil de espíritu, un fóbico,<sup>1</sup> un nosómano<sup>2</sup> puede ser impresionado por una lectura, una conversación y reproducir en gestos, en actitudes, las ideas que asimismo le han sido sugeridas por esa causa, pero aquí la sugestión reviste un carácter de acabado y de perfección que sólo encontramos en el estado mental de esos individuos. Así pues se ha denominado justamente la histeria no solamente una sugestibilidad patológica, sino la sugestibilidad de lo patológico. Se explican así los trastornos sensitivos-motores con sus corolarios de contracturas, parálisis, anestias, etc., en reproducción de trastornos parecidos provocados por la receptividad especial de los sujetos. En resumen, y tanto como pueda esquematizarse una doctrina desarrollada en tantos libros célebres con un gran rigor dialéctico, Pierre Janet define la histeria como «una enfermedad caracterizada por el recortamiento del campo de la conciencia personal y por la tendencia a la disociación y a la emancipación de los sistemas de ideas y de las funciones que, por su síntesis, constituyen la personalidad».

Tales son las dos doctrinas que ocupan la atención de los psiquiatras y de los neurólogos sobre el problema de la histeria y sobre las cuales estamos poco calificados para pronunciarnos.

Sea como fuere, si el fenómeno de la posesión —trance o éxtasis— en los posesos del Vaudou es una psiconeurosis,

<sup>1</sup> El que sufre de miedo irracional.

<sup>2</sup> El que está obsesionado por la preocupación de su salud.

¿puede clasificársela en la categoría de la histeria de acuerdo con una u otra de las doctrinas arriba expuestas?

No lo creemos. Los posesos de la *ley* no son posesos en los que pueda provocarse el ataque por sugestión y a los cuales pueda curarse por persuasión. En lo cual la definición del doctor Dorsainvil nos parece inexacta cuando, conciliando las dos doctrinas de la histeria, sitúa la posesión vaudesca sobre el plano «de un desdoblamiento del yo... con predominio de los síntomas pitiáticos».

Por otra parte, ¿del hecho de que la disociación de los elementos constitucionales de la personalidad con trastornos concomitantes de la sensibilidad formen la trilogía sintomática de la crisis de los «servidores» del Vaudou, se desprende que la misma sea una manifestación de histeria según la doctrina de Janet?

Tampoco lo creemos. Sin duda, aquí también, aquí sobre todo, la realización de la crisis no se opera más que sobre el plano del subconsciente, por consiguiente con exclusión de toda participación de la voluntad del creyente. Aquí también, tal sollicitación sólo es posible en una mentalidad en que la hipotensión psicológica desempeñe el papel principal. El mecanismo patogénico es pues el mismo en uno y otro caso, pero llegado a un cierto grado de la curva, el paralelismo cesa. Si los trastornos histéricos de gran estilo con su carácter teatral han casi desaparecido de los cuadros nosológicos porque ellos eran la resultante de un proceso de sugestión determinado por los médicos mismos, no es menos cierto que la enfermedad se revela todavía por signos casi idénticos en cualquier caso. Primero es el ataque. Muy a menudo sobreviene a causa de una contrariedad. El sujeto se lleva la mano al pecho, se desmadeja como una masa, se queda inmóvil, rígido en

el suelo con los dientes apretados, los ojos cerrados, o todavía se agita en movimientos musculares desordenados. Otras veces, el cuerpo se arquea en arco de círculo, con el talón y la cabeza descansando únicamente en el suelo. Según el público, la crisis puede acabar tan bruscamente como había sobrevenido. En pocos minutos, en algunas horas con o sin intervención del médico o de los presentes, todo entra en el orden, a menos que no haya una serie de crisis subsiguientes o que la enfermedad se asocie a algún otro fenómeno mórbido francamente orgánico. En éste puede encontrarse una serie de trastornos sensitivo-motores: contractura, hemianestesia, discromaptosia<sup>1</sup> todos susceptibles de ser curados por la persuasión...

Tal es la vía ordinaria de una crisis de histeria exenta de toda simulación —lo que por otra parte es extremadamente difícil de establecer.

¿Hay identidad o simple analogía con una crisis de posesión vaudesca? Nos inclinamos por la segunda hipótesis. Pero oid más bien.

Aquí, el sujeto requiere —lo más a menudo, pero no siempre— una atmósfera especial, o sea la de la ceremonia del culto que deberá tener efecto sólo en un marco donde planean los misterios de la fe. La escena tiene lugar en las cercanías del templo en casa de algún devoto. Al aire libre o bajo una glorieta se reserva un espacio para el cumplimiento de la ceremonia cuya fase más alegre es la de la danza. El gran sacerdote inicia el culto por la consagración de los lugares. Ofrece libaciones a los dioses, echa en el suelo harina de trigocandeal, derrama los lí-

<sup>1</sup> Nombre genérico que sirve para designar los trastornos en la percepción de los colores, particularmente la dificultad de reconocer los colores.

quidos pronunciando las palabras litúrgicas. La voz grave y sorda de los tambores prolonga la vibración de los cantos y de los sortilegios. El *Hougán*, revestido de sus atributos, entona la melopea litúrgica que toda la asistencia contesta a coro. Danzarines ágiles como geniecillos se lanzan a la arena y multiplican el ritmo de los pasos a la cadencia de sonidos nostálgicos y evocadores de embriagueces orgiásticas. Bruscamente el poseso surge de la multitud donde su atención estaba intensamente concentrada en la marcha de la ceremonia y se mezcla con los danzarines, o bien, simple danzarín él mismo, se intoxica, cada vez más, con los sonidos y los movimientos y baila, baila perdidamente. Pero he ahí que se detiene, aturdido. Vacila, aúlla, se desploma en el piso, postrado o agitado por violentas contorsiones. Se levanta por sí mismo o ayudado por un asistente. Su cara adquiere el aspecto de una máscara atormentada. A menudo, los tambores se callan en tal momento. La audiencia se concentra y el poseso con voz alterada donde tiembla el tumulto de su alma, improvisa una canción en honor del dios del que está poseído y que ofrece su identidad por boca del sujeto. Y el poseso imprime una nueva impulsión a la danza con redoblado ardor, endiablado, inexpressable.

Pero fuera de la atmósfera ceremonial, la crisis puede surgir del modo más discreto del mundo, a veces provocada por un grave problema en que se encuentran empujados el honor, los intereses, la vida misma del sujeto o de sus compañeros. En ese caso, el poseso sin pasar por las fases convulsivas, y según los atributos del dios que lo habita, vaticina, profetiza, ordena, prescribe imperativamente.



En fin, tenga lugar entre los ritos del culto, ya sea en la calma y la serenidad de la atmósfera familiar en que se manifiesta, la crisis vaudesca presenta a la observación su signo *patognomónico*<sup>1</sup> que es el delirio de la posesión. Allí el delirio es constante. Puede constituir por sí solo toda la crisis. Si el delirio no existe, todo el resto se desvanece. Cosa interesante, muy a menudo no es incompatible con el cumplimiento de los actos ordinarios de la vida corriente. Queremos decir que el delirante puede entregarse a sus ocupaciones usuales, consagrarse al ejercicio de su oficio sin cambiar nada en el orden de sus hábitos, con una regularidad que revela el poder de los automatismos de coordinación y de dirección. Pasada la crisis, el sujeto no conserva ningún recuerdo ni de lo que ha dicho ni hecho durante el tiempo que ha durado su segunda personalidad. He aquí cómo se realiza el fenómeno de la posesión en los «servidores» del Vaudou.<sup>2</sup> De acuerdo con los datos esquemáticos de las dos psicosis tales como hemos tratado de exponerlas, nos parece que si hay paralelismo en su marcha sintomática, hay divergencias esenciales que señalan su discriminación. Que una y la otra participen del mismo proceso cuya raíz se prolonga en las profundidades del subconsciente, es lo que hemos tratado de demostrar mediante nuestro análisis, pero que sus manifestaciones sean en un momento dado distintas al punto de constituir cada una de ellas una manera de ser propia, una fisonomía especial, es asimismo a lo que llevan nuestras conclusiones. En opinión nuestra, la diferencia entre

<sup>1</sup> El signo patognomónico sólo se encuentra en estado mórbido determinado y basta él mismo para caracterizar este estado mórbido y plantear el diagnóstico.

<sup>2</sup> Queda bien sentado que un histérico puede ser también un «servidor». En ese caso, reúne en él las dos psicosis.

ellas es aún mucho más profunda porque descansa sobre tendencias específicas. La morbilidad histérica se nos antoja más particularmente un trastorno imaginativo. La histeria no es una enfermedad imaginaria, ella es la enfermedad de la imaginación, la sugestibilidad del patológico.<sup>1</sup>

Ahora bien el *estado posesivo* es muy otro, se desarrolla en el plano del misticismo. Si ofrece el espectáculo de fenómenos neurológicos como la convulsión, también presenta síndromes no reductibles por la persuasión tales como la anestesia sensitivo-sensorial que permite al poseso del Vaudou hundir sin vacilar sus manos en cazuelas llenas de alimentos en plena cocción o masticar vidrio o cascos de botellas, hiriéndose o no, lamer láminas de acero al rojo vivo sin que parezca que sufra por ello. Claro está, se puede encontrar a histéricos y a otros vesánicos promotores de actos de automutilación, pero su ejecución es involuntaria, producto del extravío o de la excitación, en tanto que nuestro «servidor» los realiza por su propia voluntad o más exactamente obedeciendo a la voluntad de su dios deliberadamente. En definitiva, a nuestro parecer, la crisis vaudesca es un estado místico caracterizado por el delirio de la posesión teomaniaca y el desdoblamiento de la personalidad. Dicha crisis determina actos automáticos y es acompañada de trastornos de la cenestesia.<sup>2</sup>

Y el mecanismo de dicho delirio se explica por una exageración patológica del lenguaje interior, lo que Dela-

<sup>1</sup> J. B. Logre: *Estado mental de los histéricos*.

<sup>2</sup> Cenestesia: *koinós*, común, *estesis*, sensibilidad. «Sentimiento que tenemos de nuestra existencia, gracias a la sensibilidad orgánica vaga y débilmente consciente en estado normal, que deriva de todos nuestros órganos y tejidos, comprendidos los órganos de los sentidos.



croix llama una *hiperendofasia*<sup>1</sup>. En su inestabilidad mental, el individuo presa de una alucinación auditiva cree escuchar una voz interna que reemplaza sus propias facultades verbomotrices. «Es el automatismo que lo sacude y que dirige su atención sobre el contenido del discurso y que lo aleja de su forma. El enfermo siente formularse en sí a menudo palabra por palabra y frase por frase un pensamiento ajeno. Hablan dentro de él.» Y esta palabra interior, exasperada que no es más que una alucinación auditiva, verbal, se hace tan imperativa, «incoercible y apremiante» que imprime al sujeto la actitud de la personalidad extraña que parece haber invadido el campo de su conciencia. Sin embargo, las palabras que dice el individuo le resultan, muy a menudo, caóticas, ininteligibles. Está persuadido que es el Espíritu el que habla por su boca. A veces en ese desorden de palabras se esboza un sentido que se hace tanto más misterioso por su misma obscuridad. Otras veces el lenguaje se anima, se vigoriza y la hiperendofasia del sujeto se hace explícita en términos de elocuencia, en períodos balanceados, incluso en dialectos extranjeros y todo ello contrasta extrañamente con la ignorancia habitual del individuo. Es propiamente el fenómeno de la glosolalia.<sup>2</sup> Es común a todas las religiones, al menos en sus orígenes y se perpetúa entre los místicos de todos los cultos.<sup>3</sup> Debido a que los «servidores» del Vaudou son místicos volvemos a encontrar en ellos la identidad del fenómeno tal como se revela en otras religiones.

<sup>1</sup> *Hiper*, lo que es con exceso; *endón*, dentro; *fasis*, palabra. Delacroix: *El lenguaje y el pensamiento*.

<sup>2</sup> Cf. San Pablo, *Primera Epístola a los Corintios*, Cap. XIV.

<sup>3</sup> Henry Delacroix: *La religión y la fe*.

Nos consta cuán chocante es esta conclusión para un gran número de gente normal. Sólo se considera el misticismo en Haití en función de la piedad cristiana y para rendir homenaje a aquellos que han sido tocados por esta manifestación de la beatitud divina. Por otra parte, el Vaudou, acorralado por el brazo secular, condenado por la Iglesia, temido por todos como la peor de las supersticiones, ¿puede engendrar actos y fenómenos de misticismo se preguntará cada cual, escandalizado?

No, será la respuesta de la mayor parte.

Ahora bien, nosotros que no nos preocupamos ni de agradar ni de desagradar a quien sea, nosotros que proseguimos nuestra investigación científica con la serenidad de una experiencia de laboratorio, no podemos proponer ni aceptar soluciones complacientes.

Poco importa que las conclusiones a las cuales llegamos choquen con respetables convicciones, echen abajo construcciones erigidas sobre la ignorancia y el prejuicio, tomen un camino distinto al de las tradiciones de la Iglesia y del Estado. Sin duda, todas esas consideraciones son formidables, pero ¿qué es todo eso al lado de la lucecita de la verdad en la noche del Tiempo?

Si el misticismo cristiano, en sus manifestaciones más auténticas y más elevadas, es para el fiel una liberación de sus ataduras carnales que lo lleva gradualmente por la oración y el éxtasis a un estado donde él se siente identificado con el ser divino, abrazado por la presencia de Dios en su corazón, ¿se debe olvidar que el sujeto extrae los materiales de esta transformación no sólo en su agregado afectivo, enriquecido por el aporte del medio social y acaso por la calidad relevante de la neurona, pero sobre todo en la atmósfera religiosa cargada de idealismo y de espiri-



tualidad en que él vive? Si a pesar de todas estas condiciones favorables a la eclosión de las más altas manifestaciones religiosas, más de un místico cristiano ofrece a la observación fenómenos de obsesión, de catalepsia, de posesión, de trastornos sensitivo-motores,<sup>1</sup> ¿cómo se rehusaría a las formas elementales de la vida religiosa la posibilidad de producir casos de misticismo? ¿Osarían decir que el fenómeno religioso es impotente para realizar aquí los mismos prodigios de transfiguración que en otra parte? Sin embargo, aquí como en otra parte, la primera sensación del sujeto en estado de trance, es creerse subyugado por fuerzas exteriores a su conciencia, de acuerdo con la definición de William James. Aquí como en otra parte «el creyente no es sólo un hombre que ve, que sabe cosas que el incrédulo ignora, es un hombre que puede más». Aquí como en otra parte, sus poderes de realización son realzados por la «virtud dinamo-génica» de la encarnación espiritual con que ha sido favorecido. No solamente el poseído de Vaudou, el humilde destajista de ayer de pronto convertido en el *habitat* temporario del Espíritu Goloso, amonesta, profetisa, sino también, ¿con qué respeto y qué veneración es escuchado, obedecido, temido de su auditorio?

Es que no es a su persona que tales homenajes se dirigen, es a la transformación misteriosa de que ella es objeto. Es en este estado segundo que nuestro análisis ha encontrado una forma analógica de misticismo, forma inferior acaso ya que extrae los materiales de su elaboración en agregados afectivos, exíguos en sus posibilidades, limitados en sus horizontes, nutridos a lo sumo por una per-

<sup>1</sup> Cf. James H. Leuba: *Psicología del misticismo religioso*. Durkheim: *Las formas elementales de la vida religiosa*. Dwelshauvers: *El inconsciente*.

cepción y una representación del mundo exterior, de una contextura infinitamente paupérrima. Pero con todo, misticismo y del mismo tipo que aquel que ha sido descrito en la secta musulmana de los derviches.

Se sabe que desde el siglo XII esta flor de piedad ha crecido en el mahometismo con una prodigiosa exuberancia, Derviches vocingleros, derviches giradores, derviches danzantes —todos son fieles que, ansiosos de intensificar su fe, ofrecen a Alá el homenaje de su vida consagrada a la adoración y a ejercicios rituales de penitencia, de torturas, de automutilación, en extremo impresionantes por su singularidad y su extravagancia.

He aquí, reportado por James H. Leuba en la «Psicología del misticismo religioso» un conmovedor episodio de ascetismo entre los suffis:

«La entera ceremonia se compone de cinco escenas sucesivas: podemos omitir la descripción de las tres primeras. Después de una pausa, comienza la cuarta escena. Ahora todos los derviches se quitan sus turbantes, se ponen en círculo, mantienen brazos y hombros en estrecho contacto, y así agrupados, dan la vuelta al salón con paso ritmado golpeando a intervalos con el pie el piso, y dando un salto todos en bloque. Esta danza prosigue mientras que los «ilah» son cantados alternativamente por los dos ancianos situados a la izquierda del Cheik. En mitad de ese cano redoblan los gritos de «¡Ya Alá!», así como los de «¡Ya Hou!» alternando con terribles aullidos vociferados por los derviches, sin dejar de danzar...

«La cuarta escena lleva a la quinta, la más espantable de todas; la postración total de los autores se transforma allí en una especie de éxtasis que ellos llaman *Halet*. Es cuando están sumidos en ese abandono de ellos mismos,



o por decir mejor, en ese delirio religioso, que hacen uso de hierros calentados al rojo vivo. En los nichos del salón y en ciertas partes de la pared, a la derecha del Cheik, se ve un cierto número de puñales y otros instrumentos de acero que terminan en punta aguda. Cuando se acerca el final de la cuarta escena, dos de los derviches desclavan ocho o nueve de esos instrumentos, los calientan hasta ponerlos al rojo, y se los entregan al Cheik.

»Este, después de haber dicho sobre ellos algunas oraciones e invocado al fundador de la orden Ahmed o Roufai, sopla sobre esos puñales acercándolos delicadamente a sus labios, después los distribuye entre los derviches, que los reclaman con extrema avidez. Es en ese momento que estos fanáticos, transportados por su frenesí, cogen esos hierros ardientes con las manos, los contemplan tiernamente, los lamen, los muerden, los mantienen entre sus dedos y acaban por enfriarlos en su boca. Aquellos que no logran procurarse uno de estos hierros candentes se apoderan furiosamente de los cuchillos que han quedado clavados a la pared, y con ellos se traspasan sus propios costados, sus brazos y sus piernas.

»Gracias al paroxismo de su frenesí y al valor pasmoso en el cual ven un mérito a los ojos de la divinidad, soportan estoicamente, con todas las apariencias de la alegría, el dolor que experimentan. Si no obstante ocurre que algunos flaquean bajo los sufrimientos, se arrojan en los brazos de sus compañeros, pero sin quejarse y sin dejar de traslucir en lo más mínimo su dolor.

»Algunos minutos más tarde, el Cheik recorre el salón de extremo a extremo, examina uno a uno a los ejecutantes, sopla en sus heridas, las frota con saliva, recita plegarias sobre las mismas y promete a todos una rápida

curación. Se pretende que veinticuatro horas después no quede rastro de esas llagas».<sup>1</sup>

A esta descripción puede añadirse el reciente testimonio de un observador particularmente interesado en el estudio de los fenómenos del misticismo. En los números de enero y febrero del año 1927 del magazine americano «Asia», W. E. Seabrook aporta la contribución de su pesquisa entre los derviches giradores y aulladores de Siria. Visitó un monasterio de Suffis erigido en las montañas entre Alep y Hamah y fue espectador angustiado de las mismas escenas arriba descritas. Su impresión y la que hemos mencionado sólo varían en la interpretación de algunos de los actos de éxtasis de que él fue testigo. Se detuvo principalmente en las consecuencias ulteriores de las escenas de automutilación a las cuales se habían entregado sus huéspedes.

Habiendo obtenido Seabrook autorización para examinar los sujetos —una veintena— que habían sido presa del delirio la noche precedente, comprobó que las heridas no les habían dejado huellas aparentes, probablemente porque los hierros enrojecidos al fuego habían tenido tiempo de enfriarse en las rondas frenéticas a los cuales se habían entregado los sujetos antes de aplicar sobre su piel esos instrumentos de tortura. Tuvo la ocasión de observar, sin embargo, antiguas quemaduras perfectamente cicatrizadas.

Estimamos que sería superfluo insistir sobre ciertas analogías del misticismo musulmán en la secta de los suffis y las manifestaciones vaudescas cuyo análisis ya he-

<sup>1</sup> James H. Leuba ha tomado esta relación a Brown: *Derviches*, citado por J. W. Powell en Fourteenth Annual Report of the Bureau of Ethnology.



mos efectuado. Nos parece innegable que uno u otro fenómeno son productos elaborados en el subconsciente y que, al favor del dinamismo de la fe, emergen en floraciones de actos impresionantes, desconcertantes. Por lo demás las religiones superiores incluso las más evolucionadas han estado todas marcadas en sus orígenes por ese proceso elemental de la posesión de lo divino, por esas relaciones extrañamente estrechas entre el dios y sus adoradores, y aunque ellas se enorgullezcan de haber alcanzado hoy día un estado elevado de espiritualidad, aún arrastran esas pesadas impedimentas que, de vez en cuando, las hacen retrogradar hacia formas periclitadas de adoración del culto. Así el cristianismo nos ofrece en el desarrollo innumero de las sectas nacidas del movimiento de la Reforma, numerosos ejemplos de culto extravagante y excéntrico donde el éxtasis y la mística, provocados o no por medios artificiales —principalmente la danza y la música— desempeñan el papel preponderante. Es sabido cómo el metodismo, cuya esencia doctrinal es creadora de hechos de inspiración, favorece la impetuosidad de esas grandes corrientes de misticismo.

Pero sería más correcto decir que la libertad de interpretación de los textos bíblicos es la fuente viva de donde brotan esos movimientos. Es por lo que la observación de Bovet es singular en su justeza cuando expone que «en el cristianismo, cuanto más bíblica es una secta tanto más ella cultiva tales fenómenos, harto frecuentes en los orígenes del cristianismo».<sup>1</sup>

Y aún podría evocarse el recuerdo de los inspirados de la Iglesia primitiva, cuando debemos analizar ciertas ma-

<sup>1</sup> Citado por H. Delacroix en *La religión y la fe*.

nifestaciones del culto provocadas por esas famosas exaltaciones religiosas denominadas *Revivals*.<sup>1</sup>

He aquí por ejemplo una de ellas, de un carácter tan sugestivo que no podemos resistir el deseo de revelarla al lector con las palabras de Halevy.<sup>2</sup> Se trata de una forma muy curiosa de piedad neocristiana. «Los miembros de la secta de los saltarines —dice Halevy— nacida de los *Revivals* metodistas, se ponen bocabajo cuando el predicador empieza a hablar, después se sienten poseídos por la inspiración del Altísimo y se incorporan para saltar en cadencia y así pasan horas enteras». Pero esta secta, que no está limitada a las Islas Británicas, ha reclutado adeptos en los Estados Unidos de Norteamérica. James H. Leuba, en una nota marginal de su *Psicología del Misticismo religioso* ha denunciado su invasión en Nueva York. «En el momento en que escribo —señala Leuba—, los Saltarines Sagrados se preparan a abandonar su idílico lugar de origen del New Jersey occidental para venir a instalarse en los peores barrios de Nueva York. Aprovecharán los intervalos que separan sus danzas, las cuales abarcan toda la gama posible de pasos, desde el torbellino derviche hasta la *bourrée*<sup>3</sup> de los marinos, para advertir a los neoyorquinos de la catástrofe que les amenaza y que se presentará bajo la forma de una columna de fuego. Los saltarines cuentan con desplegar un celo extraordinario para dar a la ciudad el gusto de las evoluciones mágicas a las cuales ellos deben su nombre. Si triunfan en su propósito se proponen fundar aquí una colonia y una escuela para

<sup>1</sup> Revival: *Despertamiento religioso*.

<sup>2</sup> Halevy: *El pueblo inglés*, citado por Delacroix en *La religión y la fe*.

<sup>3</sup> Bourrée: danza rústica de Auvernia.

Misioneros análogas a las que poseen en Denver, su ciudad de origen.

»En un momento cualquiera de las reuniones de los saltarines sagrados, existe siempre la posibilidad de que uno de los participantes se sienta invadido por la inspiración y se ponga inmediatamente a bailar. Lanza un grito de júbilo y empieza la danza. Puede suceder que al principio baile solo en torno al circuito. Después, un segundo se le une. Se agarran por los hombros y el vals se anima para tomar el paso de un rapidísimo *two step*. Después se detienen cara a cara, y se arremolinan sobre ellos mismos a manera de derviches, para acabar por saltar muy alto en el aire y, a veces, dar una voltereta antes de caer al suelo. La danza, los cantos, los gritos incitan a otros a hacer lo mismo, hay mujeres que saltan como escolares, se agarran entre sí y se lanzan en medio del círculo. Poco a poco, todos se unen a los danzarines y se ponen a saltar y a gritar, pero nunca los hombres bailan con las mujeres»

Recargaríamos nuestra demostración al exceso, si tuviéramos que corroborar esas observaciones con otros ejemplos sacados de los bajos fondos donde se concilia el celo del renovamiento cristiano y las prácticas orgiásticas. Sea como fuere, no resulta superfluo añadir a los hechos ya señalados, un fenómeno de igual categoría de que fuimos testigos, en 1910, en Washington, capital de la Unión.

Era un domingo por la mañana y nuestra insaciable curiosidad nos llevó a visitar una capilla de gente de color, del culto bautista, situada en el nordeste. En el momento en que entrábamos en punta de pies, el pastor predecía las peores catástrofes a aquellos de su rebaño que, por su conducta reprensible, atraían sobre sus cabezas la

cólera divina. Después, bruscamente planteó la siguiente pregunta: «Hermanos míos, si Cristo apareciera entre vosotros, ¿no lo habríais sacrificado vosotros también, fariseos de nuestros días? ¿También vosotros, no lo habríais entregado al odio de la turba impía, vosotros los nuevos Poncio Pilatos? Contestad, almas anonadadas por el pecado».

—¡Oh! No, se apresuró a contestar una voz de la asistencia. ¡Gracia! ¡Piedad!

El orador se calló. Un minuto de angustia prolongó ese silencio lleno de terror de la concurrencia.

De pronto, el pastor, con la mirada extraviada, con la boca temblorosa, apuntando con la diestra ante él, exclamó: «He ahí a Cristo».

Y la concurrencia en pleno se volvió instintivamente hacia el sitio imaginario de donde parecía venir la aparición...

Después una humilde mujer se levantó, se quejó, se lamentó y bailó al mismo tiempo que cantaba. Otra la imitó, y otra, y otra más... Muy pronto, dos tercios de la concurrencia saltaba en ronda, en un estado de exaltación poco común y vociferando a grito pelado: ¡Oh, Señor, piedad! Pero el pastor, que había enmudecido durante toda esta extraña escena, advirtió que algo le quedaba por decir, y poco a poco la calma se hizo en su rebaño. Entonces extendió la mano, imploró el perdón de Cristo para su rebaño arrepentido y la escena terminó con una plegaria particularmente fervorosa. Había durado con su buena media hora.

Nos sentimos escandalizados y sacudidos por tal escena de payasada que criticamos duramente ante algunos ami-



gos norteamericanos. Uno de ellos nos dijo sonriendo: «They were happy». No fue sino mucho después que comprendimos que esos bautistas habían estado en trance de delirio místico.

Que tales manifestaciones religiosas procedan como las que preceden de las más viejas tradiciones y prácticas cristianas, es lo que al historiador de las religiones le costará trabajo negar a pesar de la estupefacción que semejante observación provocaría en la mayor parte de los cristianos que mal conocen la historia del cristianismo.

Pero entonces el analista que quiere categorizar esos fenómenos está obligado a clasificarlos entre los productos brutos del misticismo. De otra parte encontramos la explicación en esa impotencia de la voluntad para dominar los estados emocionales en ciertas condiciones determinadas, en el contagio mental que provocan ciertos gestos, ciertas palabras cuando toda una multitud está en el paroxismo de la espera de un no sé qué de indefinido y de inminente, en fin, en la confusión del pensamiento primitivo impropia para establecer la discriminación entre lo subjetivo y lo objetivo, incapaz, muy a menudo, por la calidad inferior de la percepción de distinguir la causa del efecto. Este pensamiento entorpecido se reduce, en fin de cuentas, a no ser más que una forma de la afectividad y encara todos los problemas de la vida bajo el ángulo del misterio. Es un *pensamiento místico*. ¿Cómo entonces nos sería dable comprender el proceso de hechos de esta categoría, de captar el desarrollo último de un tal estado de espíritu, de una mentalidad tan pesadamente limitada, sin recurrir a la más plausible, a la más clara explicación basada por otra parte en las mejores referencias y en numerosas observaciones?

Es ahí donde se encuentra en nuestra opinión la llave de los «misterios» del Vaudou y es por lo que de todas las explicaciones que del Vaudou han sido propuestas, ninguna nos parece que entregue su verdadera fisonomía, que sólo la entrega aquella que los considera (los misterios) y los clasifica como estados místicos, caracterizados por el delirio de la posesión teomaniaca y el desdoblamiento de la personalidad.

## VI

Sin embargo, nuestra tarea hubiera quedado incompleta si, habiendo asignado su lugar a la crisis vaudesca, en la jerarquía de las psicosis, habiendo estudiado las causas múltiples y diversas que condicionaron su existencia en el pasado y explican su supervivencia en el presente, no nos detenemos a investigar la patogenia de dicha crisis. Dicho en otras palabras, nos queda por investigar en razón de qué, entre la masa de los fieles, de los adherentes y de los simples creyentes, el fenómeno sólo alcanza a un pequeño número de elegidos —los sirvientes—, «los servidores» de las «leyes».

Por el hecho mismo de haber encontrado en la crisis los elementos característicos de una psicosis, de entrada hemos elegido una de las dos grandes divisiones en las cuales la psiquiatría moderna clasifica las psicopatías. Se sabe que las enfermedades mentales se distinguen en enfermedades lesionales y en enfermedades no lesionales. De las primeras puede discernirse, sea a simple vista, sea al microscopio, alteraciones que atacan la vida de las células y modifican la estructura de los tejidos. Estas diversas alteraciones del sistema nervioso se exteriorizan por

desórdenes pasajeros o permanentes. Si ellas llevan a muerte del sujeto, la autopsia indica en el organismo todos los ataques de que el sistema nervioso ha sido objeto. Tales son, por ejemplo, los efectos de la imbecilidad de la idiotez, de la epilepsia, de las demencias precoces seniles, de las intoxicaciones alcohólicas, etc. Son todas ellas psicopatías orgánicas o toxoinfecciosas. Se ha señalado que ellas todas fueron adquiridas durante la vida fetal o más tarde.

A esta gran división patológica se añade otra que la completa —la categoría de las enfermedades no lesionales. Se entiende esto en las enfermedades en las que no se observan ninguna huella al análisis, al menos con nuestros actuales medios de investigación.<sup>1</sup>

Si el «individuo con sus órganos, sus tejidos, su sabia organización, no es más que el servidor anónimo y efímero de las células reproductoras cuya descendencia es infinita»,<sup>2</sup> hay que reconocer que la extrema delicadeza morfológica de esos microcosmos, reclama un estado de equilibrio tan frágil que ciertas alteraciones sutiles pueden quebrar su armonía sin que poseamos los medios de observar su revelación sobre los tejidos, hagamos lo que hagamos. En todos los casos, la característica de las psicopatías no lesionales es que son transmitidas por herencia, y duran tanto como la vida misma del individuo. Son propiamente constitucionales. Lejos de provocar como las primeras, manifestaciones psíquicas «contradictorias, caóticas, tumultuosas», ellas no son más que la exageración, el engrosa-

<sup>1</sup> Cf. Achille Delmas y Marcel Boll: *La personalidad humana*.

<sup>2</sup> Guillerminot: *Los nuevos horizontes de la ciencia*. (La vida, sus funciones, sus orígenes, su fin).

miento, la hipertrofia de tendencias normales. La noción de psicopatías no lesionales ha llevado a los psiquiatras en estos veinte últimos años a establecer la feliz distinción de enfermedades en las que la destrucción parcial y anatómica del sistema nervioso de la clave de aquellas en las cuales es siempre fácil encontrar una predisposición, una tendencia innata del individuo. De esta distinción ha surgido una nueva clasificación de la patología mental y recientemente en su libro magistral «La Personalidad humana», Achille Delmas y Marcel Boll han obtenido «una nomenclatura de las facultades del alma de una deslumbrante justeza».<sup>1</sup>

Así pues, existe toda una categoría de enfermedades mentales que derivan de constituciones físicas en las cuales se desarrolla toda la personalidad humana. Gracias a esta «adquisición definitiva», se han agrupado las constituciones psicopáticas en cinco grupos:

- 1.—La constitución paranoica.<sup>2</sup>
- 2.—La constitución perversa.
- 3.—La constitución mitomaniaca.
- 4.—La constitución ciclotímica.<sup>3</sup>
- 5.—La constitución hiperemotiva.

<sup>1</sup> Los términos son de Maurice de Fleury: *La angustia humana*.

<sup>2</sup> Para, junto a; *Anoia*, tontería. Psicosis caracterizada por sistemas delirantes de persecución y de grandeza (vulgarmente manía persecutoria, delirio de grandeza), Achille Delmas y Marcel Boll.

<sup>3</sup> Ciclotimia, *cuclos*, círculo; *tumos*, estado de ánimo. Psicosis caracterizada por un defecto de equilibrio en la actividad. El ciclotímico es tan pronto hiperactivo como deprimido hasta la melancolía.



Sin detenernos en la definición de cada una de ellas —lo que nos llevaría lejos de nuestro asunto— podemos decir que desde el punto de vista de la formación del carácter y del temperamento, esas diversas disposiciones que pueden, por otra parte, combinarse dejando la nota dominante a la tendencia principal, ofrecen cada una su marca especial a la mentalidad del individuo que es su tributario. Retendremos para ilustrar nuestra tesis la constitución mitomaniaca en la cual ubicamos a los «servidores» del Vaudou. Sabemos que Dupré ha dado la definición inicial de dicha psicopatía atribuyendo a los individuos afligidos por ella esa propensión involuntaria a la fabulación, a la mentira.

Pero esta psicopatía encierra también «un conjunto de manifestaciones psicológicas y psíquicas que encontramos asociadas en los mismos enfermos y que se presentan, las primeras, como realizaciones de actitudes anormales, de parálisis, de contracturas y de crisis nerviosas». En opinión nuestra, si la nota dominante entre los servidores del Vaudou es esa tendencia innata a operar crisis nerviosas, ésta tiene por acción subyacente una emotividad extrema y una debilidad inhibitoria de la voluntad. En esas condiciones, la mentalidad constitucional de los servidores del Vaudou sería un componente en que la mitomanía ocuparía el primer lugar y la hiperemotividad el papel secundario.

La naturaleza esencialmente hereditaria de esta constitución explica cómo y por qué la crisis vaudésca se transmite de familia en familia. Nos indica igualmente por qué en la edad de la pubertad, un niño hasta ese momento sustraído a las influencias de la excitación colectiva —danza ceremonial y reunión del culto— puesto frente a tales contingencias se ve bruscamente invadido por la crisis cuya

huella hereditaria lleva consigo. Del mismo modo, nos será permitido a la luz de esta clasificación rechazar la opinión que hace de este fenómeno un atributo de raza. Todo individuo, cualquiera sea la raza, que heredara el componente constitucional de que hemos hablado, sería susceptible de experimentar una crisis vaudésca, sobre todo si, espectador de ceremonias del culto, impresionado por «la embriaguez motora» de los poseídos, estuviera colocado en estado de obnubilación y de receptividad propias a hacer de él la presa de sugestiones colectivas. Además tenemos todos los testimonios de los fenómenos de contagio mental. Y el historiógrafo de la colonia, Moreau de Saint-Méry nos informa que el magnetismo ejercido por la danza del Vaudou es tal que blancos que han sido encontrados espiando los misterios de esta secta después de haber sido tocados por uno de los miembros de la misma se han puesto a bailar...

## VII

### EL SACRIFICIO...

Sin embargo, la mayor, la más viva de la modalidades de la economía vaudésca no es el éxtasis. Todavía menos se la buscaría en algún augusto homenaje rendido a las Fuerzas naturales divinizadas. Dicha modalidad reside casi por entero en el cumplimiento imperativo del sacrificio. El culto puede prescindir de reuniones coreográficas, de festivales orgiásticos, del despliegue de los fastos nocturnos y procesionales, pero cualquiera sea la contención social y legal de que es objeto, es irreductible en cuanto a la obligación ritual del sacrificio. ¿Por qué pues forma el sacrificio

el esqueleto del culto? ¿Y a qué corresponde? ¿Cuál es su significado propio?

Resulta difícil condensar en una fórmula el complejo ritual que encierra el término «sacrificio». Sería necesario comprender en él a la vez la idea de oblación, de comunión mística, de homenajes reverenciales, de participación de fidel en la vida del dios o de intercomunicación entre el mundo profano y el sagrado. Cada una de estas consideraciones precitadas encara un aspecto del rito y existe tal sacrificio asaz rico de contenido para expresar el sentido general y el símbolo perfecto de la ceremonia. Es por lo que, tratándose aquí de un rito en función de una religión primitiva, elegiremos la definición que sea la más adecuada, no sólo al sentimiento que el creyente del Vaudou inserta en su gesto, sino también en el simbolismo inconsciente de que dicho gesto es la fiel expresión. Partiendo de ese punto de vista, ninguna concepción nos parece más apta a traducir nuestro pensamiento que aquella enunciada en la fórmula dada por Loisy: «El Sacrificio, escribe, es una acción ritual —la destrucción de un objeto sensible dotado de vida o que se supone que la contenga—, mediante la cual se ha pensado influenciar las fuerzas invisibles, sea para sustraerse a su influjo cuando se las supone perjudiciales o peligrosas, sea con el objeto de promover su obra, de procurarles satisfacción y homenaje, de entrar en comunicación y hasta en comunión con ellas».<sup>1</sup>

En el culto del Vaudou, el sacrificio reviste diversas formas. Se cumple en acción de gracias para dar gracias a los dioses por su atención, por su benevolencia hacia el sacrificador, individuo o grupo. Es un acto de expiación para

<sup>1</sup> A. Loisy: *Ensayo histórico sobre el sacrificio*.

apacar la cólera de la divinidad por alguna ofensa voluntaria o inconsciente cuyos efectos se han traducido en calamidades de todas clases: enfermedades, duelos, fracaso de empresas, etc. Se manifiesta en homenaje anual para obedecer a una tradición de familia cuya inobservancia podría engendrar males contra el individuo o la familia. Es una cena de comunión en las ceremonias de iniciación donde se hacen las consagraciones al Sacerdocio y en donde se confiere al sacrificador la participación en las fuerzas misteriosas cuya adquisición otorga poderes sobrenaturales de invisibilidad, de invulnerabilidad, de éxito en los negocios, etc. Es una caución o un pacto con los Invisibles en el cumplimiento del cual unos y otros encuentran beneficio y satisfacciones. Es un deber hacia los muertos cuya existencia en el mundo supraterrrestre se turbaría si se olvidara su cumplimiento, y que, para vengarse, devolverían a los vivos las penas y tormentos que habrían podido ahorrarles...

No tenemos la pretensión de enumerar todas las modalidades del sacrificio vaudesco. Y además, por incompleta que sea nuestra exploración y por torpe que sea el dibujo, sólo aspira a ser verdadera y a ser vivaz por la variedad de sus matices y la graduación de sus tonos. Pero, ¿no debemos lamentar que las tradiciones del culto del sacrificio vaudesco se embrollen en tal confusión que resulta a veces imposible establecer discriminaciones entre la diversidad de los tipos?

Históricamente, parece que en la época colonial ese rito haya sido raro, a menos que su carácter esotérico haya impedido observarlo a los no iniciados. Señalaremos que Moreau de Saint-Méry, generalmente tan bien informado, no ha hecho ninguna mención en sus diver-



sas publicaciones, a no ser la observación que hace sobre el festín de gallinas a los cuales se entregaban los clavos en la ocasión de las danzas del Vaudou, festos tan correctos que ellos lo creían destinados a despiantar la vigilancia de la gendarmería. No obstante, tan pronto como las conjuraciones de los negros desembocaron en la explosión revolucionaria del 14 de agosto de 1791 fue por un verdadero sacrificio sangriento que se inauguró la lucha en su campamento y revistió el carácter místico con que sus jefes lo rodearon hasta la victoria de sus armas. Es pues probable que la noción y la práctica del rito se remonten, por encima de la vida colonial, al país africano. Mas por fundada que sea esta observación, en nada simplifica los datos del problema, ya que quedaría por saber cuál es la región africana en que el animismo ofrece desde el punto de vista del sacrificio más analogías con nuestro Vaudou.

Nos parece que sobre este tema fundamental se ha operado un sincretismo del que es fácil discernir los principales factores.

Si el Dahomey nos ha proporcionado hasta el presente los elementos morfológicos más notorios del Vaudou, no por ello hemos dejado de observar los préstamos que el culto ha tomado en otras partes.

Nos encontramos frente a una situación análoga en lo que concierne a la economía del sacrificio vaudesco. Digamos al punto que éste es una forma de ese rito que nos llega en línea recta de la región de Guinea y que ostenta más específicamente la impronta dahomeyana. Es el sacrificio agrario del *manger yame* cuya tradición se altera y se desvanece poco a poco. Ya sólo existe al

estado de símbolo cuyo sentido se traduce por la obligación anual hecha a los partidarios del Vaudou de proceder a una oblación ritual cualquiera so pena de sanción severa, inmediata o lejana, directa o indirecta contra los transgresores responsables del pacto. ¿A qué debemos atribuir esta modificación de la esencia misma del rito? Probablemente a la paradoja de la cual dicho rito es la expresión en nuestro clima tropical. Pues él no es sinónimo del mismo ciclo de las estaciones, de recolección de un producto que tiene una importancia capital en la vida agrícola. En efecto, hay que tener en cuenta que el ñame ocupa un sitio destacado entre las plantas de las cuales sacan o han sacado sus medios de existencia las poblaciones en el Dahomey y en la mayor parte de los países del Golfo de Guinea, y en general de toda la región ecuatorial y subecuatorial. El ñame es la base de la alimentación y compete ventajosamente en los trueques. Así pues, resulta comprensible, como nos lo explica el coronel Toutée<sup>1</sup> explorador sagaz, que en el Dahomey esta planta es objeto de un culto que causaría la admiración de los más exigentes agrónomos. «Ni la remolacha en el Norte, ni la viña en los alrededores de Béziers, dice, ni el espárrago en Argenteuil, no reciben tanto cuidado como el ñame en Ritchi y en Cayoman».

Es por ello que en esas regiones la recolección de ñames es motivo de fiestas solemnes.

«He aquí, por ejemplo, el tenor de estas fiestas en el santuario de Angyba, el Espíritu de la Tierra (entre los Ewe del Togo). Antes de la fiesta, cada jefe lleva al sacerdote dos pedazos de ñame. El sacerdote añade el suyo

<sup>1</sup> Coronel Toutée: *Del Dahomey al Sahara*.

y presenta el todo en la morada del espíritu, y hace ofrenda diciendo: «Hoy el ñame de vida ha venido a la ciudad. He aquí tu parte, cógela y come. ¡Que ninguno de los que hoy coman ñame sufra!» El sacerdote deja la ofrenda en el mismo lugar, y de vuelta a su casa, hace cocer ñame nuevo, le añade aceite y deposita dos pedazos en su patio y en su casa, nueva ofrenda que se dirige evidentemente a todos los dioses o espíritus de la morada. Cumplidos estos ritos, cada cual puede comer el ñame recolectado». <sup>1</sup>

El simbolismo de este rito es tan claro que apenas hay necesidad de explicarlo. Dimana de esta creencia universal y antigua de que la Tierra y sus productos, las Estaciones y sus ritmos pertenecen al ciclo místico de las cosas a las cuales el hombre debe reverencia y homenaje en prenda de piedad hacia la Divinidad dispensadora y creadora de sus movimientos.

En el primitivo, el homenaje se concreta en ofrenda de primicias —primicias de cosechas y de caza, de recién nacidos del hombre y del ganado cuya indebida consumición podría ser perjudicial al bienestar del individuo o de la comunidad. Recuérdense las prescripciones litúrgicas ordenadas por Jehová al pueblo de Israel en cumplimiento de ese género de sacrificios y se comprobará la antigüedad del rito: «Tú aportarás sin dilación el primer nacido de tus hijos, dijo el Eterno, <sup>2</sup> harás lo mismo con tu buey, con tus ovejas; el primer nacido estará siete días con su madre; al octavo día me lo darás...»

<sup>1</sup> Spieth: *La Religión de los Ewe en el Sur*.

<sup>2</sup> Exodo XXII. Abundan los textos que relatan no sólo la costumbre de las primicias agrícolas ofrecidas a Jehová sino las del primer nacido de hombre.

No parece, sin embargo, en lo que concierne a nuestro rito agrario tal como lo hemos encontrado en las tradiciones populares, que haya que darle por lugar de origen las regiones subecuatoriales solamente y en donde a veces tomaba un carácter de oblación sangrienta —principalmente entre los ashantis que degollaban a los esclavos cuya sangre debía ser vertida en los hoyos de los primeros ñames recolectados. Un poco más al Nordeste, en las orillas del Níger, el mismo rito reviste una forma francamente comulgatoria y se diferencia de lo que acabamos de ver.

Allí, en efecto, el sacerdote, en una fiesta solemne, pela el ñame nuevo, hace con él una pasta que cuece con pescado y nuez de kola. El alimento así preparado es dividido en dos pequeñas porciones una de las cuales es guardada por el oficiante y la otra puesta en los labios de aquel que va a comer el nuevo tubérculo. <sup>1</sup> Esta variante del rito nos acerca un poco más a lo que fue la práctica haitiana en un momento dado.

Aquí, el sacrificador ordena muy discretamente una comida compuesta de dos platos uno de los cuales está hecho principalmente de harina de maíz, de frijoles colorados y de *gombo* —es el *calalú*— y el otro de bananas, de papas, e incluso de ñame molido y hecho pasta. Es el *moussa*. Se añade pescado seco a esos dos platos principales.

¿Debe verse en esa comida compuesta en gran parte de productos vegetales, de recolección anual, el recuerdo del rito agrario africano? Es difícil pronunciarse sobre el particular. El único indicio que sobre ello tenemos es el

<sup>1</sup> Frazer: *La rama dorada*.



nombre simbólico «Manger yame» que tiene dicha comida y cuyo origen indica preocupaciones desconocidas a nuestra producción agrícola.

### VIII

Hemos dicho que la economía del sacrificio vaudou es sincretista como el culto mismo. Nada parece probarlo mejor que el objeto mismo del sacrificio, los animales que son aptos para el mismo y el ritual en uso.

Por ejemplo en el Dahomey, de donde el Vaudou ha obtenido tantos elementos del culto, las más grandes ceremonias sacrificatorias se hacen a la memoria de los reyes muertos y de sus antepasados. Para solemnizar ese día y santificarlo, después del retorno procesional del templo, se levanta en el patio del palacio un estrado donde toman asiento los principales dignatarios de la nobleza. Desde este sitio un pregonero llama nominativamente a los verdugos de todos los reyes de la dinastía. Los que los representan responden al llamado y reciben las bestias para el sacrificio: aves de corral, carneros, cabritos, bueyes. De un solo tajo, los verdugos cortan la cabeza de las víctimas, mientras que las mujeres recogen la sangre y la llevan a los altares.<sup>1</sup>

Ahora bien, incluso en las ceremonias conmemorativas del Vaudou comúnmente llamadas «servicios mortuorios», los sacrificios conllevan un ceremonial totalmente distinto.

<sup>1</sup> Le Hérisse: *op. cit.*

He aquí una buena relación reportada por Antoine Innocent particularmente bien informada.<sup>1</sup>

Se trata de un «servicio» celebrado por un fiel interesado en aplacar el espíritu enojado de su antepasado.

Cerca de la tumba del antepasado, pintada de blanco, el *bougán* reunió todos los objetos indicados para la ceremonia: tres platos blancos, un frasco de café, harina de maíz, arroz con leche, tajadas de melón, chocolate, bombones, grajeas, *acassan*,<sup>2</sup> *acra*,<sup>3</sup> un puñado de maíz y otro de maní tostado, y frascos de licor. Todo fue puesto sobre un mantel blanco colocado delante de la sepultura. Fueron excavados tres hoyos de igual anchura en los cuales se colocaron tres velas blancas.

El sacrificador rodeado de las *bounsis*<sup>4</sup> vestidas de blanco, agitó su *aón*<sup>5</sup> y su campanilla. Después, por encima de las cabezas inclinadas hacia el suelo, el *bougán* inició, en lenguaje ininteligible, una invocación al muerto. Y entonces, su asistente, la *bouguenicón* entonó con voz doliente y triste el *bobún* o canto fúnebre entrecortado por los gritos roncros de las iniciadas, las *bounsis*, que se golpeaban los labios.

El *bougán*, prosiguiendo su tarea, trazó cruces con harina de maíz en cada hoyo y metiendo en todos ellos un

<sup>1</sup> Antoine Innocent: *Minola o la historia de un cofrecillo*.

<sup>2</sup> Preparación especial de maíz destinada a la consumición inmediata. Se advertirá que la palabra de origen dahomeyano significa túnica sin mangas con que los príncipes y los *cabeceras* de la corte de Abomey se revestían cuando acompañaban al rey en cualquier gran ceremonia.

<sup>3</sup> Galleta de guisantes.

<sup>4</sup> Muchachas iniciadas y consagradas al servicio de los dioses.

<sup>5</sup> Calabaza con agarradera en la cual resuenan como cascabeles granos de coral y huesecillos de culebra.

poco de los alimentos de la cena funeraria, los acompañados con licor, alcohol y agua. A una orden del *bougán*, los sacrificadores hicieron otro tanto. Seguidamente, se apoderaron de dos gallinas blancas a las cuales habían hecho pedacitos de melón molido, maní tostado y maíz tostado, teniendo una en cada mano, las pasó por la cabeza, los hombros y el pecho de algunos de los asistentes y las sacudió con tal violencia que sus cabezas se separaron del resto del cuerpo. Entonces les arrancó unas cuantas plumas que pegó con sangre coagulada en el borde de cada hoyo. Por último entregó las aves muertas a aquellos que debían prepararlas para la confección del plato *piaculario* denominado el *calalú de los muertos*. Cuando la comida estuvo lista, se la sirvió en los tres platos blancos que fueron metidos en los tres hoyos.

Así se cumplió el sacrificio propiciatorio a los espíritus de los antepasados.

Como vemos, este sacrificio se distingue del rito *dahomeyano* por su mayor complejidad, por la mayor riqueza del tema ceremonial, por la calidad y la naturaleza de las ofrendas, por la utilización, sin duda un tanto burda, de elementos más espiritualizados —tales como los signos de la cruz trazados sobre los platos de ofrenda, tal como el canto salmodiado por las *hounsís* como una letanía.

Por otra parte, aunque esté establecido que en todas las sociedades primitivas los números tengan un valor místico independiente de su valor matemático, aunque de todas las épocas, de todos los países y en toda religión casi, el número tres revista un poder singular en cuanto a su virtud mística

<sup>1</sup> En la antigua Roma, relativo a una expiación. (Nota del traductor).

y que incluso en las sociedades civilizadas, los sistemas metafísicos se impregnen de esta supervivencia mística, es de todos modos curioso comprobar en la descripción del rito *piaculario* en el cual nos hemos detenido, cómo el número tres desempeña un papel de primer plano: *tres platos blancos, tres partes de ofrenda metidas en tres hoyos*. No menos curioso resulta la utilización del color: *platos blancos, velas blancas, túnicas blancas* de las *hounsís*, *plumas blancas* de las víctimas.

¿Hay símbolos ocultos en el empleo del número como en el del color? Y si los hay ¿cuál sería su significado?

Parece que sea preciso remontarse muy alto, hasta a la prehistoria, e interrogar el origen de los movimientos demográficos que han poblado al África y particularmente la meseta sudanesa para encontrar el origen y la significación de esas costumbres religiosas cuya tradición ha llegado hasta nosotros.

Es sabido que durante mucho tiempo fue posible —y acaso en nuestros días la cosa es realizable— reconocer a qué tribu, a qué grupo demográfico pertenecen y se relacionan tales y más cuales poblaciones africanas diseminadas a través de la inmensidad del continente, y ello nada más que por la observancia común de ciertos usos, por su fidelidad a ciertos aspectos de sus costumbres, a ciertas prescripciones de piedad religiosa como por ejemplo la adopción del mismo animal totem, del mismo color —emblema, el respeto debido al mismo tabú. Es también sabido cómo esos índices permiten remontarse a sus más antiguos orígenes como preciosos hilos conductores que establecen analogías con otros pueblos que viven en otros puntos del planeta. Ahora bien, entre los *babbés* de la meseta suda-



nesa, el *Hogón*, el gran sacerdote, sólo sacrifica a la tria divina y la materia del sacrificio no puede ser otra que un animal blanco, carnero o pollo. Por otra parte, el rito sólo tiene cumplimiento para implorar la protección de los antepasados. Por lo demás, el rito señala la influencia asiática de la *triada tebana* de la que poseemos numerosos vestigios en las costumbres y tradiciones de los pueblos sudaneses —tales como el culto de los astros, la división de las Fuerzas cósmicas en elementos macho y hembra, el uso de los altares de tres puntas cuya persistencia denota la huella de la tradición asirio-caldea sobre el pensamiento religioso de ciertos negros del África.<sup>1</sup> ¿No es cierto que hay que buscar allí solución del problema que nos interesa?

Que la filiación sea establecida entre esta concepción religiosa y aquella en que encontramos los vestigios en la ceremonia señalada más arriba, la creemos irrefutable en la medida en que igualmente hemos establecido la filiación étnica de nuestra comunidad con las comunidades sudanesas entre la diversidad de tipos negros importados a Santo Domingo y cuya amalgama nos ha dado el pueblo haitiano. Estas costumbres se han alterado ciertamente porque ellas no se conservan sino por tradiciones orales, y además, influidas en el nuevo medio por el aporte de múltiples contingencias, han sido amasadas, conformadas en una forma tan incoherente que ahora se presentan, por muchos conceptos, bajo una nueva fisonomía. A ese trabajo de transformación es al que hemos aplicado el término de *sincretismo ritual*. Por lo demás, vamos a encontrarlo en acción en otros temas sacrificiales.

<sup>1</sup> Teniente Desplagnes: *op. cit.*

Hemos enunciado hace un momento que el don ritual del sacrificio se opera en intenciones variadas, pero cualquiera que sea la causa que determine la gestión del sacrificador, a cualquier pensamiento que obedezca —acción de gracias o de expiación, homenaje reverencial o prenda condicional de piedad, servicio solemne de iniciación o de renunciamiento— el rito se practica casi uniformemente por la oblación sangrienta de una víctima principal que es lo más a menudo un chivo, a veces un toro o ambos a la vez, y, en la secta de *Petro* la degollación de un puerco. Bastará describir la ceremonia más en uso para hacer de ella el tipo de los sacrificios vaudescos.

Antoine Innocent nos prestará una vez más la autoridad de su testimonio.<sup>1</sup> Se trata de un servicio en honor de Legba, el más propicio de los dioses, el buen papá cuyo papel bienhechor consiste en velar sobre el bienestar de sus fieles manteniéndose siempre invisible y poderoso en el umbral de las casas, en la «cerca» de las propiedades, en el cruce de los caminos, para defender a sus sujetos contra los maleficios de los malos espíritus.

Así lo expresa la canción en su simbolismo:

*Legba nan bounfort moin!  
ou même qui mettez chapeau  
Nan Guinée, parez soleil pou moin  
Legba que yo venero en mi altar  
Tú, que usas sombrero, en Guinea,  
Ampárame del sol.*

<sup>1</sup> Antoine Innocent: *op. cit.*

Entonces el *Hougán* habiendo agitado el *asson* y campanilla, anunció que la ceremonia iba a dar comienzo. Invocó la protección de los dioses mediante el masculino de una oración y trazó signos cabalísticos del altar con harina de maíz.

En lenguaje imploró especialmente de Legba que manifestara su presencia honrando con su encarnación a uno de los fieles en la sesión.

Bruscamente el dios, accediendo a la imploración, entró en posesión de una creyente. Siguió una escena usual en crisis vaudesca. Entonces el *bougán* cogiendo una a una las gallinas —minucia del servicio— les retorció el pescuezo y las apiló frente al altar. Con harina de maíz hizo el signo de la cruz sobre el montón. Después las mujeres se las llevaron para cocinarlas.

En ese momento salieron del Templo para situarse en el peristilo donde debía hacerse el sacrificio del chivo, principal víctima de la ceremonia. El animal estaba lleno de cintas y envuelto en trapos rojos. El poseoso de Legba lo cabalgó y le dio la vuelta al recinto, después se lo entregó al sacrificador. Este, entonces, le presentó una rama verde y tres veces seguidas se la quitó de la boca. Había llegado la hora de sacarle los trapos rojos y las cintas. Se le amarraron las patas y dos ayudantes se encargaron de sujetarlas. Estos balancearon al chivo al son de una melopea. Por último, la víctima fue depositada en el suelo, con la cabeza descansando en un tajo. El sacrificador se la arrancó de un solo tajo. La sangre fue recogida en un recipiente y colocada en el altar donde servirá para la preparación de un brevaje especial destinado a los adeptos y compuesto de maíz, de licor y de alcohol. Para finalizar la ceremonia,

el asistente del *bougán* sirvió a los fieles la comida comulgatoria consistente en pedacitos de carnes cocidas y de plátanos asados untados con aceite de oliva.

Tal es en su conjunto el puro sacrificio vaudesco.

Es evidente que el rito cambiado, se complica o se simplifica en variantes indefinidas, principalmente según el tipo de sacrificio y sobre todo según la secta que oficie: congo, petro, vaudou, arada, nago. Pero los ritos reaccionan unos sobre los otros, y gracias a la infiltración cristiana, desembocan en una síntesis sacrificial como la revelada en el tipo que acabamos de describir.

Suponemos que no es necesario establecer largamente la genealogía de la economía del sacrificio vaudesco. ¿Nació de una concepción específicamente negra? ¿Forma parte de esa tendencia humana en grado sumo y verificable en todas las regiones que lleva al creyente a considerarse deudor para con la divinidad de los bienes de este mundo, de la vida misma, en consecuencia de lo cual debe dar testimonio mediante ofrendas y dones? ¿Cómo se sabrá jamás? ¿Es coincidencia fortuita, simple analogía o filiación estrecha que nos lleva a encontrar fenómenos casi idénticos en un gran número de ceremonias del culto de otras religiones de la antigüedad israelita y greco-romana? ¿Se trata, por el contrario, de un fondo común explotado por cada comunidad de acuerdo con sus inclinaciones propias? ¿Ha habido «en el comienzo» una revelación hecha a todos los pueblos que se perdió en la noche de los tiempos? Vanas preguntas. Insolubles problemas. Comprobemos modestamente la universalidad del fenómeno religioso, la especificidad del sentimiento místico y su inevitable consecuencia, el sacrificio. Además, añadamos



que la materia sacrificial misma, bajo la forma de la víctima, no ha cambiado mucho de pueblo a pueblo, de religión a religión.

Y de entrada, la oblación sangrienta.

¿No posee la sangre una virtud mística intrínseca? Veamos un poco. Si, en la práctica vaudésca, la sangre sirve de brebaje a los fieles, ¿no ordena Jehová en el Levítico<sup>1</sup> a los fieles que el «sacrificador derrame la sangre de las víctimas sobre el altar... Y queme la grasa en agradable olor al Eterno.

»Te he dado la sangre (le dice a Moisés)

»Como vía de expiación sobre mi altar para vuestras almas...<sup>2</sup>

En cuanto a la víctima, ella es en todas partes elegida en el reino animal entre los animales domésticos: caballo, toro, chivo, carnero, gallina, pichón, etc. Y para atenernos a la religión de Israel sobre la cual la Biblia es una fuente inagotable de informaciones, ¿no es cierto que en la época de los Reyes, fue obligatorio ofrecer al Eterno el holocausto cotidiano de dos corderos, realzado, el día del *sabbat*, con harina fina amasada con aceite de oliva?

¿No estaba prescrito todos los meses un holocausto de dos toros jóvenes, de un morueco, de siete corderos de un año y de un chivo?

Que encontremos el gusto por parecidos sacrificios con un número más restringido de víctimas en el culto del cual ahora nos ocupamos, que en el paganismo greco-romano, en Egipto, en Persia, en China, en el Japón, en la India, en Africa, con innúmeras variantes, nos encontremos

<sup>1</sup> Levítico, XVIII.

<sup>2</sup> Números XXVIII.

mos en presencia de fenómenos semejantes —tales observaciones no pueden sino inducirnos a confirmar lo que hemos avanzado precedentemente, a saber, que en todas partes, el hombre semejante a sí mismo emplea los mismos procedimientos para atraer sobre él gracias sobrenaturales, cambiando apenas la calidad de sus ofrendas, obedeciendo al mismo imperativo psicológico de emplear en todo lugar la materia sacrificial más a su alcance, para sellar su pacto con la divinidad, a reserva de insertar en cada ritual virtudes místicas que realzan el precio a los ojos de los dioses.

Y es prosiguiendo con las mismas reglas y el mismo todo comparativo que ahora abordaremos, a propósito del sacrificio, el problema que afecta más profundamente la sensibilidad haitiana y que hace de cada uno de nosotros, cada vez que se lo saca a relucir, un desollado vivo. Queremos hablar de la inmolación de víctimas humanas en las ceremonias vaudescas cuya acusación pesa sobre el pueblo haitiano.

A decir verdad, nada conocemos de más bajamente estúpido que la leyenda que hace del Vaudou un culto de antropofagia. Es algo parecido a esa otra creencia haitiana de orden casi general: la creencia en las enfermedades sobrenaturales. Tales disposiciones de espíritu llevan fatalmente a considerar la muerte como el producto de un maleficio del que ciertos individuos pueden disponer contra otro. Es el poder temible que el cerebro estrecho de las gentes de este país dispensa generosamente a los vauduisantes.

Teniendo en cuenta tal mentalidad, no resulta nada sorprendente que reporteros de la prensa extranjera recientemente llegados al país lancen en sus periódicos cró-



nicas sensacionales sobre... la barbarie haitiana con motivo de sacrificios humanos de los que no han visto las huellas en ninguna parte, ya que, en fin de cuentas, el material de sus historias tontas e inverosímiles ha sido obtenido de la credulidad del pueblo haitiano. ¿Y qué hay de sorprendente que en un medio donde el sentido crítico parece no existir se propaguen fábulas extravagantes y absurdas? No pasan años, a veces meses que no oigamos contar con lujo de detalles los cuentos más extravagantes sobre personas muertas no ha mucho y que habrían sido encontradas vivas en tal o más cual lugar. Y hasta ha habido en el mismo Port-au-Prince, en los últimos quince años, el sensacional asunto de una jovencita muerta, y enterrada sin ningún ocultamiento, y de la que se empezó a decir que había sido desenterrada y devuelta a la vida. En efecto, mucho tiempo después de los funerales, se empezó a afirmar que la muchacha había sido descubierta en alguna parte por un sacerdote que siguió las indicaciones de un penitente. La autoridad eclesiástica, se decía, la había encontrado en un convento. El escándalo fue enorme. Empezaron las averiguaciones. Se abrió la tumba de la muchacha. Fue hallado un esqueleto en el cual el padre de la difunta no reconoció el de su hija —decían los periódicos. ¿En qué, por qué señales? Nadie se preocupó por hacerse estas preguntas. Y la leyenda se encajó irreducible en tan pobres cerebros: la señorita M. existe aún viva e idiotizada, no en Haití sino en un convento en Francia.

Adviértase que esas leyendas no son nuevas. En una época muy lejana, el Padre Labas contó delirantemente que una esclava quitó la vida, por medios misteriosos, a cinco oficiales del barco que la llevaba y ofreció el espec-

táculo de chupar la pulpa de un melón a distancia. Bien se echa de ver que la imaginación de ese cura no se para en pelillos...

Por otra parte, esta imaginación se junta fácilmente con la de teólogos, inquisidores, magistrados de la Edad Media y del Renacimiento que han conferido una auténtica realidad al mito del *Sabbat*.

¡Ay! ¿Por cuántos interrogatorios se cuentan los miles de confesiones de brujas que, por la noche, montadas en escobas han surcado los aires para ir a festejar con Satanás en fantásticos banquetes, y después se han acostado con el Príncipe de las Tinieblas? Nada faltaba a esas manifestaciones monstruosas de la Justicia, ni las confesiones de los culpables, ni la explicación teológica de los crímenes, ni la expiación en la hoguera. Y en la actualidad, ¿qué se ha hecho de los incubos y los súcubos cuya existencia era afirmada por tanta gente? ¿Qué queda de todo ese fárrago? Pues lo único que queda es el testimonio de la mentalidad mística y teológica de la época.

Ocorre lo mismo con el temido poder de los vaudouístaes y de su capacidad para causar la muerte por embrujamiento.

Pues bien, la investigación cuyos resultados aquí ofrecemos, apoyada en una experiencia de más de veinte años de búsquedas incansables nos permite afirmar en conciencia que el Vaudou no es una secta de antropofagia.

Que haya una gran parte de magia en las alteraciones del culto vaudesco es cosa que ya hemos definido en los comienzos de este ensayo. Que el *bougán*, el papá-ley explote la credulidad popular sirviéndose del prestigio de que está investido por sus conocimientos tradicionales de las plantas y que él sea el distribuidor parsimonioso de la



suerte y de la buena fortuna (de las que es incapaz de aprovecharse), es la menor aventura que pueda tocarle a una sociedad donde el elemento místico tiene el papel predominante de dinámica social.

Pero todo eso es el reverso de la medalla. Es el lado supersticioso del vaudou. Confesamos sin dilación que resulta extremadamente difícil señalar la línea fronteriza entre el elemento francamente religioso y el elemento supersticioso. Con ambos se ha hecho una imbricación cuyo desentrañamiento es en extremo delicado. ¿Pero ese reproche está dirigido nada más que al Vaudou? Queríamos saber cuál es la religión, incluso entre las economías de salvación, que esté indemne de infiltración mágica.<sup>1</sup>

Ahora bien, aun remontándonos a su origen más lejano, encontramos, en Africa, la distinción entre el mago y el servidor de los dioses. El mago es muy temido por las pequeñas comunidades gracias a su maleficencia social. De hecho, uno se espanta al pensar en los crímenes legales que se cometen diariamente en esos lugares cuando un individuo es acusado de magia. Para salvaguarda de la colectividad, en nombre de la ley que es la expresión de la costumbre y de la preservación social, el acusado es sometido a la ordalía, que es a menudo una rápida condenación al ahorcamiento, a la lapidación sin sepultura para el cadáver del culpable.<sup>2</sup> Nada hay quizás de más trágico que la suerte del individuo sospechoso de brujería en las colectividades africanas y hay que añadir que la sospecha nace fácilmente a consecuencia de la mentalidad mística incapaz de encontrar una causa natural a la enfermedad y a la muerte.

<sup>1</sup> Loisy: *El sacrificio*.

<sup>2</sup> Delafosse: *Alto Senegal, Níger*.

Por tanto, si allá brujería y religión son distintas, no será en nuestro sereno país cuya faz ha sido transformada por un esfuerzo más que secular de civilización occidental que encontraremos confundidos elementos que siempre hemos erigido uno contra el otro.

Que en un momento dado el culto dahomeyano haya estado impregnado por la obligación del crimen ritual bajo la forma de sacrificios humanos, ello es una causal histórica propia al período en que los reyes del Dahomey ofrecían anualmente y con mucha frecuencia para celebrar la victoria de sus armas, veintenas de prisioneros a las almas de sus antepasados.

De otra parte, el sacrificio de prisioneros no es una costumbre exclusivamente africana. Es tan vieja como la guerra misma.

En esto el rito obedece a la norma de la gran mayoría de las religiones en que el crimen ritual ha sido el fundamento original. A este respecto bastará citar los sacrificios de fundación de ciudades, de construcción de edificios que, en la antigüedad israelita, exigían la inhumación de víctimas humanas en los lugares donde debían levantarse ciudades y casas.<sup>1</sup> Bastará citar los innumerables holocaustos de recién nacidos reclamados por Jehová en recompensa de la protección que dispensa a Israel, y más cerca de nosotros, bastará citar la costumbre de los celtas de la Galia que degollaban a sus prisioneros de guerra cuyas cabezas se llevaban; el ejemplo de los bretones que en tiempos de Nerón, al decir de Dion Cassius, sacrificaban romanos en el bosque sagrado de sus dioses. Todo ello denota el carácter universal del hecho.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> I, Reyes, XVI.

<sup>2</sup> Loisy: *loc. cit.*

No tendría pues nada de sorprendente que el culto africano hubiese participado de las mismas condiciones morfológicas en un momento de su existencia. Pero semejante en esto a otras religiones que se han separado de su ganga original, ha echado el lastre en el curso de su evolución, al extremo de que en el período histórico en que lo encontramos, los sacrificios humanos son graves obligaciones de Estado cuya responsabilidad ética sólo cabía al rey. Su aporte en la formación del Vaudou haitiano no ha podido determinar una inclinación hacia esta forma de sacrificio que ya no tiene sentido ritual. En resumen, nadie lo ha observado aquí. Nadie puede ofrecer un testimonio digno de fe. Sería contrario a todo espíritu científico especular sobre el proceso de brujería intentado en 1864 contra Jeanne y Congo Pellé y sus doce cómplices convictos de asesinato y condenados a muerte, para concluir que tal es la norma en la economía del sacrificio vaudesco.<sup>1</sup>

Tales crímenes son comunes en el bajo fondo de todos los países, mancillan todas las religiones y dan nacimiento a las leyendas calumniosas que ponen en tela de juicio la probidad confesional de las comunidades más civilizadas y recomendables. ¿No es cierto que en los centros antisemitas, los judíos ven renovarse cada cierto tiempo tales acusaciones, con recrudescencia y violencia tales que periódicamente dan lugar a escenas de venganza y asesinato colectivo en la ejecución de los cuales la Rusia zarista había adquirido una triste notoriedad?

<sup>1</sup> Quedaría por saber cuál fue la parte de la justicia en este asunto criminal en que la tortura más atroz fue empleada para obligar a los acusados a confesar.

La prueba de que la superstición grosera y las bajas creencias son susceptibles de engendrar las peores agresiones y hasta ser causa de crímenes, la encontramos en dos hechos recientes que hemos sacado de los anales jurídicos de Francia y de España en pleno siglo xx.

El primero se refiere al proceso seguido ante la Audiencia de Burdeos en 1920 y conocido bajo el nombre de la «Virgen que llora».

La señora Mesmein, criada y portera en Burdeos, había comprado en Lourdes, en ocasión de un viaje a dicha ciudad en 1908, una estatua en yeso de la virgen. La puso en la cocina de su casa y le rezaba a diario. Un día notó, para gran sorpresa suya, que gruesas lágrimas caían de los ojos de la virgen. No perdió tiempo en ir a decírselo a un sacerdote quien le aconsejó no propalar el misterio. Durante dos años la señora Mesmein se mantuvo callada. El milagro se cumplía cada cierto tiempo. Por fin, no pudiendo más con su secreto, se lo confió a sus amigas y la noticia corrió como reguero de pólvora. Muchas personas se sintieron inquietas con tal fenómeno y se procedió a hacer un interrogatorio. Pero el milagro se reveló todavía más sorprendente cuando la Virgen en su forma inmaterial reemplazando a la estatua se le apareció a la señora Mesmein y le exigió levantar una capilla en el lugar mismo donde lloraba su efigie. Entonces intervino la autoridad eclesiástica, se llevó la estatua y la puso en un convento. La señora Mesmein no pudo consolarse de estar separada de ella. Hubo que comprarle otra estatua que, colocada en las mismas condiciones, empezó a llorar.

A todas estas, los propietarios del inmueble, alarmados al ver su casa asaltada por una creciente ola de curiosos y de peregrinos, despidieron a la portera. Esta se vio obli-



gada a mudarse. La gente la siguió. En la nueva casa en que se había instalado se produjo otro fenómeno que dio consistencia al primero. En julio de 1913, en la víspera de la Fiesta del Corpus, una lluvia de perfume inundó el oratorio de la portera. Decididamente el prodigio se hacía cada vez más sorprendente.

Al estallar la guerra del catorce la devoción por la Virgen de la señora Mesmein se acentuó en proporción de la emoción general. Fue en ese momento que intervino en el asunto la personalidad de un sacerdote sirio, el Archimandrita Saboungi, de la orden de San Basilio, doctor en filosofía y teología en Roma, vicario general de la diócesis de Sidón. Monseñor Saboungi había venido para asistir a un congreso eucarístico en Lourdes.

Habiendo oído hablar de la señora Mesmein, fue a verla y se interesó en las manifestaciones milagrosas de que se trataba.

No tardó en instalarse en su casa y se hizo su director de conciencia. Recogió todos los testimonios necesarios para el estudio del problema desde el punto de vista teológico.

Monseñor Saboungi fue huésped de la señora Mesmein hasta 1917, fecha en la cual sus relaciones se fueron enfriando poco a poco por motivos no muy claros. Entonces el prelado abandonó a su huésped y se instaló en Nantes ya que su diócesis había sido englobada en la horrible tienda de la guerra. Ahora bien, por esta misma época, la señora Mesmein se creyó objeto de persecuciones ocultas que ella atribuyó a su antiguo director espiritual. Desde ese momento Monseñor Saboungi se «había convertido en la encarnación del diablo y embrujaba a la desdichada señora.» Los médicos de ésta tomaron su defensa. Resolvieron ven-

garla apoderándose en casa del prelado de los instrumentos de brujería gracias a los cuales él actuaba hasta el exceso contra la pobre señora Mesmein, afligida por las peores enfermedades. Un día organizaron una verdadera expedición compuesta por un corredor de cambios, por un inspector de la seguridad general, por un empleado de seguros y por un violinista. De Burdeos se embarcaron para Nantes y se presentaron sus propósitos a vías de hecho: hicieron un registro en el apartamento y se apoderaron de todo lo que podía afianzar su convicción sobre los poderes de malhechor del prelado. ¡Decepción! No encontraron la clásica figurilla de cera que es la pieza principal para embrujar.

Después de esta agresión premeditada, el Archimandrita les hizo un proceso en el curso del cual se hicieron singulares revelaciones sobre la mentalidad de un gran número de testigos —sacerdotes, abogados, hombres de negocios— que siguen creyendo en pleno siglo xx, en Francia, en la posibilidad del maleficio.<sup>1</sup>

¿Y qué decir ahora del horrible crimen acaecido en 1910, en el pueblo de Gador, en la provincia de Almería, en España?

Vivía en dicho pueblo un brujo llamado Francisco Leona. En una finca vecina residía un tuberculoso, Francisco Ortega. Consultó a Leona sobre su enfermedad y el curandero le ordenó beber sangre caliente de un niño y frotarse el pecho con la grasa de la víctima. Sólo a ese precio obtendría su curación. Como pago de sus hono-

<sup>1</sup> Todos los detalles arriba mencionados han sido sacados de un artículo publicado en el Mercurio de Francia.

rarios, Leona exigió dos mil pesetas y un adelanto de setecientas cincuenta. El brujo, con la ayuda de un llamado Fernández, se puso a buscar un niño para consumir el sacrificio. Hicieron caer en la trampa a un muchacho, Bernardo González, que se bañaba en el río con otros camaradas. Lo invitaron a recoger albaricoques en un bosque vecino. Tan pronto como estuvieron seguros de no ser molestados en su criminal empeño, se apoderaron del muchacho y después de haberlo amarrado y amordazado, lo encerraron en un saco y se lo llevaron a la casa del brujo. Entonces tuvo lugar la monstruosa escena. Leona hundió un largo cuchillo en la axila de la víctima. Fluyó la sangre y fue recogida en una ensaladera de porcelana por Ortega, le echó azúcar y se la tomó a grandes sorbos. Después abrieron el cuerpo desde el esternón al pubis, sacaron los intestinos y la grasa de éstos sirvió para el ungüento descrito.

Tal fue el drama de brujería juzgado por la Audiencia de lo Criminal de Almería, los días 29 y 30 de noviembre de 1910. Ortega y Fernández fueron condenados a muerte. En lo que respecta a Leona, que estaba muy viejo, murió en la cárcel antes de que se abriera el proceso.

## IX

Pero el delirio extático, el sacrificio ritual, la danza litúrgica no expresan más que una parte del complejo del Vaudou, o al menos, la expresión del culto del cual son ellos los elementos coordinados, no ha dado hasta el presente más que una modesta hechura de la totalidad del problema de

acuerdo con la exposición que hemos hecho en el curso de este estudio.

Su contenido es más rico en síntesis psicológica. Se ha asimilado otras nociones, se ha recargado de principios incoherentes, ha sufrido transformaciones, se ha sometido a fecundos compromisos en su evolución histórica. Es a lo que vamos a asistir examinando más de cerca el papel desempeñado por las ideas, por el ceremonial de la Iglesia católica en el dominio de las almas ya trabajadas o simplemente tocadas por el dinamismo vaudesco.

Pues uno de los aspectos más sorprendentes y de seguro el más curioso del Vaudou, es su asociación con el catolicismo en la fe de las masas haitianas en la hora actual.

La confrontación de las dos creencias se remonta muy atrás en el curso de las edades desde la época lejanísima en que los portugueses plantaron la cruz sobre las costas occidentales del Africa y catequizaron un buen número de paganos en las riberas del Congo hasta el período activo de la trata emprendida en nombre del proselitismo religioso, por su Cristianísima Majestad. ¿No es esto lo que Moreau de Saint-Méry tiene a bien denunciar cuando habla del catolicismo de los congoleses aderezado con idolatría e islamismo? En todo caso, en Santo Domingo, la justificación de la empresa colonial implicaba la conversión global y obligatoria en los términos que ya hemos precisado. Ciertamente, muchas almas excepcionales fueron transfiguradas por el milagro cristiano y siguieron siendo activos proselitistas en el reclutamiento del nuevo culto. Bastaría con citar a un Toussaint Louverture, cuya devoción agresiva no cedía en nada a la piedad conquistadora de los grandes capitanes que fueron a la vez inflexibles hombres de Estado y escrupulosas gentes de Iglesia.



para demostrar lo que ha podido ser en las naturalezas privilegiadas la fe en los misterios cristianos.

Pero sin que hubiera necesidad de edificar ninguna dogmática, por simple fenómeno de endósmosis y por el pragmatismo de la acción social, las creencias lentamente reaccionaron unas sobre las otras, se amalgamaron en inextricables madejas y erigieron en máxima la conducta de los hombres, de tal modo que su catolicismo no fue más la doctrina de la Iglesia y ni su Vaudou el simple animismo primitivo. Fue y es todavía en el presente algo nuevo, asaz insólito, en extremo embarazoso, sumamente incoherente como para no experimentar perplejidad de expresarlo en una fórmula de aristas vivas —puesto que el fenómeno no ha cristalizado y a veces se manifiesta por un individualismo anárquico. Sea como fuere —y paradoja aparte— las dos creencias tienen puntos de contacto lo bastante numerosos como para que de su simple yuxtaposición resultase una confusión de principios.

¿No creen el católico y el adorador del Vaudou en la existencia de un Dios supremo? ¿No creen ambos en su intervención incesante en el curso de la vida humana y en el orden de los fenómenos universales? ¿Ambos no lo creen sensible a la ofensa, terrible en la venganza y, sin embargo, misericordioso, exorable a la imploración, accesible a las ofrendas de sus pobres criaturas abrumadas de miserias y de pecados? ¿No creen ambos en la eficacia de la intercesión de los santos cerca de la divinidad suprema en favor de la lastimera humanidad? ¿No creen uno y el otro que entre el hombre y su creador existen seres sobrenaturales, santos, ángeles, demonios muy inclinados a ocuparse de los asuntos de este mundo? ¿No chocan uno y otro con la impotencia de la razón para explicar las cosas

más esenciales de la vida, sus orígenes y su fin? ¿Uno y otro no han encontrado casi el mismo término —misterio— para velar su ignorancia de todo fenómeno que se sustra a su explicación? Además de esto, ¿no se han sentido ¿plastados por el temor y la obsesión del demonio, de Satánas? Pues si a pesar de todo, hay diferencias que señalan los rasgos salientes que distinguen a una y otra creencia, esas diferencias se manifiestan sobre todo por el modo de expresión del culto del sentimiento católico y por el modo de expresión del culto del Vaudou. Dichas diferencias van acentuándose a medida que se intelectualiza la creencia católica y justifica su razón de ser por las doctrinas dogmáticas codificadas cuya pureza e integridad están puestas al amparo de una autoridad espiritual ceosa de conservar la tradición y el carácter sobrenatural de esas doctrinas. Allí donde el rito vaudesco despliega la desnudez afectiva de sus símbolos —por otra parte ininteligibles para aquellos mismos que los decretan—, el fiel católico puede establecer la filiación del menor rito de su culto en no se sabe qué revelación llegada directamente del cielo. De lo que resulta que el origen de su fe le confiere un crédito y una autoridad considerables sobre la mayoría de las manifestaciones religiosas. Resulta igualmente que ejerce una atracción soberana sobre cultos no organizados cuya secreta ambición es asimilarse algunos de los elementos que aseguran el prestigio de la Iglesia. De ahí la imitación torpe por los adeptos al Vaudou de lo que hay de más exterior en el catolicismo —la pompa, la magnificencia del ceremonial, el misterio de los signos, la suntuosidad de los hábitos sacerdotales.

Por otra parte, si las luchas salvajes que instauraron la reclamación de los derechos del hombre en Santo Domingo, se expresaron en la explosión de 1791 en una ceremonia por entero vaudesca —el juramento de sangre— si, durante los trece años de violencias, de privaciones, de torturas, los negros sacaron de su fe en los dioses africanos el heroísmo que les hizo afrontar la muerte e hizo posible el milagro de 1804 —la creación de una nacionalidad negra en la cuenca de las Antillas— resulta curioso comprobar con qué celoso cuidado los jefes, en el alba de la victoria, declararon la guerra a las viejas creencias ancestrales.

Desde 1801, Dessalines, inspector general de cultura en el departamento del Oeste, informado de que en cierto lugar de la sabana del *Cul de Sac* se celebraba una ceremonia vaudesca, se apersonó a la cabeza de un batallón de la octava semibrigada y pasó por el filo de la espada a cincuenta afiliados. Una operación de policía un poco ruda. Fue la primera represión oficial del delito de creencia. Más tarde, La Chartre habiendo declarado religión oficial el catolicismo, le aseguró la protección oficial del Estado. El Código penal precisó el delito de superstición. Desde ese entonces el brazo secular se atribuyó la investidura necesaria para castigar todo acto que atentara la ortodoxia del culto oficial. Y es así que la vieja religión primitiva del negro puesta al margen de la ley, perseguida como el legado indeseable de un pasado vergonzoso e inadecuado al nuevo estado político del ciudadano haitiano, buscó en la sombra de las conciencias y en las tinieblas de los *bounforts*,<sup>1</sup> adaptarse al nuevo estado de cosas. A las tra-

<sup>1</sup> Templo Voudou.

diciones del culto africano se les hizo difícil conservarse en ese esfuerzo consciente o inconsciente de asimilación.

Se empezó por buscar no sólo analogías rituales entre las dos religiones, sino también identificar las deidades del Vaudou con los principales santos de la Iglesia. Se llegó hasta a prescribir la obligación de una misma práctica de los sacramentos de ambos cultos para tener derecho al favor de los dioses del Vaudou.

En cuanto a las devociones menudas tales como llevar escapularios, votos, novenas, uso de velas, misas de difuntos, etc., tuvieron el más fecundo empleo en las disposiciones rituales del *Hougán* prescritas a sus fieles porque las mismas se armonizaron prontamente con las más íntimas tendencias del Vaudou. Y una transformación insidiosa, lenta, corroyó los fundamentos mismos de la antigua creencia. Y ahora, ella ya no descansa más en el poder espiritual, latente o formal que contiene todo ser y todo fenómeno de nuestro universo, ya no implora más las Fuerzas Naturales dotadas de conciencia y de voluntad, *ella enseña que el mundo es regido por un Ser Supremo que delega su poder en espíritus intermediarios a los cuales se debe pagar homenaje y reverencia. Ella dice que los hombres no están solamente hechos de carne y huesos, también están compuestos de una parte inmaterial, de un alma, que, más allá de la muerte y a pesar de su imponderabilidad, necesita de la asistencia de los vivos para llenar la otra condición desconocida, insospechada de su existencia supraterestre. Que si los vivos fallaran en esta tarea, no sólo las almas serían atormentadas allá arriba, sino que bajarían a la tierra a atormentar a los vivos.*

Tales son los dos polos de la nueva creencia. Por supuesto, como son conformes a la ortodoxia católica en



muchos aspectos, no es nada sorprendente que las fiestas del calendario romano hayan sido adoptadas y practicadas como sus propias fiestas por los adeptos del Vaudou que realzan el ritual de la iglesia con ceremonias observadas de acuerdo con las tradiciones y en el templo de los dioses del Vaudou. Además de esto, por una operación paradójica, a porfía, se ha mezclado a la buena de Dios la denominación de los santos y de las funciones en los dos cultos —simple traducción de un lenguaje litúrgico a otro.

Hasta aquí, no parece que el trabajo de asimilación haya tenido dificultades insuperables al menos en lo que se refiere a la elección de las épocas apropiadas para la celebración de las fiestas.

Hemos dicho precedentemente que en el culto del Vaudou, las fiestas perpetúan el recuerdo y constituyen símbolos de ceremonias agrarias y propiciatorias. Y es éste el motivo por el cual ellas señalan el ritmo de las estaciones: fiestas de siembra en primavera, fiestas de la recolección en otoño.

Pero una de las adquisiciones definitivas de la exégesis moderna ha sido demostrar que «Pascua florida es la fiesta de la primavera y del renuevo; el Pentecostés, la fiesta de la recolección; la fiesta de los Tabernáculos es la fiesta de la recogida de los frutos y de la vendimia. La interpretación espiritual llegó después».<sup>1</sup>

Pero entonces, cómo impedir que por una acción acaso involuntaria de esas ligazones preestablecidas haya salido la elección de los adeptos del Vaudou que situaron sus dos

principales épocas de fiestas en las dos épocas características del año: en primavera, antes o después de la Pascua cristiana, fiesta del buen tiempo, fiesta de la siembra, en el otoño, antes o después de la Fiesta de Todos los Santos, fiesta de la recolección, época principal del «manger yame» (comer ñame), época de los servicios propiciatorios para las almas de los antepasados.

Ahora bien, no es temeridad afirmar que ninguna ceremonia religiosa de la Iglesia es más fiel y escrupulosamente observada de uno a otro extremo del país que el Día de los Fieles Difuntos.

Desde el individuo más humilde hasta el más opulento personaje, desde el mísero campesino hasta el burgués más encopetado, desde la más modesta aldea a las más suntuosas ciudades, cada cual, el día de los fieles difuntos, obedece al común pensamiento de honrar a los desaparecidos con un recuerdo más emocionado, de hacer más efectiva —al menos durante algunas horas— la solidaridad misteriosa y sagrada que une a los que ya no existen a aquellos que todavía permanecen en esta tierra —solidaridad que nada podría destruir, ni la voluntad de los hombres y la ostentación de su vanidad, ni lo indefinido del espacio que dispersa y divide, ni las ruinas conmovedoras que engendra el tiempo y que esfuman el recuerdo y lo volatilizan. Pero sea que el pensamiento obedezca al ritmo superior de las abstracciones o se entorpezca en percepciones rudimentarias, cada cual solemniza a su manera el día de los fieles difuntos.

El católico puede no conservar más que la forma espiritual del recuerdo —simple evocación de las horas empañadas o brillantes pasadas juntos en la alegría o en el sufrimiento, mientras que el adorador del Vaudou casi

<sup>1</sup> A. Loisy: *La religión de Israel*. Cf. A. Loisy: *El sacrificio*. James George Frazer: *Adonis* (estudio de religiones orientales comparadas). Salomón Reinach: *Orfeo*. Nathan Soderblom: *Manual de historia de las religiones*.

siempre la concreta en ofrendas rituales. En resumen, uno y otro se encuentran en la comunidad de sentimientos sobre los que descansan sus gestos aparentemente desiguales.

Sin embargo, a pesar del lugar excepcional que tiene el día de los fieles difuntos, en la nueva economía vaudesca, nada señala mejor la influencia católica en la evolución del viejo culto que la solemnización de cualquier fiesta parroquial en donde se asocian en común fervor los fieles indiscriminados de las dos creencias.

En nuestra opinión, dos parroquias se disputan el favor popular: *Limonade* y *Ville-Bonheur*.

Limonade, situada en la proximidad del Cabo en la tierra baja, está consagrada a Santa Ana y canaliza el peregrinaje de las poblaciones del Norte y del Nordeste.

En cuanto a *Ville-Bonheur*, está encaramada en la línea montañosa que estira la sierra occidental del Cibao en dirección del Golfo de la Gonave, hasta la punta de San Marcos. *Ville-Bonheur* es un don de Saut-d'Eau, y Saut-d'Eau, surgido de la cuesta pelada de Doscale es, a su vez, un presente de la *Tombe*. El río, en su prisa febril de llegar al valle del Artibonite, corre en múltiples cascadas encerrado, estrangulado en las quebradas estrechas de la montaña y se impacienta en roncós mugidos contra los picachos que devuelven a otros picachos la ola rompiente de sus aguas. Muchas son las rocas que se yerguen ante él. Se precipita en ellas en masas jadeantes hasta que por fin una meseta de poca amplitud le forma canales de tierra rientes. Pero la meseta no es más que una delgada cinta desata sobre cientos de metros en vivas resquebraduras, flanqueadas por precipicios. La *Tombe* presa en la red de

los canales se interna en el camino de los precipicios y cara al sur, derrama sobre las pendientes del valle el manto centelleante y traslúcido de sus aguas.

Este incidente en el curso del río constituye el «Saut-d'Eau», el más bello, el más alto, el más espléndido salto de agua con que nos ha obsequiado la pródiga naturaleza. Ha dado su nombre a la región circunvecina y sobre ella yergue su majestad ya, se oiga a la distancia la queja amarga de los elementos cinéticos lanzados en furiosa zarambanga más allá de la cresta de los picachos en el fondo de los valles, sea que, de lejos, se descubra la caída maravillosa en el cabrilleo de las gotitas irisadas, férica en el deslumbramiento metálico de sus destellos. Entonces el salto de agua parece inmóvil, fijo, muy parecido a una imagen en cristal de roca engarzado en el oscuro verdor de la montaña.

Sin embargo, la meseta se escalona y desciende en lentas gradaciones hacia el este donde se confunden los repliegues del terreno con la curvatura suave de las colinas de *Trianón*. Pero antes de alcanzar el meandro más grande de la *Tombe*, nuevamente integrado más allá de la caída, la meseta ofrece la generosa hospitalidad de su terreno húmedo a un conjunto de casitas muy graciosamente alineadas donde vive una población rural de algunos cientos de habitantes. Es allí donde un día se apareció la bienaventurada del Monte Carmelo. Y es allí que en recuerdo del milagro se levantó *Ville-Bonheur*.

Una modesta capilla ha sido dedicada a la Virgen —muy modesta, en verdad, en su simple arquitectura de madera mal cuadrada, de naves avalladas con tablas mal desbastadas, de techos de teja de zinc acanalado donde se condensa el calor de los veranos abrasadores y sin el res-



guardo de un cielo raso que proteja a la numerosa <sup>con-</sup>currencia de los fieles.

En el crucero, la estatua de la Virgen se adorna <sup>con</sup> un gran collar de oro, el altar está cuajado de <sup>exvotos</sup> diversos...

Ville-Bonheur atrae una multitud inverosímil de peregrinos. Se hizo célebre desde el día en que la República Dominicana habiendo cerrado sus fronteras al pueblo de creyentes que acudía todos los años a adorar a la Altargracia en la famosa gruta de Higüey, la devoción haitiana se vertió hacia el humilde caserío donde tuvo lugar la aparición de la bienaventurada del Monte Carmelo. Le pintoresco del lugar, la impresionante extrañeza del decorado, la magnificencia del salto de agua —todo <sup>con-</sup>tribuyó a hacer la pregrinación más y más densa <sup>cada</sup> año. Pero entonces, su carácter católico se encontró <sup>pro-</sup>fundamente alterado gracias a la vecindad del salto de agua porque los dioses del Vaudou habitan lo mismo <sup>e</sup> espacio inmarcesible que la insondable profundidad de las aguas, porque el espíritu, Señor del agua, elige su residencia en cualquier lugar donde brote una fuente y en donde se glorifique algún fenómeno hidráulico. Saut-d'Eau no podía ser sino el palacio deslumbrante de alguna entidad divina. Desde entonces una doble corriente mística <sup>con-</sup>duce la multitud hacia Ville-Bonheur en donde los milagros se multiplican en todos los órdenes. Son particularmente frecuentes en ciertos lugares designados por la piedad de los fieles. Es así que no lejos de la humilde capilla, en un palmar que con su sombra calada resguarda <sup>unos</sup> pequeños manantiales frescos, y durante largos años, hacia el dieciséis de julio, la producción de milagros <sup>reviste</sup> este sitio de una aureola sagrada.

Fue allí, en efecto, entre las altas pencas, en la cima empenachada de la palma real, que apareció Nuestra Señora del Monte Carmelo, o sea, Nuestra Señora del Carmen, y en lo adelante Virgen de Saut-d'Eau. Ese milagro fue la condición de otros milagros menores. Los sordos oyeron, los ciegos vieron, los paralíticos anduvieron. Pero he ahí que al pie de los árboles, entre las velas de la penitencia cristiana, se prendieron otras velas en iluminación de otros requerimientos, y entre el rocío centelleante de la hierba gruesa se multiplicaron las ofrendas alimenticias a los dioses del Vaudou. Y, sin duda, la voz de los peregrinos católicos, en cascadas sonoras, invocaba las gracias de la Virgen, pero también entre los cantos litúrgicos se exhalaban hipos, gemidos, gangosidades volubles de ecolalia que señalaron igualmente las crisis de posesión teomaniaca, los éxtasis del misticismo vaudesco. Y toda esa densa multitud, con los ojos alzados hacia el cielo, estaba cada vez más, en una angustia tan opresiva que bastaba que un pecho más oprimido dejara escapar el grito de «Milagro» ansiosamente esperado por todos para que todos los ojos, en el mismo instante, viesan, en lo alto, la imagen de la Virgen, entre las pencas caladas de las palmas sagradas, en la claridad luminosa del cielo azul. Y el milagro repercutía en olas rompiendo sobre la multitud que se marchaba vociferando, balanceando el milagro. Y los sordos oían y los ciegos veían y los paralíticos caminaban.

Y cada vez, el lento desaguar de la multitud se canalizaba hacia la capilla —primera estación—, confundiendo se con el flujo humano que subía por el mismo camino hacia el salto de agua en busca de la otra fase de la devoción. También allí cientos de fieles, desnudos en el enflaquecimiento de sus anatomías flácidas, gastados por la

ruina implacable de los años o en el modelado de las carnes jóvenes cuya rica carnación revela la belleza de líneas; allí bajo el látigo eléctrico del salto de agua, tratando de resistir a la tromba masiva precipitada de las alturas, centenares de peregrinos son aprehendidos, todos los años, el dieciséis de julio por los dioses del Vaudou que temporalmente hacen de ellos su presa. De cascadas en cascadas los poseídos vacilan, caen, ruedan y sus clamores se confunden con el clamor de las aguas y su voz ya nada tiene de humana mientras que en sus carnes transidas tiembla la potencia del dios:

*Nec mortale sonans...*

*...Jam propiore dei.*

Otros prenden velas al pie de los árboles, cuelgan cordeles y pañuelos de las ramas flexibles. Aunque las ofrendas alimenticias estén puestas en innumerables cacharros a la sombra húmeda de los grandes árboles, Saur d'Eau y Ville-Bonheur asocian en la misma devoción a millares de peregrinos de los cuales unos son puros católicos y otros almas inquietas en que un catolicismo de aparato se extiende sobre la fe del Vaudou, y, en fin, otros que son puros adeptos del Vaudou. La asociación de las dos creencias a veces resulta tan chocante a los ojos de los puros católicos que éstos en ocasiones, manifiestan su cólera con violencia contra todos los paganos que profanan impudicamente el nuevo santuario de la fe cristiana.

Y de otra parte, la autoridad religiosa ante todo presente en lo que concierne a la autenticidad de las apariciones milagrosas en los palmares sagrados, tomó en fin el partido de negarlas formalmente y en vista de que la gente

se obstinaba, a pesar de todo, a forjar milagros año tras año, en el mismo lugar, resolvió cortar por lo sano todo equívoco dando candela al tronco de varias palmas. El abate L. tomó la iniciativa de esta operación y así se atrajó las maldiciones de los creyentes. Extraña coincidencia: se dice que perdió la razón después de la aventura.

Y los peregrinos atribuyeron su locura a una venganza de los dioses... o de la Virgen. Pero otros palmares tan majestuosos, tan altivos como los primeros mantuvieron la apuesta. Evidentemente la gente persistió en comprobar nuevas apariciones, acaso más evidentes, acaso más bellas que las anteriores debido a la hostilidad de la Iglesia. El abate C., sucesor del padre L., inflamó la lealtad de sus fieles, requirió la ayuda del brazo secular e hizo abatir todas las palmas impostoras. ¡Señor, qué imprudencia! Qué provocación contra todas las fuerzas desconocidas que el común de los hombres teme y en las cuales sitúa la inmanencia de las desdichas que lo afligen!

¿Contra quién va a resolverse la cólera divina?, se preguntaban medrosos.

Y es por lo que la gente, enloquecida por el sacrilegio del abate C., imploró el perdón de las divinidades ofendidas en sordos gemidos y fue al ritmo de las oraciones litúrgicas que se dirigió procesionalmente a la capilla. Con unción solicitó la misericordia de la Virgen. ¿Por qué? Ya no lo sabía. ¿Acaso era para borrar el ultraje del buen pastor que, sin embargo, había actuado en la plenitud de su autoridad sacerdotal? ¿Acaso tenía la oscura intuición de que el abate C., había, con todo, sobrepasado el límite de sus derechos? De cualquier modo, la acción inmediata ordenaba una confesión pública y colectiva de culpabilidad. Y era todo eso lo que la gente exhalaba



en sordos gemidos, arrodillada sobre la tierra apisonada del humilde santuario...

Nueva coincidencia. El abate C. se vio afligido, poco tiempo después, de una anquilosis de las extremidades inferiores. ¿No era un milagro más?

En verdad, no había que preguntar a la credulidad de los hombres que investigaran sobre el estado de salud anterior de los dos sacerdotes. ¿Estaban ya enfermos antes de la operación radical que emprendieran para limpiar la religión de la que son ministros de las escorias de un culto que ellos abominan? Nadie se interesó por un control científico para explicar lo que pareció choque impertinente contra el buen sentido y la razón. La mentalidad mística se apoderó del hecho en bruto y le dio la interpretación de la lógica afectiva. Y la noción del milagro se incrustó aún más en la credulidad de la gente ávida de lo maravilloso. Sin embargo, no hay que deducir de esta reflexión que nosotros negamos «el milagro» o al menos que rechazamos la repercusión de un choque moral sobre el organismo. Sería reducir el problema a un esquema muy simple. Por el contrario, no parece que haya un fenómeno de una complicación psicológica más rica que el del milagro. Estamos de acuerdo en que las apariciones misteriosas son un producto de la imaginación colectiva determinado por esa especie de psicosis de las multitudes analizada por los psicólogos. Pero también estamos seguros de que, en ese medio místico de Ville-Bonheur, enfermos desesperados han recuperado la salud, particularmente esos cuyo sistema nervioso era deficiente y acaso sin que ellos lo supieran. No recogeremos por tanto la anécdota de los dos curas sino con la más severa circunspección.

No es que consideremos imposible toda relación entre los accidentes de los que ellos fueron las víctimas y la acción de la que fueron los protagonistas.

Pero en ese orden de cosas, sería insensato remitirnos al testimonio de otro. Sería preciso someter los casos de que se trata al filtro del examen más riguroso. Y así y todo muchos elementos nos escaparían y sabemos a qué suma de chanzas, de cólera, hasta de desdén nos expondríamos si quisiéramos impulsar una investigación rigurosamente científica en este sentido. Sería preciso poder hacer admitir a priori que las mismas leyes rigen los fenómenos psicológicos que desorientan nuestra pobre razón cuando a seguidas de un choque emocional, nuestro organismo sufre tal descalabro que se ve alterado en el equilibrio estático con que está hecho el misterio de la vida. En resumen, cada fiel admite sin más el milagro en lo que concierne a las posibilidades sobrenaturales de su culto y objeta las de su vecino. Con mayor razón, la Iglesia consideraría de una loca impertinencia la pretensión del observador que quisiera establecer una relación de causa y efecto entre los accidentes —si algunos ocurrieran— de que los sacerdotes fueron víctimas y la acción por ellos emprendida contra la fe popular. De otra parte, pese a lo que ella diga o quiera, la Iglesia sabe bien que no tiene el monopolio de los milagros en el orden de las curaciones retumbantes, inesperadas e inexplicables. Sin poner por delante las prácticas del magnetismo animal sobre las cuales numerosas observaciones han sido recogidas, fuera de los hechos de hipnotismo sobre los cuales estamos bien informados, es interesante recordar siguiendo a Charcot y a Pierre Janet, que las curaciones milagrosas eran conocidas en la antigüedad con el mismo carácter más o menos



comprobador que en nuestros días en Lourdes. Así, en Grecia, en Epidauro, el santuario de Asclepieion era célebre por el número considerable de peregrinos que atraía y por las curaciones maravillosas que allí se realizaban. Una estatua del dios, colocada en el fondo del templo, recibía los piadosos homenajes de los fieles llegados de todas partes. Un colegio de funcionarios servía a la disciplina de las ceremonias en el curso de las cuales se operaban los milagros y había sacerdotes encargados de interpretar las señales, las respuestas mediante las cuales la divinidad producía sus oráculos. Había médicos colocados en posición ventajosa para atestiguar la autenticidad de las curaciones. Por todas partes se advertían exvotos que testimoniaban la gratitud de los favorecidos por el milagro.

Se han conservado inscripciones que nos revelan ciertas particularidades de curaciones obtenidas igual que en las más famosas grutas actuales.

He aquí una: «Un ciego llamado Valerius Aper, habiendo consultado el oráculo, ha obtenido por respuesta que debía mezclar la sangre de un gallo blanco con miel y hacer una pomada para frotarse el ojo durante tres días. Recobró así la vista y acudió a dar gracias al dios ante todo el pueblo. Un tísico, Lucius, cogió cenizas del altar las mezcló con vino y se frotó el pecho con ellas. Inmediatamente se curó de su consunción y la multitud se regocijó con él».

Parece que esos dos ejemplos, que podrían multiplicarse con otros muchos, prueban que, en este orden de cosas, entran elementos complejos de psicología cuyo mecanismo aún no podemos envanecernos de conocer. En todos los casos, parecería que hay igualdad de condiciones par-

hacer posible la producción del fenómeno. Ante todo, un cierto estado de tensión psicológica, la espera de un no sé qué que va más allá de lo normal y de lo natural; y aun cuando se afecte dudar, no por ello se experimenta menos el temor, la obsesión de que eso no ocurra de igual modo; después, el imperio del medio humano, es decir, la presión que ejerce en nosotros la creencia ansiosa de la multitud donde se repiten hasta la saciedad los cuentos más fantásticos de los prodigios acaecidos o que acaban de acaecer, la fatiga física y moral determinada por los largos viajes, las estaciones de penitencia, el ayuno, la oración. Todo eso constituye un estado mental, una preparación especial, un terreno específico muy apropiado a la realización de los fenómenos extraordinarios de las curaciones milagrosas.

¿Tales condiciones no se dan por entero en Saut-d'Eau, antaño a la sombra sagrada de las palmas, hoy día aún en las fuentes lustrales de San Juan, siempre en el decorado maravilloso del salto de agua, entre la fe de las multitudes subyugadas de terror, palpitantes de entusiasmo, ansiosas de esperanza?

¡Ah! Hay que haber tenido como nosotros la visión de esas multitudes sedientas de esperanzas, ansiosas en la espera del milagro para comprender el desencadenamiento de semejantes fenómenos. Conservamos como si fueran instantáneas las notas recogidas recientemente sobre los movimientos de la región y que se nos excusará de reproducir en este libro.

Ville-Bonheur, julio 16 de 1926.

Es hoy la glorificación de la Virgen de Saut-d'Eau. Es igualmente la fiesta mayor de las fuentes de San Juan y es sobre todo la peregrinación a las maravillas del salto



de agua. La multitud, de toda laya y color, pulula en la calle que lleva a la capilla y al salto. Se amontona y se apretuja en un hormigueo innombrable e impresionante. Es singularmente variada y sin embargo muy semejante a ella misma en su unidad psicológica y milagrosa. Se la podría comparar al cabrilleo de las olas en las que una luz ardiente destaca las lentejuelas multicolores. Peregrinos, curiosos, juerguistas, devotos, vendedores de placeres, campesinos endomingados, burgueses supersticiosos, allí están todos atropellándose, empujándose, impacientándose, pero resueltos a avanzar hacia no se sabe qué cosa que está del otro lado de la calle —por completo al extremo del sendero— hacia la capilla o el salto de agua. Y son ellos todos con su formidable instinto gregario los que componen la multitud. ¿Véis a éstos, pobres enfermos, cernidos por el sufrimiento, jadeantes bajo las garras de la sífilis o de la tuberculosis, y a esos profesionales de la mendicidad, repulsivos en su miseria, apestados en sus ropas raídas y en su piel donde abundan los piojos? He aquí que hace su aparición el rebaño de las prostitutas sin edad reconocible ya gastadas por el atroz desenfreno pagado, seguidas por campesinos agarrotados de devoción bajo la mezcrolanza multicolor de sus chaquetones, en sandalias de penitencia —todos peregrinos del dolor en tren de redención. Un poco más lejos las rancheras en batas votivas de algodón azul, blanco o gris, cordoncillos en banderola. Algunas de ellas vestidas con amplios trajes hechos con retazos multicolores, pegados unos a los otros con arte sutil y singular se parecen a monjas escapadas de algún extraño convento. Pero, dominando a toda esa gente por su provocación al tumulto y al desorden, he aquí que se destacan los jóvenes desertores ocasionales de los *dancings* de Port-au-Prince

que el libertinaje crapuloso arroja en la clientela de los bailes públicos al barato, parranderos que llevan en sus ojos hundidos el sufrimiento estúpido de las noches en vela, jovencitos en aprendizaje del amor venal y que encuentran en esta única jornada del dieciséis de julio la ocasión tan esperada de correrla en grande y en profusión agotadora y lasciva. Y cómo hablar de la desvalidez de los pequeñuelos, del chillido de los mocosos encajados en los hombros de las madres entre la densa marea humana, llevados allí en homenaje de gratitud hacia la divinidad que se mostró compasiva a los deseos de las parejas estériles. Y cómo hablar de la música quejumbrosa de sus voces.

La multitud es tan compacta que da la impresión de pisoteo. Sin embargo, en el aparente desorden de los desplazamientos se configura una disciplina. La ola humana acusa un movimiento de flujo y reflujo: los que suben hacia el salto de agua y los que regresan. En la calle, donde la línea geométrica se esboza, vacila y termina en dibujos informes, las voces cloquean, chillan o crepitan en risas de ebriedad, en cascadas de denuestos, en palabras de alborozo o de cólera, y el estruendo de mil voces, ritmado por la percusión seca de los tambores de *dancing* añade como un eco de tempestades lejanas bajo el cielo que raya la fuga de los relámpagos. Ciertamente que la turbenada se anuncia en todo: el calor sofocante provoca la aprensión de un desastre inminente. Y he aquí que de la región de los lagos, las nubes se precipitan en masas pesadas y negras hacia la cresta de las montañas y ruedan con pasmosa velocidad sobre Ville-Bonheur donde por fin la tempestad revienta.

Entonces la multitud, como un rebaño desordenado presa de terror pánico, se amontona en las casitas cuyo



escaso número hace imposible recibir a toda esa gente. Se produjo un espantoso atropellamiento entre gritos, risas y juramentos bajo la presión del aguacero. Y la turbulencia rápida, masiva, torrencial, envolvió el paisaje de una bruma espesa y húmeda. Y eso también fue un milagro, una lluvia de bendiciones, decían las buenas mujeres. Entretanto, la noche se precipitaba presurosa y en lo indistinto de las sombras las antorchas indicaban que al son de los coque fatigados los peregrinos proseguían la orgía pagana de la fiesta de Saut-d'Eau.

Las conmovedoras particularidades que acabamos de señalar, ¿son propias del medio haitiano y exclusivas del Vaudou? Quién osaría pretenderlo. Por el contrario, parece que se esté casi autorizado a erigir en principio que cualquiera sea el medio en el cual conviven dos o más religiones hombro con hombro, es fatal que se compenetren y que reaccionen unas sobre otras independientemente de la voluntad de los hombres. Y el fenómeno es tanto más evidente a medida que el medio es más primitivo y que el Estado se encargue de proteger una de esas religiones a expensas de las otras. La historia de las religiones está llena de enseñanzas que confirman la justeza de esta proposición. Y si precisáramos de ejemplos, iríamos a buscarlos en la historia del cristianismo que nos resulta más familiar.

¿Qué espectáculo nos ofrece el mundo antiguo del siglo tercero al cuarto en el momento en que el cristianismo triunfante absorbe el paganismo agonizante? ¿El advenimiento del cristianismo se produjo en la pureza e integridad de su doctrina original?

¿No se asimiló, por el contrario, algunas de las ideas de las nociones sobre las cuales estaba edificado el pensamiento antiguo?

En su conquista del imperio romano, ¿no concedió al paganismo un poco de su trascendencia moral, y con el propósito de una mejor adaptación de los nuevos conversos que pertenecían a las altas esferas sociales, no consistió el esfuerzo de los teólogos en conciliar las doctrinas de la Iglesia con las especulaciones de la filosofía? Y ese esfuerzo de adaptación, esa transición de una fe a otra fe, han sido tales que se ha podido revelar en las obras de apologética cristiana cómo los doctores de la Iglesia surgidos de las escuelas de la filosofía griega han conservado las formas de pensamiento, el modo de razonamiento, las tendencias del espíritu adquiridos en el medio intelectual en que habían convivido. Al hacerse cristianos, ponían todos los recursos de la dialéctica griega al servicio de la metafísica cristiana. Y la observación ofrece un interés aún más sorprendente y más inmediato si nos detenemos en la conversión al cristianismo de las masas paganas. Allí, el conflicto de las creencias no se demora en la sutileza de los compromisos intelectuales. El esfuerzo de adaptación se muestra en la desnudez de una yuxtaposición de dos creencias en el plano de los ritos cuya supervivencia pagana persiste en la celebración de ciertas ceremonias cristianas. Tal es el caso muy curioso señalado por Gastón Boissier en su estudio sobre San Paulino de Nola.<sup>2</sup> Paulino, que pertenecía a una familia muy antigua y rica de la Galia romana, había adquirido el gusto por la literatura antes de su conversión al cristianismo. Pero, cuando fue iluminado por las verdades de su nueva fe, buscó la soledad, dejó las orillas de la Garona donde había nacido, se refugió primero en España y des-

<sup>1</sup> Ch. Guignebert: *El cristianismo antiguo*.

<sup>2</sup> Gastón Boissier: *El fin del paganismo*.



pués en Nola, en la Campania romana donde se encuentra el sepulcro de San Félix cuya fiesta se celebra todos los años el catorce de enero.

Allí Paulino llevó una vida de asceta, nunca dejó a pequeña comunidad de la que fue obispo y puso en verso la vida del bienaventurado cuya fiesta incubaba tantos prodigios cada año. La devoción al sepulcro de San Félix era eminentemente popular. El santo pasaba por ser exorable<sup>1</sup> a la imploración de los fieles. Millares de pobres llegadas de todas partes de Italia visitaban Nola. San Félix obraba milagros particularmente sobre los posesos a los que libraba de su obsesión. Paulino nos ha dejado una excelente descripción del estado en el que esos desdichados arribaban a la basílica de Nola. «Sus dientes rechinan, dice, sus cabellos se erizan, sus labios están blancos de espuma, sus cuerpos tiemblan, sus cabezas se agitan con un movimiento vertiginoso. Tan pronto se cogen ellos mismos por los cabellos y se elevan en el aire, tan pronto se cuelgan por los pies». Bastaba a los posesos aproximarse al sepulcro de San Félix para que fuesen curados a pesar de la persistencia que a veces el demonio ponía para no despegarse de ellos. Pero el aspecto más curioso de esta fiesta popular era la actitud de la multitud. «Se compone, nos dice, sobre todo de campesinos, es decir, de los últimos convertidos al cristianismo, de aquellos que se habían apartado con mayor pesar y después de los otros de la vieja mitología. Es decir, sólo eran cristianos a medias. Conservaban con obstinación muchas prácticas de su antiguo culto que un largo hábito hizo que se encariñaran con ellas. Llegaban a Nola en familias, con sus mujeres, sus niños y

a veces con sus animales. Seguían creyendo que no había mejor medio para propiciarse la divinidad que hacerle sacrificios sangrientos, y se apresuraban a ofrecerle a San Félix el carnero o el buey que otrora inmolaran a Júpiter o a Marte. Como venían de lejos, llegaban por la noche y la pasaban sin dormir para prepararse para la fiesta del día siguiente. Era un recuerdo de esas *pervigilias* o velaciones sacras que precedían a las grandes ceremonias paganas, esas velaciones no las consagraban a la oración o al ayuno como habría sido conveniente hacerlo, las pasaban en alegres festines, lo cual, una vez más, era una antigua tradición que la Iglesia había soportado sin chistar durante dos siglos...»

Parece que hubiera sido paradójico impugnar la analogía entre la celebración de la fiesta de la Virgen de Saut-d'Eau y la de San Félix de Nola. Aun más, se puede encontrar en el mecanismo de ambas devociones las mismas tendencias del espíritu humano en cualquier lugar que ellas se revelen y cualesquiera sean las creencias que hagan su objeto avenirse perezosamente a las condiciones más inconciliables de la fe en divinidades distintas con tal de que dichas condiciones no violenten hábitos de pensamiento, comportamientos seculares de la lógica afectiva, ciertas rutinas del culto, mientras se espera que de la transformación lenta de las ideas se eliminen poco a poco los agregados de las más antiguas creencias y que del fondo común se levanten las nuevas razones de creer. Es este momento transitorio, esta tentativa vacilante del pensamiento popular haitiano, lo que hemos querido captar y poner en evidencia. Volverá a aparecer bajo una forma muy sugestiva por la tentativa que se ha hecho de identificar algunos dioses del Vaudou con los santos del cató-

<sup>1</sup> Exorable: que se deja vencer por los ruegos.

licismo. ¿No es cierto que esta propensión del sentimiento popular otorga un sentido ascensional a las actuales tendencias del Vaudou?

Pero hagamos antes una reserva. Las denominaciones que vamos a mencionar nada tienen de absoluto. Se tiene entendido que pueden variar de uno a otro punto del país. Son las principales divinidades vaudescas las únicas que han encontrado en el paraíso católico una encarnación cristiana intangible. En todos los casos, nuestras denominaciones son válidas para el norte del país en que ellas han sido cuidadosamente recogidas.

La primera encarnación es la de:

*Legba*, el gran amo, el padre, el dios familiar de los dahomeyanos que se ha convertido en *San Antonio* (probablemente *San Antonio* el eremita porque el santo es representado no ya con un puerco sino con gallo negro como fiel compañero).

Siguen después:

*Ougou Balindjo* convertido en *San Jacobo Mayor*;

*Agomme Tonnerre* convertido en *San Juan Bautista*;

*Daguy Bologuay* convertido en *San José*, y al cual se le dirige la siguiente oración: «*San José*, guíame si a bien lo tienes como guiaste a la Virgen María a Egipto. No merezco este favor, es cierto, pero yo soy tu hijo»;

El *Rey d'Aoueseau* convertido en *San Luis* (*Rey de Francia*);

*Grande Mambo Batala* convertido en *Santa Ana*;

*Maitresse Erzulie* convertida en la *Santa Virgen* (más especialmente en la *Santa Virgen de la Natividad*);

*La Sirene* convertida en la *Asunción*;

*Pierre* convertido en *San Pedro*.

Es evidente que el Olimpo vaudesco está recargado con más deidades. Sólo hemos citado aquí los dioses cuyos atributos y nombres han sido confundidos con los santos del calendario romano.

Hay otros, dioses menores (si así podemos decir), que han encontrado sus correspondientes entre los bienaventurados de la Iglesia. Los que hemos designado son los más grandes y ocupan el primer rango en el sincretismo vaudesco. Por otra parte, ese trabajo cazurro de identificación ha dado origen a una literatura de pacotilla cuyo producto más sospechoso son las oraciones populares. ¿De qué están hechas esas oraciones?

Algunas están compuestas de fórmulas piadosas aprobadas por la autoridad eclesiástica e inscritas en los mejores rituales. Otras, tomando prestado el tono general de las fórmulas autorizadas, invocan la intercesión de los santos cuyos nombres no se encuentran en ninguna parte y acumulan un tejido de lugares comunes y de dichos grotescos que son las peores caricaturas de la plegaria. Casi todas se dirigen por otra parte a los santos verdaderos de la Iglesia con esos aires insinuantes de promesas condicionales que denotan la más simple concepción de la divinidad: *Do ut des*.

¿Algunos ejemplos?

Escuchad la oración a *Saint Roi Degonde* (*Santa Rade-gunda*) «Modelo».

«El día del bravo es lunes y el sábado irás al cementerio a prender velas y decir tu oración. Bravo, pongo mi persona entre tus manos. Querido bravo, todo está dicho.»

«Oración».



«Santa Radegunda, Bravo y Bravo Barón Samel, guardián del cementerio, Gran Santo, habéis tenido el poder de atravesar el purgatorio, dad a mis enemigos algo que hacer para que ellos puedan dejarme en paz. Jesús que es señor de todo, que juzgáis los vivos y los muertos, juzgad esta causa por mí, almas enemigas, haced que la maquinación se vuelva contra ellos mismos. Cruz, Santa Cruz, santificad los Jueces, convertid a los pecadores. Gran Santa Radegunda, Reina de las ánimas del Purgatorio, que habéis atravesado el Purgatorio para liberar, librame de aquellos que me persiguen. Os prometo un Padrenuestro. Pide a tu alma que me libere».

La acumulación de tonterías, la trivialidad del lenguaje, las burdas incorrecciones que revela esta redacción, denotan el medio en el cual y para el cual fue escrita dicha oración. Por el contrario, la boga extraordinaria de que gozan las oraciones, dice elocuentemente cómo las masas populares creen en su eficacia. Y cuando, casualmente, encontramos a una pobre mujer en algún sitio en la iglesia, en el cementerio, salmodiando una oración, no sería temeridad afirmar que sobre sus labios se precipita a veces la singular galimatías de las oraciones a San José «para pedirle la gracia de un buen matrimonio porque él fue un buen esposo de la sagrada madre de Dios», a San Bartolomé que «tan pronto como los gallos cantan despierta de su profundo sueño, coge sus zapatos, después de lavarse los ojos, se pone su sombrero así como su hábito, tras de lo cual, armado de su bastón de mando, sale y se echa a camino». San Bartolomé es propicio a los que tratan de sustraerse a la búsqueda de la policía.

Pero la pieza que nos parece contener la quintaesencia de esta grosera literatura es la oración a *Saint-Boulevard*.

Es inútil señalar que este personaje ha sido inventado de cabo a rabo por la superstición de las clases bajas y que los poderes que se le han reconocido están estrechamente asociados a la significación misma del nombre que lleva. Además, no está fuera de lugar señalar que el antojo de oraciones es más acentuado entre la plebe de las ciudades que entre los campesinos. La razón es que probablemente en las ciudades se recluta una clientela cuya cultura primaria es un simple incentivo al conocimiento. La magia de la palabra escrita por incomprensible que sea, es soberana sobre esos cerebros mal desbastados mientras que en el campo donde la gente es totalmente iletrada, sólo las tradiciones orales conservan su autoridad indestructible y puesto que la literatura de las oraciones es de fecha reciente, está por consiguiente más extendida en las ciudades que entre las masas rurales.

Pero, veamos un poco en qué consiste la oración a *Saint-Boulevard*:

«Saint-Boulevard tú que tienes el poder de trastornar la tierra, tú eres un santo y yo un pecador; te invoco y tomo por amo desde hoy. Te envío en busca de zutanejo, trastorna su pensamiento, trastorna su casa, trastorna para mí a todos mis enemigos, visibles e invisibles, haz que caiga sobre ellos el rayo y la tempestad. En honor de Saint-Boulevard, tres padrenuestros.

Satanás, renuncio a ti, si vienes de parte del demonio, que el demonio te lleve y te arroje en el abismo y en la morada infernal.

Bestia maligna, lengua de víbora, lengua perniciosa, si vienes de parte de Dios para engañarme, tendrás que ir de tierra en tierra, de rincón en rincón, de aldea en aldea, de

casa en casa, de empleo en empleo, como un judío errante ofensor de Jesucristo. Señor, Dios mío, ven en busca de zutanejo, para que desaparezca ante mí como el rayo y la tempestad».

El estado de ánimo que expresan esas lastimosas redacciones en forma de volantes no está alejada de la mentalidad vaudésca. Representa la etapa entre una y otra fecha. Señala ese período transitorio, singularmente turbio donde se opera la mezcla de las dos creencias. Es el más seguro índice de la anarquía de las dos creencias.

El individuo solicitado por los dos polos de la fe se inclina de un lado o del otro según que la balanza de las motivaciones se incline a implorar socorro más bien de un lado que del otro. Sin embargo, para estar más seguro del éxito de su gestión, asocia a veces las dos divinidades en su oración persuadido como está por otra parte que dichas divinidades están muy por encima de su pobre razón y que en caso de necesidad ellas pueden verificar la pureza de sus intenciones y perdonar la flaqueza de su corazón. Así pues, tal cual, las oraciones señalan un momento de la elaboración del pensamiento religioso de las masas populares más próximas a la superstición que de cualquier religión por su puerilidad pero tan ardientes como cualquier otra manifestación encaminada a encontrar la vía de Dios mediante la flagrante ingenuidad y la inflexible buena fe de los que de ella se sirven.

Es todo cuanto hemos querido demostrar.

Llegará el día en que esta forma transitoria habrá desaparecido para gran nostalgia de filósofos y de etnógrafos. Pues nada de lo que fue un momento el pensamiento y la conciencia de un pueblo, no podría perecer

sin perjuicio para la historia del pensamiento humano. Es para salvar de la destrucción del Tiempo esas manifestaciones de la conciencia popular que se han escrito estos ensayos. Y es por haber hallado una bella exploración literaria de tales tradiciones en los «Bocetos martiniqueños» de Lafcadio Hearn que ahora nos disponemos a interrogar a la literatura haitiana sobre el empleo que ella ha hecho de los temas de nuestro folklore.



## CAPÍTULO VII

### EL FOLKLORE Y LA LITERATURA

Llegados al término de nuestra investigación, podemos echar una ojeada al conjunto de nuestras búsquedas y sacar una enseñanza que sea útil a la vida y a la originalidad de nuestro grupo social.

Desde luego, la demostración no ha desmentido las premisas planteadas al comienzo de estos estudios cuando adelantábamos que nuestro folklore era rico en materiales variados.

Cuentos, leyendas, adivinanzas, canciones, proverbios, creencias, florecen con una exuberancia, una generosidad y un candor extraordinarios. Magníficos materiales humanos con que se ha amasado el cálido corazón, la conciencia incontable, el alma colectiva del pueblo haitiano. Más que los relatos de las grandes batallas, más que la relación de los grandes hechos de la historia oficial siempre afectada por la coacción de no expresar más que una parte de la inaprensible Verdad, más que las actitudes teatrales de los hombres de Estado en gesto de mando, más que las leyes que pueden no ser más que oropel prestado mal ajustado a nuestro estado social donde los detentadores pasajeros del poder condensan sus odios, sus prejuicios, sus

sueños o sus esperanzas, más que todas esas cosas que lo más a menudo adornos casuales impuestas por las contingencias y adoptadas por una parte de la nación —los cuentos, las canciones, las leyendas, los verbos, las creencias—, son obras o productos espontáneos que han surgido, en un momento dado, de un pensamiento genial, adoptados por todos por ser fieles intérpretes de un sentimiento común, convertidos en cisa querida para cada cual y transmutados, en fin, en creaciones originales por el proceso oscuro de la subconciencia.

Si una ronda infantil que no desdora los labios de patricia hinchada de orgullo nobiliario se encuentra idéntica en la voz conmovida de ternura de la campesina inclinada sobre su crío desvelado, si una leyenda que ha estremecerse al currutaco atiborrado con las teorías recientes de arte o ciencia hace igualmente vibrar al detajista de los talleres de las grandes firmas industriales si la creencia que rechaza con ostentación el hombre gravitado en su escritorio, lo obliga a dudar de la transnatural de las cosas tan pronto como sus negocios declinan y lo empuja a buscar la justificación de su duda en la palabra amarga del personaje shakespeareano:

«Hay en la tierra y en los cielos más cosas de las que puede soñar nuestra filosofía»; si la misma creencia lleva poco a poco al burgués a comulgar con su criado en el mismo temor de lo desconocido, porque en su patio habrá sido recogidas cosas insólitas: maíz tostado, hojas machacadas y otros ingredientes, en tanto que alguien de su familia es aquejado de una enfermedad o fulminado por la muerte; si el mismo optimismo imperturbable galvaniza la energía de cada cual en las horas sombrías del desánimo porque en cada uno de nosotros, tanto en las clases elevadas

como en la plebe, la confianza en el enderezamiento de las cosas de aquí abajo por alguna intervención providencial forma el potencial de las acciones; en fin, si este pensamiento milagrero que está en la base de la vida haitiana y le confiere su marca propia —la tonalidad mística— si todo eso es sacado del depósito común de las ideas, de los sentimientos, de los hechos, de los gestos que constituyen el patrimonio moral de la comunidad haitiana, la soberbia de unos y otros será de inútil enfado contra la solidaridad de las faltas y de los pecados, el bovarismo de los *dilettantes* será inútil en dictarles actos de cobardía y de mentira, la imbecilidad de los egoísmos de clase será inútil en desencadenar actitudes de antipatía y medidas de ostracismos, nada podrá impedir que cuentos, leyendas, canciones, llegados de lejos o creados, transformados por nosotros, sean una parte de nosotros mismos, revelada a nosotros mismos como una exteriorización de nuestro yo colectivo, nadie puede impedir que creencias latentes o formales llegadas de lejos, transformadas, recreadas por nosotros, hayan sido los elementos motores de nuestra conducta y hayan condicionado el heroísmo irresistible de la multitud que se hizo inmolar en los días de gloria y sacrificio para implantar la libertad y la independencia del negro en nuestro suelo; nada en fin puede impedir que en la época de transición y de incertidumbre que vivimos en este momento, esos mismos elementos imponderables sean el espejo que refleje lo más fielmente el rostro inquieto de la nación. Constituyen de un modo inesperado y conturbado los materiales de nuestra unidad espiritual. ¿Dónde pues podría encontrarse una imagen más sincera de nuestra comunidad?... ¿Quién pues ha expresado jamás con mayor totalidad el alma haitiana?



En tal caso tenemos el derecho de preguntarnos qué partido han sacado el arte y la literatura de nuestro folklore. Y ante todo, ¿hay un arte haitiano, una literatura haitiana?

Esta última cuestión resurge periódicamente en las preocupaciones de la prensa y, de vez en cuando, la entrevista de un escritor la resuelve por afirmación o por negación. Es un juego de príncipes. Se nos excusará si estimamos esta preocupación un tanto ociosa. Sin duda, las razones que provocan el enunciado residen no sólo en la penuria de las obras sino en su modo de expresión. Por que el haitiano culto se sirve de una lengua prestada — el francés — porque nutre su pensamiento con obras francesas, porque se inquieta, gracias al auxilio de la lengua de todo lo que toca la vida y la civilización francesas, se infiere de ello que sus producciones literarias no pueden ser más que producciones francesas. Cualquiera sea el fundamento que oculten esas razones, ellas son insuficientes para impedirnos poseer una literatura y un arte indígenas.

Ciertamente, si la lengua es el vehículo del pensamiento y el mensajero alado que mantiene el principal atributo de la vida social — la intercomunicación entre los miembros de un mismo grupo — ella no crea el pensamiento mismo y tampoco es su modo exclusivo de expresión. La lengua no es más que un artificio para traducir las emociones, las sensaciones, toda la vida interior. Aun en sus múltiples modalidades, ella es a menudo inferior y siempre posterior al gesto que es, él, la expresión más elemental de las necesidades del alma.

La lengua es función de factores psicobiológicos y sociológicos<sup>1</sup> que explican su génesis, condicionan su exis-

<sup>1</sup> Aquí confundimos voluntariamente lengua y lenguaje.

tencia, determinan su evolución y engendran su riqueza o su pobreza. Es ella, entre las instituciones, la que mejor se adapta a la mentalidad del grupo que la utiliza como el instrumento más flexible de la vida social. Pero puede ser intercambiable. Es por lo que pueblos distintos hablan a veces la misma lengua sin que haya entre ellos identidad de sentimientos y de creencias, comunidad de gustos y de ideal. ¿No faltaría mucho para que los estados españoles de América sean simples calcos de la península ibérica? ¿Se han confundido nunca la literatura anglo-sajona de ultramar con las producciones literarias de Irlanda y de Escocia? ¿Quién ha puesto nunca en duda la existencia de la literatura suiza, belga, canadiense, de expresión francesa? ¿Quién ha impedido nunca a la lengua inglesa expresar el estado de alma de los negros de América en las obras de James Weldon Johnson, Dubois, Booker, T. Washington, Chesnut? ¿Y por qué entonces sería la lengua un obstáculo para que los haitianos aporten al mundo una noción de arte, una expresión de alma que sea a la vez muy humana y muy haitiana?

Sin duda, nuestro máximo literato del siglo pasado, Delorme, en las obras apreciables que ha dejado a nuestra admiración tanto por la pureza del estilo como por la nitidez de la composición, nada ha puesto en ellas que pueda recordar, incluso de lejos, que hayan sido escritas por una pluma haitiana. Sin duda, las novelas de Delorme toman prestado el marco de su acción tanto como sus personajes a Turquía, a Italia, a Francia y nunca a Haití, y uno está ansioso de escrutar las razones que justifiquen tal desdén o tal reserva. Y sin atentar a la libertad y al derecho del artista de buscar el sentido o la inspiración de su obra al grado de su fantasía, uno se inclina a preguntarse si Delor-



me no ha sucumbido a cierto snobismo al desconocer posibilidades literarias del medio haitiano. ¿Acaso conoció al gusto del romanticismo yendo a buscar en el pasado, a la manera de Alejandro Dumas, su lejano conec- nere, los temas de sus libros? ¿Acaso comprendió que el éxito y la gloria no podían coronar su talento si no había para un público extranjero más apto en apreciarlo el público haitiano? Hay un poco de todo eso en la tud del gran escritor. Pero hay otra cosa. En opinión nuestra, Delorme se dejó llevar por uno de los más peligrosos prejuicios que sofocan la vida haitiana, a saber que nuestra sociedad, tanto en el pasado como en su actual existencia, no ofrece ningún interés al arte del novelista. De este modo pasó al lado de mil y un dramas conmovedores, al lado de las angustias, peripecias de la tragicomedia con que está tejida la vida haitiana, pasó junto a esta humanidad desconcertante de la vanidad colectiva e individual, la hipocresía y la estupidez solemne libran los asaltos más feroces a la simplicidad del corazón, a la abnegación tranquila, a la verdadera cultura de la inteligencia y del sentido moral y ni siquiera sospechó que esas cosas existen. El, que el orador cuya voz seductora mecía los sueños políticos sus contemporáneos; él, que fue el ídolo de la juventud ávida de saber y amante de la belleza y que le abrió los salones donde se discutían todas las cuestiones de arte y literatura; él, que conoció los triunfos precarios y las derrotas repentinas de la política; él, que fue embajador de su pueblo cerca de los Víctor Hugo, de los Lamartine, no dejó en su obra que signifique una vibración de su sensibilidad afectada por la acción de su medio, nada que nos permita tener una opinión sobre las costumbres de

época, ni sobre ninguna otra de la vida haitiana. Y ese hombre distinguido que hubiera podido ser un gran escritor francés, no es conocido en la literatura francesa y casi no existe para la literatura haitiana. En verdad, el caso de Delorme es una ilustración de nuestra mentalidad que no concede relieve a la personalidad intelectual de un escritor si no es proyectada en la pantalla incierta de la gloria extranjera.

Felizmente una reacción tardía llevó a nuestros escritores, poetas y prosistas a sacar la materia de sus obras en el medio en que viven y esta nueva concepción artística nos ha valido, en estos últimos treinta años, una floración de obras interesantes desde el punto de vista haitiano.

Bastaría espigar entre los obras de Georges Sylvain, Frederic Marcelin, Fernand Hibbert, Justin Lhérisson, Massillon Coicou, Burr-Reynaud, Rey, Carolus y tantos otros que podríamos citar si hiciésemos un cuadro de la literatura haitiana, para demostrar el desvelo cada vez más evidente de nuestros escritores en buscar en torno a ellos fuentes de inspiración, señales de costumbres, estudios de carácter y de hechos sociales que son muy apropiados a nuestra manera de amar, de odiar, de creer, en fin, a nuestra manera de vivir. Y entonces ¿cómo denegar a esta producción literaria su carácter nacional? ¿No son tipos nuestros *Séna Chacha*, *Epaminondas Labastere*, *Féfé candidat*, *Eliézer Pititecaille*, *Boutenégue*? No sería temeridad añadir que un escritor extranjero que tratara de utilizarlos sólo hubiera acertado a medias a despecho del talento que tuviera, porque para hacerlos vivir le es preciso antes penetrar el secreto de los resortes que mueven a todos los paladines del vicio, del libertinaje y de la mentira que pululan en nuestra comunidad. Más que eso,



para interesarse en la payasada de sus gestos y sabores ridículo de sus actitudes, hay que ser haitiano. En definitiva, hay una literatura haitiana. No pretendemos repetir, sofocar la libertad del escritor y menos pretendemos significar que las cualidades arriba enumeradas sean las únicas aptas a dar la investidura haitiana a las obras literarias. Parecería que una cierta sensibilidad común a la raza, incluso un cierto giro de la lengua, concepción de la vida muy propia de nuestro país que un escritor de talento marcaría sus obras sin que los personajes sean haitianos, no fallaría en darles el carácter indigena que nuestra crítica reclama. Pero, junto a eso, haría falta algo más grande, más verdadero de verdad humana y haitiana, haría falta que la materia de nuestras obras fuera obtenida a veces en esa inmensa reserva que nuestro folklore, donde se condensan desde siglos los elementos de nuestras voliciones, donde se elaboran los elementos de nuestra sensibilidad, donde se edifica la trama de nuestro carácter de pueblo, nuestra alma nacional.

¿Nuestra literatura se ha inspirado en el folklore?

Tímidamente, tan tímidamente, que salvo en la *Mimosa* de Antoine Innocent donde la ficción está disimulada por motivaciones de apologética, es con lupa que pueden descubrirse aquí y allí motivos y temas del folklore. ¿Se quieren ejemplos?

¿Por qué titubearíamos en empezar por una de las obras de Georges Sylvain? En verdad, ningún otro escritor como Sylvain puede reclamar una más auténtica filiación francesa para el conjunto de su obra en lo que se refiere al giro estético de la lengua y al bello ordenamiento del discurso. Georges Sylvain, tempranamente arrebatado a las letras y a la patria haitiana que fueron las dos grandes pasiones

de su vida, ha dejado en *Cric-Crac* el testimonio de la más formidable apuesta a la cual se haya entregado un hombre de talento. Transportar en *patuá* y en versos criollos las fábulas en las cuales La Fontaine se ha inmortalizado. Tal es el esfuerzo realizado por Sylvain. Y en el lenguaje en que ha hecho hablar a sus personajes, animales y personas, incluso cuando éstos no son de nuestra tierra, acierta tan a menudo a darles la entonación, la mímica de las gentes de Haití, que nos preguntamos por qué Sylvain necesitó modelar su pensamiento sobre el del genial fabulista.

¿Se observa a qué magnífica creación original habría arribado Georges Sylvain si hubiera olvidado a La Fontaine para no sacar sus temas sino de las leyendas y de los cuentos de Haití? ¿No es penoso que hayamos perdido la excepcional ocasión de poseer una obra maestra literatura folclórica?

De igual vena humorística y chusca han nacido las fábulas locales de Carolus,<sup>1</sup> sabrosas y audaces. Escritas en francés, llevan al lector paso a paso a una conclusión moral que es siempre un refrán criollo.

De otro estilo, y basada en una preocupación pedagógica es la audaz tentativa del Frédéric Doret quien ha editado un opúsculo "Para entretener a nuestros pequeños", en el cual ha transpuesto del francés al criollo las principales fábulas de La Fontaine. El propósito de Doret, muy encomiable, aplica el famoso precepto de Pestalozzi en materia de educación, es decir, que se debe protalar de lo conocido a lo desconocido. Doret no tendría

<sup>1</sup> Carolus es el pseudónimo de un escritor retirado del mundo pero que desde su Tebaida sigue todos los movimientos intelectuales del país.

relación con nuestro ensayo si en la prosa criolla del pequeño opúsculo no hubiéramos encontrado aforismos, frases que es materia de folklore.

Por lo demás, cada entrega de la "Pequeña Revista" que Doret dirige con tanto tacto y autoridad, incluye un cuento sacado de nuestras tradiciones orales. Nunca se ha bastante alabar la perspicacia de este buen haitiano que, en numerosos artículos, en diversos libritos, preconiza el empleo del criollo como punto de partida de la enseñanza en francés, con objeto de que la escuela primaria haitiana siga siendo un entrenamiento al psitacismo,<sup>1</sup> un ultraje al buen sentido, sino que ofrezca una enseñanza concreta, sustancial y más provechosa a la clientela popular para la cual ha sido creada. Es de desear que todos nuestros pensadores se liberen de los prejuicios que los amarran y que constriñen a burdas imitaciones de lo extranjero, que pongan en uso materiales que están a su alcance y que de sus obras se desprenda, al mismo tiempo que un generoso soplo humano, ese perfume áspero y cálido de nuestro terruño, la luminosidad aplastante de nuestro cielo y ese yo no sé qué de confiado, de cándido y de enfático que es uno de los rasgos particulares de nuestra raza.

Dominique Hippolyte ha obedecido en parte a esta consideración: su labor perseverante ha aumentado la biblioteca haitiana con un nuevo volumen de poesía «El camino soleado».

Son múltiples las notas de folklore sobre las cuales el poeta ha modulado acordes simples y conmovedores. En ello no es otra cosa que placer de encontrar en nuestro

<sup>1</sup> Psitacismo, se dice de la persona parlanchina. Viene del psitacosis o enfermedad del loro transmisible al hombre. (Nota del traductor.)

jóvenes el desvelo de traducir en obra de arte aquello de que se sienten deudores con el suelo ancestral. ¿Hippolyte no ha expresado el fondo de su corazón cuando ha puesto como exergo a sus poemas este pensamiento de Charles Maurras?:

*«Todo lo recibí del suelo natal...»*

Puede decirse que la misma simpatía por las cosas y creencias del pasado ha marcado fuertemente la obra de Burr-Reynauld. Su teatro y sus poemas están impregnados de ellas. El ha contestado que:

*«En los grandes bosques umbrosos, cuando suenan las doce  
[de la noche]»*

*Bajo la blanca cascada de notas cristalinas,  
Puede verse avanzar blandamente y sin ruido  
Una mujer con los senos desnudos, una hermana de las  
[ondinas]*

*La dama del Agua...»*

¡Desdicha para el transeúnte que se detiene, fascinado a contemplar la belleza de la inmortal! Se enamora fatalmente de ella. Sin embargo, el destino de esta cruel soberana es ser insensible al deseo de los hombres. Mientras más esquivo e indomable es el amor que ella inspira, también es menos posible el acceso a su corazón. Y para cumplir su obra de crueldad se le aparece a los hombres

*«Bajo la cascada blanca de notas cristianas»*  
lista para arrastrar a los imprudentes al fondo de su imperio movedizo.

Con pareja felicidad el poeta nos habla de la flor de bambú que sólo florece en Navidad. Todos aquellos que



el amor tiene bajo su yugo y que están asediados por temor y el deseo deben tener cautela para ir al fondo de la selva a recoger los pétalos de la rara flor, en Navidad a medianoche. Si por casualidad los sorprende la noche sagrada bajo el árbol ante el cual se cumple la misteriosa floración, son envueltos en el mismo como su sudario.

Bonito tema que el poeta ha evocado en versos delicados y sutiles.

Mucho antes de Burr-Reynaud, Frédéric Marcelin en numerosas páginas teñidas de humor y de malicia se burlado de las supersticiones de Marilisse inquieta por las predicciones de la cartomántica, se ha detenido en la trágica aventura de *Jan Jan* muy ingenuamente fiel a las costumbres ancestrales, e inspirándose en las creencias populares, su pluma nos lleva, con *Mama* a donde el Houga preparador del veneno destinado a *Télémaco*, el asesino de novio que lloraba a la esquiva heroína. *Mama*, sola, había aventurado en el camino por la noche: «De una tristeza melancólica, embrujadora, enemiga de prodigios, deslumbramientos, evocadora de pensamientos somnolientos, de fácil digestión, la luna paseaba su cara lúgubre sobre los bosques ya adormecidos». La jovencita había franqueado la cerca de la propiedad donde residía el consultor y caminaba a tientas por el jardín. De pronto, escuchó un quejido grave, triste, doloroso, que parecía venir de las profundidades de la tierra. Ella tembló hasta el desfallecimiento. Y el quejido se prolongaba, se extendía en el silencio de la noche, siniestro, indefinido.

Enloquecida, *Mama* corrió hacia la puerta del Houga y pidió explicaciones sobre la procedencia de tan extraño rumor.

Entonces el viejo instruido de las cosas de la tierra le dijo:

«Lo que te ha causado miedo es el grito del ñame creciendo bajo tierra. Es el esfuerzo que hace para romper su corteza, es su época, es eso lo que le arranca su quejido...»

¿Y quién pues se había encargado antes de Marcelin de recoger esos haces de creencias populares para obtener con ellas los efectos de realismo y de cosa pintoresca con que ha impregnado algunos de sus libros?

Marcelin tiene otro mérito que comparte con Fernand Hibbert. De las cuarenta obras de que se compone el total de su producción —novelas, cuentos críticos, obras políticas— ni una sola, ni el más pequeño opúsculo trata una materia que no se relacione estrechamente con las cosas y con la vida haitiana, pese a que tanto Frédéric Marcelin como Fernand Hibbert han vivido en París por largo tiempo y han estado mezclados a la vida parisiense por sus gustos, su educación, su talento o su fortuna. Es esa inflexible voluntad de sacar partido de la materia haitiana para la edificación de la obra de arte, lo que les confiere el sitio privilegiado que ambos ocupan en las letras haitianas.

Ellos nos parecen resumir el más serio esfuerzo que se haya hecho hasta el momento para elaborar una literatura propiamente indígena. No es nuestra intención —lo repetimos— acusar de exclusivismo a aquellos de nuestros escritores que buscan su inspiración en otra parte que en nuestro medio. Ello significaría, en verdad, dar testimonio de una lamentable estrechez de espíritu, e ignoramos en nombre de qué dogma irreductible, haríamos el boycott a un Damocles Vieux, a un Etzer Vilair, a un Charles Moravia, entre los más destacados escritores de nuestra época o a un

León Laleau cuyo talento se confirma fecundo y variado tantos escritores cuyas producciones literarias auguran una cosecha abundante y de buena ley. Sólo que era necesario destacar aquí que las obras de los escritores de que se habla se sitúan fuera de las preocupaciones que constituyen el objeto de estos ensayos.

## II

¿Y ahora qué podemos aventurar sobre el arte haitiano sin hacer juegos malabares con la paradoja?

¿Algunas manifestaciones esporádicas de pintura y de escultura bastan para caracterizar una producción artística? Ciertamente es que Normil Charles existe y amasa en la arcilla los sueños de gloria que obsedieron antaño el cerebro de nuestros heroicos abuelos.

Pero una golondrina no hace verano.

Acaso no esté fuera de lugar hacer una simple mención de la música cuya estética se relaciona por algún lado al asunto que nos ocupa.

Nuestras danzas populares —vaudou, yanvalou, petwo, meringue— todas tienen su ritmo y ese ritmo se reconoce en la cadencia de la melodía que descompone el compás.

Todas las ceremonias vaudescas —evocaciones, iniciaciones, exorcismos, ritos piacularios, etc.—, no se cumplen más que al ritmo doliente de los cantos litúrgicos de una línea tan simple como el canto llano. Nos parece que sería oportuno estudiar dichos temas y de ellos sacar poemas, piezas dramáticas de una vena original y nueva. Aunque no estamos autorizados para hablar desde un punto de vista

técnico, no hemos encontrado una sola obra decisiva en toda esta producción confusa que en estos últimos años se ha denominado «música vaudescas».

Incluso nos ha parecido que se confundía de muy buen grado las rondas populares con los temas vaudescos. Sin embargo la materia está en gestación. Muchos obreros están en esa tarea. Un Occide Jeanty ya maltrecho por la edad pero cuya frente todavía es rozada por el ala de la Musa, un Lamothe cuya sensibilidad es una reserva inagotable de sueños y de esperanza, un Justin Elie cuyo talento está maduro para tantos ensayos felices, nos anima a esperar de ellos una obra de gran estilo, un Frank Lasségue que, evadido en las orillas del Sena, exhala allí la nostalgia de su alma vagabunda en notas quejumbrosas y muchos otros a los que obsede el problema de crear una música haitiana original, sensual y melancólica, todos son garantes de que en la matriz del Tiempo se elabora la obra que señalará la aptitud de la raza para un arte personal, generador de pensamientos y de emociones.

Musical score for a song in Haitian Creole. The score is written on four staves with lyrics in Creole. The tempo is marked "Moderato". The lyrics are: "Do-do ti pi-tite Do-do li pi-tite si li pas do do crab va mangé li si li pas do do crab va manger li Manman li al-lé la ri-viè Pa-pa li al-lé chache d'lo Si li pas do-do crab va mangé li crab lan ca la lou".



## CAPÍTULO VIII

### POSTFACIO

#### CONFERENCIA PRONUNCIADA EN «PRIMAVERA»

Abril de 1922

Señoritas,

Señoras,

Señores,

Un cierto día de noviembre último, uno de mis amigos, que había vuelto de

«Un viaje a un lejano país»,

fatigado por el esfuerzo de un arduo trabajo científico, me propuso algunos días de excursión en las altas cimas de las Sourçailles desde donde se divisan los picachos de la Selle perfilando la soledad augusta de sus crestas sobre un bati-burrillo de valles, de colinas y de altozanos. Con entusiasmo acepté el ofrecimiento y no porque yo tuviese un particular empeño de reposo intelectual o asimismo que estuviese ávido de saltarinear después de haber estado amarrado durante tres años a una cátedra, sino porque nada hubiese podido henchir mi corazón con una más ardiente alegría

que vivir de más cerca el comercio de una amistad en la que el espíritu límpido y original de mi camarada ponía cierto coquetismo en concertarme los honores al natural y sin ceremonia.

De él para mí, acepté con entusiasmo su ofrecimiento «porque era él, porque era yo».

Mas perdonadme, os lo suplico, el desenfado con el que os tomo por confidentes de esas horas deliciosas. No me hemos reunido aquí en confianza y simpatía para dar testimonio de ello. Sin embargo, estoy seguro de que vuestro sentido de la medida se sentirá menos chocado por la indiscreción de mi recuerdo cuando os diga que mi compañero de viaje ha sido el crítico atento y lúcido de las ideas que yo tendré el honor de exponer ante vosotros.

Juntos hemos recogido en los domicilios de los campesinos los dichos vacilantes de nuestros huéspedes; juntos, hemos levantado la interdicción de las reticencias forzada la legitimidad de los escrúpulos, desarmado sus susceptibilidades que no son otra cosa que corazas de defensa. Juntos, hemos aplacado las inquietudes nacidas de nuestra curiosidad penetrante. Juntos, hemos llevado a los más reacios a entregarnos poco a poco los tesoros de una vida perfumada de leyendas absurdas y de creencias obscuras.

Así, hemos juntado brizna a brizna una espesa gavilla de tradiciones orales en las cuales se puede desentrañar supervivencias de la tierra africana, los aportes de la colonización europea, la sombra fugitiva de los recuerdos aborígenes y, en fin, la labor ininterrumpida de las transformaciones locales bajo la doble presión de una civilización aún indecisa y la resistencia de una mentalidad que la duda nunca ha rozado.

Si, retomando mi investigación sobre el folklore, os aporporto ahora el resultado de mis diligencias (cualquiera sea su valor), y sobre todo, por más que penséis de un método que no se precave de rigor científico alguno, no sería gentil de mi parte, en verdad, no confesar la parte de colaboración de todos los anónimos que me han ayudado, y aún menos podría yo pasar en silencio el concurso de un camarada cuyo interés en la obra que persigo será el principal elemento condicional de éxito...

Señoritas,

Señoras,

Señores,

Apostaría de buen grado que habéis experimentado cierto malestar y hasta serias inquietudes cuando os habéis enterado que me propongo estudiar ante vosotros la familia campesina. ¡Familia campesina! ¿Qué es este equivoco de términos contradictorios? Una familia, de acuerdo con la concepción más elemental que os habéis hecho, ¿no es el punto de partida, el núcleo embrionario de toda sociedad en virtud de la doctrina cristiana y según el ritual que enseña vuestro catecismo cuando eleva el matrimonio a la altura de *sacramento que santifica la unión legítima del hombre y de la mujer y les concede la gracia de cumplir sus obligaciones*?

Así, ubicada en una estrecha categoría, la unión del hombre y de la mujer incluso cuando ha sido consagrada en conformidad con las obligaciones de Ley civil, no tiene ningún valor moral si no ha recibido la sanción de la Iglesia. Y puesto que *en nuestra sociedad cristiana*, el señor cura, desde lo alto del púlpito, denuncia la proporción



fantástica de bautismos de hijos naturales cuyas cuatro quintas partes, registradas en la aldea, proceden de las poblaciones rurales, ¿no es paradójico asociar estos dos términos: *familia campesina*?

Pues bien, no. La oposición es tan sólo aparente o al menos revela al observador atento una de las formas más sorprendentes del conflicto de las creencias y de las costumbres sobre las cuales se erige nuestra sociedad.

Sin duda, a quien se engaña con una vana ilusión por vanidad, falta de inteligencia o necedad, le puede ocurrir creer que vivimos la plenitud de la vida cristiana, pero a aquel que no tiene miedo de afrontar el fariseísmo de nuestras mentiras convencionales, que flagela sin piedad los gestos inelegantes de desapego social y proyecta una clara visión sobre los problemas de nuestro pasado étnico, a ese aparecerá que nuestra sociedad está en pleno trabajo de evolución.

Del mismo modo que el geólogo mediante el estudio de los fósiles y de las capas superpuestas, computa la edad de los suelos, del mismo modo que el naturalista demuestra la originalidad de la forma actual al descubrir los vestigios de las formas antiguas por lo cual se señala la serie de mutaciones que ha sufrido el ser desde las épocas prehistóricas, de igual modo la supervivencia de las costumbres de las creencias y de los hábitos antiguos en una sociedad contemporánea que ha aceptado la civilización occidental como patrón de progreso, el triunfo o el retroceso, el compromiso o el aparente repudio de esos hábitos, costumbres y creencias son los datos más seguros de las etapas recorridas del punto de partida al punto de llegada de esta sociedad: dichas etapas son los testigos más verídicos de sus aptitudes a cumplir su destino, de las virtualidades que

el destino encubre en ellas para realizar las ambiciones que espolean su vida. Observar ese trabajo de transformación en algunos de sus detalles, se me antoja un placer tan vivo que no temo irritar vuestra paciencia convidándoos a seguir mi exposición.

Así la Iglesia hace de la fundación de la familia un acto de fe. Acepto el rigor de su doctrina. Pero entonces, haré de la adhesión del campesino más o menos sincera, más o menos completa al credo de la Iglesia, una condición de su conformidad de él, del campesino, de fundar un hogar de acuerdo con el ritual cristiano. Más que eso. Si su vida continúa estando bajo la dependencia de otras creencias religiosas y si la constitución de su familia dimana también del influjo de sus creencias, será interesante descubrir en qué medida les ha permanecido fiel, en qué medida ha hecho su concesión a la novedad divina que le ha sido revelada, a qué compromiso y a qué conciliación absurdas ha abocado su orgullo de no aparecer fuera del movimiento y su gusto secreto de no violar interdicciones que pueden resultarle perjudiciales.

Pero pienso en ello. Tal estudio abrazaría ni más ni menos que la totalidad de la vida campesina: la casa, el vestido, la alimentación, el trabajo, en una palabra todas las manifestaciones que engloban la existencia del hombre de campo de su nacimiento a su muerte.

A pesar del deseo que tenga de hacerlo, tal estudio exigiría nada menos que una importante monografía, y, en este género un tanto falso que es la *conferencia* —es decir con el tiempo limitado— nos vemos obligados a limitar nuestra elección.

¿Quieren que asistamos, como quien no quiere la cosa, en el distrito de Kenscoff a la fundación de una familia?



¿Kenscoff? ¿Muchos de ustedes son acaso habitantes de esta hermosa región?

Es un cantón montañoso engarzado entre el grupo de picachos cuya línea sinuosa se confunde con las penínsulas que desembocan en el extremo de la península.

Las Montañas Negras que forman bloque al suroeste de Port-au-Prince, se prolongan hacia la llanura hacia el noreste en una fila de ramificaciones fragmentadas en gargantas y valles. Una de esas ramificaciones apunta hacia el mar su espuela de rocas arcillosas donde brotan aquí y allí pinos esparcidos. Todo el resto es batido por ásperezos vientos. Esta punta avanzada, tan a menudo castigada por las tempestades, es lo que forma la meseta de Furcy.

Al oriente —un oriente muy cercano —la otra ramificación contenida por los contrafuertes de la Selle que pliega su grupa ondulada hacia el oeste donde el espacio se le antoja menos mesurado, después, como agotada por el esfuerzo, se desvía y se aplanan en el valle de Grand Fond. Es en esta súbita depresión, semejante a una cubeta de fondo abollado, que se agrupan las casitas de Kenscoff. Allí nos encontramos a mil doscientos metros de altitud. En los bordes abruptos de la cubeta crecen arbustos en grupos apretados que los habitantes llaman «tabaco de vaje», después sobre la pendiente abrupta o en gradación suave, en las menores anfractuosidades, una yerba correa gruesa y dura reviste toda la tierra de un tapiz verde, suave y tierno.

Kenscoff es un fresco pasturaje. Allí el ganado mediano y vigoroso. A causa de su configuración en excavamiento y de su gran altitud, la tierra de Kenscoff, a abrigo de la borrasca, retiene una gran cantidad de hume-

dad, sea que las nubes se resuelvan en lloviznas o en aguaceros, sea que la neblina diaria se incruste al flanco de las colinas y arrastre su túnica de muselina blanca en el más mínimo repliegue de los valles. Por los demás, un diáfano arroyo dispensa en minúsculas cascadas el agua de que se alimenta la región. ¡Ah!, esa sabrosa agua de Kenscoff. Se acaba por no saber mientras se apaga la sed si es sabrosa por haber aspirado de muy cerca el hálito fragante del balsamito o por haber recogido, absorbido, clarificado el humus secular de la tierra generosa y fecunda de los berzales.

Pero en fin, de este rápido escurzo, me parece posible obtener diversas consecuencias desde el punto de vista de las aptitudes de Kenscoff para nutrir a una comunidad humana.

Es ante todo que la región ofrece grandes facilidades para el establecimiento de granjeros. Con el sistema de propiedades parceladas que predomina en nuestra economía rural, cada familia en Kenscoff es propietaria de su pedazo de tierra y posee una o muchas vacas de las que obtiene un apreciable suplemento para el equilibrio de su presupuesto.

En cada familia, es la chiquilla, la muchacha, más raramente el jovencito, la que a pie, lleva la leche (de cinco a diez litros) de Kenscoff a Pétionville y a Port-au-Prince. Nuestra lechera efectúa así un recorrido cotidiano de diez a doce horas de marcha (quince o veinte kilómetros) a menudo por senderos resbaladizos, rocosos, difíciles... A la industria lechera, el campesino de Kenscoff une el cultivo hortense. Y es un placer ver cómo, a favor de la altitud y de la fecundidad de la tierra, crecen en exuberancia las hortalizas y los árboles frutales de los



países templados. Se cultivan melocotones, fresas, manzanas, legumbres y otras cosas suculentas. En resumen, la vida campesina adquiere aquí un aspecto de comedia que resulta sorprendente, y ello es debido tanto a la fertilidad de la tierra como a la dulzura excepcional del clima.

¿De qué manera tan magníficas aptitudes del medio físico van a influir en el desenvolvimiento del ser humano?

Y ante todo, ¿de qué tipo es este ser humano? ¿qué variedad de la raza o de la especie pertenece?

Es difícil determinar de manera incluso imperfecta la parte respectiva de los diversos grupos humanos que han contribuido a la formación física del tipo haitiano contemporáneo. Ya lo hemos dicho en otra parte, se nos excusará pues repetirlo. Ese tipo es la resultante de razas amalgamadas en otros continentes desde hace milenios. He ahí cerca de dos siglos que sobre esta tierra se amontonan, se condensan y se agregan los materiales de una raza histórica en proceso de evolución. Pero tanto con las hipótesis de orden general nos permiten cierta indicación, nos parece que la comunidad de Kenscoff ha conservado semejanzas físicas en extremo sorprendentes con el tipo congolés que pertenece —recuérdese— a la numerosa de las tribus africanas importada a Santo Domingo. En todo caso, tal como este tipo es en la actualidad, el campesino de Kenscoff es, en su conjunto, un hombre de estatura mediana, vivaz y vigoroso aunque ni sea ni lomudo ni rechoncho, ese montañés que soporta, con el torso desnudo, temperaturas de cuatro a cinco grados sobre cero, es por lo demás un mocetón sólido, bien equilibrado sobre sus piernas un tanto delgadas y mucho más

ladrino de lo que pueda imaginarse bajo sus rasgos salientes, con sus gestos lentos y su gusto inmoderado de la palabra. A los veintiún años está preparado para las grandes empresas y para la de mayor magnitud que es la fundación de un hogar; a esa edad, puede, cuando es ordenado, tener un pasar. Admitamos que la alternación de las estaciones haya sido favorable a su trabajo: ni demasiada lluvia ni excesiva seca. Con un alegre cumbite<sup>1</sup> ha entrojado una masa respetable de frijoles colorados, la simiente del maíz ha quintuplicado la cosecha ordinaria. Cuelgan de las matas de aguacate que rodean la casa paterna seis o siete racimos de espigas empajadas cuya pesada pirámide atestigua a todos del vigor de su brazo. Las legumbres han sido un buen aporte al mercado de la ciudad. Su vaca por más de seis meses le ha dado diariamente algunos buenos litros de leche que, sobre el terreno, ha vendido a vendedores ambulantes. Incluso en la *gaghierre*<sup>2</sup> la suerte le ha sonreído una vez más. ¿Qué le falta entonces a *Ti-Jean-Pierre* para ser feliz del todo? ¿Lo que le falta? Pues le falta un hogar, y le falta una mujer y unos hijos, que proclamaría en leguas a la redonda que él es un hombre casado, un padre de familia, un *habitant notable*. Sin duda, como todos los jóvenes de la región, ha tenido con las doncellas un tanto fáciles su parte de frustrada aventura. Pero allá, nunca su corazón palpitó más fuerte ni sus sienes se dilataron de una sangre más generosa que, cuando casualmente, encuentra en su camino a *Dorismene*, la lechera de Guibert,<sup>3</sup> que vuelve de la

<sup>1</sup> Cumbite: reunión agrícola donde los campesinos se prestan ayuda mutua para el desmonte, la siembra y la cosecha.

<sup>2</sup> Gaghierre: lugar donde se reúnen para las peleas de gallos.

<sup>3</sup> Guibert: comunidad rural cercana de Kenscoff.



ciudad cargada con su cesta, los pechos apuntando mes bajo la presión del apretado ajustador, las abombadas, las pantorrillas rollizas, sobresaliendo enfalde del vestido azul.

Entonces, helado por la emoción, con la hoz bajo brazo, él la devora con la vista, la deja pasar, después en voz alta.

—Eh! *Mainmainne* ou t'a capab dit m'bon jou!

Ella rompe a reír. Y es en el día luminoso una cascada de diáfana risa que suena como una llamada de primavera.

—Non! *pas possible, ou gangnin l'air ou soude...*

Cierto es que *Ti-Jean* es un poco loco si no sonríe. Tiene la embriaguez de los veinte años, la inquietud amor y el ardiente deseo de compartirlo. Pero es tímido. ¿Cuántas veces no ha tomado la decisión de declararse a la muchacha, de arrancarle el sí de una vez por todas? Pero en cada ocasión ha balbuceado algunas palabras ininteligibles y se ha quedado mudo, mientras que ya celoso, está dispuesto a pelear con no importa cual de los muchachos que osaría hablar libremente de *Mainmainne*. Entonces, trabaja duro y atesora centavo a centavo.

En fin, la ocasión se presentó una noche.

Fue en Corail, en casa de *Lapointe*, el hougán más amado de la vecindad. Se celebraba un servicio<sup>3</sup> en participación del cual todos se habían preparado días antes. Las chicas más afables de *Viard*, de *Godet*, de *Robin*, de *Kenscoff* se mezclaban con los jóvenes llegados de muchas leguas a la redonda.

<sup>1</sup> ¡Eh! *Mainmainne*, ¿podrías darme los buenos días?

<sup>2</sup> No, no es posible, pareces sordo.

<sup>3</sup> El servicio consiste en una ceremonia litúrgica ofrecida a los dioses.

El servicio era de altura: condumio copioso, el aguardiente de caña abundante. Los tocadores de tambor, el corifeo y los coros endiablaban a la concurrencia con una embriaguez de sonidos que ritmaba en bajo profundo la queja ronca del *Assotor*.<sup>1</sup> Entonces, bailadores y bailadoras, entre nubes de polvo, daban vueltas, girando en pisoteo sordo e incontable, golpeando el suelo con pisadas suaves y cadenciosas.

En primera fila estaban *Ti-Jean* y *Mainmainne* en pareja. Se veían libres, alegres, frívolos. De pronto, a una señal, un baquetazo más intenso del *Assotor*, detiene el impulso de la concurrencia.

Es el corifeo que improvisa un estribillo en honor de *Ogou Ferraille*.

La asistencia se concentra en religioso silencio. Son también las doce de la noche, hora propicia a los sortilegios rituales...

*Ti-Jean* aprovecha el intermedio para llevar a su compañera de baile detrás de la casa. Tiene que hablar con ella. ¿De qué? El mismo no lo sabe, pero experimenta la necesidad de decirle algo. Su pecho se oprime, sus dientes se aprietan. ¡Ay!, las palabras se rebelan en su vocabulario un tanto escaso. Entonces, sin más ceremonia, en la opacidad de la noche y en el viento fresco que sopla bajo las estrellas la toma bruscamente, y, en un salvaje abrazo, le estampa en el cuello el más sonado de los besos. Acto seguido regresa al torbellino del baile...

Pero ella, asombrada, aturdida, se quedó un instante como paralizada por lo imprevisto de la escena. Después, en un sollozo, del que no se sabe si estaba hecho de inquietud

<sup>1</sup> *Assotor*: el mayor de los tambores sagrados.



alegría o de inexpresables pesares, en un sollozo irresistible, exclamó:

*Oh! Oh! Mes zamis. Oh! Oua vlé coué Ti-Jean radi, mes zamis Ti-Jean borde débordé. Parole ça trop fort. Faut m'dit papa m'ça.*<sup>1</sup>

Ti-Jean era feliz. Por fin había hecho su declaración. Está o se cree comprometido.

¿Y por qué, sin embargo, mucho tiempo después de la escena, la muchacha le negó el saludo y hasta evitó encontrarse con él? ¿Se habrá peleado para toda la vida o sólo será un simple capricho de mujer? No obstante ninguno de los familiares de Dorismene le ha hecho reproches a Ti-Jean. Es una prueba de que ella ha guardado el secreto de lo que pasara entre ellos. En todo eso hay un enigma que el enamorado se propuso resolver. **Ca- zurro y tímido, una vez más hizo el camino que lleva a casa de Dorismene para tener una explicación decisiva. Vana tentativa. Un pretexto cualquiera lo detuvo. Y fue de lo alto de la colina que debió contentarse con contemplar la casa en que vive su adorada.**

Un día, valga que valga, resolvió hacer una suprema tentativa.

Se puso su pantalón más nuevo, su camisa azul de tela de algodón con botones de corajo dorado, esa camisa en que el artista había dejado correr en ingenuos dibujos los puntos más fantasiosos de una aguja experta; *sapattes*<sup>2</sup> en los pies; *halefort*<sup>3</sup> de latania estampado con motivos a la anilina, puesto elegantemente en bandolera. He ahí a Ti-Jean

<sup>1</sup> ¡Oh! ¡Oh! amigos míos, ¿saben que Ti-Jean es impertinente? Decididamente ha ido más allá de lo debido. Lo nunc visto. Se lo debo decir a mi padre.

<sup>2</sup> Sapattes: especie de sandalias.

<sup>3</sup> Halefort: bolsa de paja.

que va a hablar de amor. El *halefort* está henchido de regalitos, galletas y pan de centeno con miel, caramelos y bombones comprados en la ciudad, y cuatro o cinco entre las más bellas espigas de maíz de su jardín. Todo ello no es más que una simple entrada en materia. Ya en camino, se divierte cambiando alegres saludos con los amigos que pasan. Pero he ahí que a la salida del valle, su pie izquierdo choca con un duro guijarro justo en el momento en que una bandada de cuervos croajaban revoloteando sobre su cabeza.

—¡Caracoles! ¡Es mi pie de mala suerte! —dijo entre dientes.

¡Maldito presagio! Titubeó un momento, después se puso de nuevo en camino. ¡Ay!, apenas había franqueado el platanal que bordea el talud cercano, ¿qué vio? A Dorismene en persona que estaba conversando con un galán, el primo Florvil.

¡Desgracia de desgracia! ¿Era para llegar a eso que él había trabajado tanto y ahorrado tanto? ¿Todo eso lo había hecho para dejarse ridiculizar por una mujer? Pues bien, no, se vengaría, recogería el guante.

Entonces, presurosamente, corrió a contar sus sinsabores a *Lapointe*, el hougán más famoso de Corail y requerir su auxilio. Lapointe gravemente, se concentró, tiró los caracoles sagrados, interpretó la respuesta de los dioses y prescribió la orden:

«*Ti-Jean* desatiende a los espíritus que se enojan ante indiferencia tan culpable. Lo que le ha pasado no es más que una advertencia. Una desgracia más grande le iba a pasar. Felizmente Ama Erzilie<sup>1</sup> está ahí para protegerle.

<sup>1</sup> Erzilie gé rouge: divinidad vaudesca, pasa por representar a la Santa Virgen.



Los *Espíritus* serán propicios a su deseos si él no sigue olvidando sus deberes. Por tanto que sacrifique un gallo blanco o un pollo negro en la encrucijada de *Rendez-vous*, el tercer miércoles antes del canto de los gallos en la media noche. Después recitará la fórmula: *Loco Loueba Yanzi cé Yanzi*, y se golpeará tres veces el pecho. Con la ceremonia que tendrá lugar, en su honor, a la misma hora, en el *bounfort*, puede estar seguro de que no sólo le pertenecerá el corazón de *Mainmainne*, sino que en lo adelante, ella lo seguirá adonde él quiera.»

Ti-Jean sonrió, tranquilizado con tal revelación, se hizo repetir varias veces la intimación, la masculló a todo lo largo del camino y volvió a su casa más tranquilo. Cuando llegó la época de ejecutar la intimación del hougan, fue fiel y puntual en cumplir el compromiso contraído y esperó la marcha de los acontecimientos.

Decididamente el hougan de Corail es un hombre fuerte, pues estimulados por la seguridad del éxito prometido, de acuerdo con la voluntad de los dioeses, del mes que siguió al sacrificio, Ti-Jean fue a visitar en su casa a *Fre Charles*, el padre de Dorismene y fue cordialmente recibido y se convino que en ocho días *Captainn Cazeau Jean Pierre*, llevaría personalmente la carta de petición de matrimonio de su hijo. Y la carta llegó.

¡Ah!, esta carta, nadie había bastante digno en *Kens-coff* para escribirla. En *Pétionville* se descubrió un caligrafo que, mediante paga (una veintena de calabazas), puso en estilo tradicional el pensamiento del enamorado.

¿Esa carta? Pero, les aseguro que ninguno de nosotros habría podido redactarla. ¿Esa carta? Es el eco atenuado de una viejísima costumbre de esa época lejana en que el escriba era el oráculo de la Ciudad, cualquiera fuera el

sentido o el sinsentido de su libro de conjuros. Una carta de petición de matrimonio debe contener a la vez la confesión de amor del pretendiente, su palabra de conducirse bien con su futura compañera y la garantía presentada por los suyos que él es de vida y costumbres correctas. No sólo es firmada por el pretendiente sino por sus padres naturales y espirituales, madrina y padrino si es posible. Y sobre todo debe ser escrita en un papel especial, calado, labrado, adornado con imágenes coloreadas y puesto en un sobre de la misma tonalidad del papel. Además, debe ser llevada a casa de los padres de la novia por el hombre de más edad de la familia, cuidadosamente envuelta en un pañuelo de seda roja y el todo, carta y pañuelo le será entregado al jefe de familia de quien se solicita la alianza. La respuesta será dada con el mismo ceremonial. Entonces se fijará la fecha de la boda.

Acaso ustedes no me creen. Permítanme dar lectura a una de esas cartas venidas de *Dame-Marie*, cuya autenticidad está garantizada por la pátina del tiempo y por la honorabilidad de aquel que me la regaló, es decir, mi amigo el doctor Fouron.

Facsimil de una carta de petición de mano.

«Segunda sección rural de *Dame-Marie*, diciembre 5 de 1905.

Al

Señor *Dormeus Béralus* y a la Señora *Méséide Jaccaint*, en la primera sección sobre la casa *Sapour*.

Señor y Señora,

«Tenemos el honor de tomar la pluma para deseáros los buenos días así como a vuestra respetable familia, con



el objeto, Señor y Señora, de acuerdo con nuestra humanidad cristiana y en inteligencia de las gentes honestas al cumplir un deber de honestidad. Nos presentamos ante vosotros, con ternura, alegría, prudencia, respeto y satisfacción para demandaros la mano de vuestra hija, la señorita Zabéla Dorméus, que nuestro joven hijo, nombrado Joseph Duverna amaba tiernamente, de la cual él nos ha leído sus pensamientos y queriendo crear una familia con la tuya, pues ese deber es el humilde deseo de gentes civilizadas: Entonces, Señor y Señora, nos, como sus gobernantes, os lo testimoniamos con brío, y os damos la seguridad de que seremos responsables de todo cuanto suceda, y os aseguramos que nuestro hijo es un joven muy prudente, dócil y lleno de respeto, obediente para con los mayores como para con los pequeños, y aspirando cumplir con honestidad, con fidelidad nuestro deber, en virtud Señor y Señora de ese gran testimonio que os proponemos y pidiendo a Dios protegerlos para nosotros a fin de testimoniar una buena respuesta a fin de saber nuestra diligencia.

Y os saludan con una profunda y una sublime amistad vuestros servidores

Duverna St-Louis,

Su madre:

Cléodice Noel.

Su abuelo y su padrino:

Louis Jeune Noel.

Su abuela:

Señora Louis Jeune Noel».

Señoritas,

Señoras,

Señores,

He ahí a nuestros jóvenes campesinos oficialmente comprometidos, de ahora en adelante podrán verse y hablarse libremente. El padre de la novia designa a su futuro yerno el terreno sobre el cual será levantada su casa. Esta casa vendrá a aumentar el número de todas las que se aglomeran en el espacio de terreno limitado e indiviso cuyo conjunto constituye «el cortijo», el patrimonio inviolable de la familia. Entre dichas casitas, se destaca una de arquitectura un tanto especial, de forma rectangular, que ofrece un vago parecido con un templo. Es en esa casita donde está instalado el altar del dios venerado en la familia...

Cumplida la formalidad de la elección del terreno, sólo falta fijar la fecha de la ceremonia nupcial. ¿Pero en qué consiste dicha ceremonia?

Descansa, ante todo, en el *consentimiento condicional* de los padres y en la celebración ritual de la unión.

Primeramente, el futuro marido debe «pagar el bienestar de la novia». Pagar el bienestar de la novia es el acto *sine qua non* y que consiste, de parte del novio, en dar a sus padres políticos un valor convenido de antemano como precio de su aceptación. Esta dote —pues es una dote— varía de acuerdo con la importancia social de la familia con la cual se busca una alianza. Puede ser de cincuenta *gourdes*, de cien *gourdes* o aún más.<sup>1</sup> El dinero será contado públicamente el día de la boda. Entonces, ante la concurrencia, que trae a la novia quien un regalo en dinero,

<sup>1</sup> La *gourde* haitiana vale veinte centavos americanos.



quien en telas, pañuelos y otros presentes, el padre coge solemnemente la mano de la novia y la pone en la del novio, después, conduciendo a la pareja al retiro, ante el altar sobre el cual se ven platos de *marassa*, calabazas y *caracoles sagrados*, donde son conservados los atributos de los dioses honrados en la familia: *tambores* y *assans*, el anciano enciende la bujía blanca, derrama en el suelo agua y licor, después un puñado de harina mientras va describiendo signos misteriosos, y, por último, extendiendo las manos hacia el sol saliente, conjura piadosamente a los dioses *Ogon Damballa Legba, Sibi nan d'lean, a todos los muertos y los buenos espíritus que protejan a los novios y bendigan la unión que acaba de tener efecto en la fe de los padres y de los antepasados.*

Todo ha sido consumado.

Y es a partir de ese momento que tiene lugar la segunda ceremonia —la menos interesante—. Tragos y comelatas, risas y bailes, ocurrencias y adivinanzas, la segunda ceremonia ofrece toda la gama de los placeres desbordados. En adelante, los jóvenes esposos van a vivir a su modo. A menudo, durante cierto tiempo continúan separados, pero el hombre se afana, corta o compra madera, solicita los consejos del arquitecto de la región, arma la casa, la cubre con un techo de paja, le echa el piso, la cerca y la encala. La amuebla muy someramente: una mesa, unos cuantos vasos de metal y de vidrio, una o dos esteras, un cofre, sillas. Es éste más o meno el mobiliario de unos recién casados modestos. La familia se ha establecido. De ahora en adelante el hombre y la mujer se ayudarán en el quehacer cotidiano, unidos el uno al otro en la fortuna como en la desgracia. Si sobreviene una desgracia, o más simplemente, si la prosperidad ha acrecentado la ambición

de la pareja, entonces se consulta al Hougán sobre la conveniencia de pedir a la Iglesia una nueva consagración de esta larga vida en común. Así pueden pasar largos años en la monotonía de días grises y sin novedades.

He ahí Señoritas,

Señoras,

Señores,

en líneas generales, lo que es una familia campesina en las regiones donde las condiciones de la vida contemporánea y la cercanía de las grandes ciudades no han alterado la autoridad de las tradiciones.

Sin duda, esas tradiciones se pierden, se modifican y se transforman con mayor o menor rapidez y perspicuidad aquí, allí. Sin duda, algunas de esas tradiciones ni siquiera han dejado huella apreciable en ciertos lugares del país y, sin embargo, resisten a toda perturbación en otros. Sin duda... Pero a quien sabe ver bien, las tradiciones dominan la concepción de la vida campesina por estar ligadas a creencias seculares que es difícil desarraigar en esos medios rústicos. ¿Tendré que señalar que más de un filósofo lamenta el agotamiento de algunas de esas costumbres cuyo simbolismo pasado de moda y desusado posee un encanto y una poesía indecibles? ¿Me será permitido evocar los días soleados de mi adolescencia cuando escuchaba a los viejos —*laudator temporis acti*— añorar las tradiciones desaparecidas en la región del Gran Río del Norte? Por esa época, una boda incluso celebrada en la iglesia del burgo, comportaba como desfile una magnífica cabalgata, pero con una condición: era preciso que los recién casados tuviesen los mejores caballos y fuesen precedidos de un portaestandarte y que el estandarte mismo fuese de una blancura inmaculada.



En la cerca de la propiedad donde debía tener lugar la recepción de los invitados, un descansadero de hojas verdes moteadas de laurel púrpura, daba acceso al patio. Llegado allí, el marido, prestamente, se desmontaba del caballo y corría a encerrarse en la casa nupcial. Entonces, la desposada, muy humildemente, ante la muda concurrencia, daba tres golpes en la entrada principal y repetía en alta voz: «Marido mío, marido mío, ábreme la puerta». En el acto el hombre accedía a la súplica de su mujer, le entregaba las llaves del hogar acompañadas de un pañuelo azul y de un pan...

Lindo símbolo por cierto y cuya significación para la esposa podría traducirse así: «Soy aquí el amo, te doy un lugar en esta casa, donde desde ahora, proveeré tu subsistencia y tus ropas...

¿Y cómo podría olvidar esa otra costumbre, cara a mi región natal, hace unos treinta años, y que consistía en celebrar las bodas suntuosas a la caída de la noche? El cortejo nupcial, de vuelta de la ceremonia religiosa, atravesaba el caserío precedido de portadores de antorchas...

¿Era simplemente porque la municipalidad, olvidadiza de las necesidades del alumbrado público, dejaba las calles en tinieblas, o bien perduraba una vaga supervivencia de la procesión de la antorcha, la bella fiesta antigua en la cual los corredores se pasaban la antorcha inextinguible para simbolizar la transmisión de la vida de generación en generación? ¡Qué sé yo! Optaría de buen grado por la segunda hipótesis que identificaría a nuestros portadores de antorchas con sus iguales de las orillas del Mediterráneo si no temiese que se me reprochase mi inclinación a ligar el presente y el pasado de ayer a un pasado más remoto, acaso lleno de brumas por lo alejado de las

épocas. Las municipalidades no son hoy más pródigas de luz que ayer y las viejas costumbres se han ido para no volver...

¿Y qué otras remembranzas obseden mi imaginación plena de sus inquietantes sombras? ¿Que no pueda yo dejar de encontrar en los gestos de nuestros campesinos cuando rinden cortesía a sus huéspedes inclinándose en graciosa reverencia un lejano testimonio de las costumbres elegantes de la sociedad colonial del siglo XVIII? Ustedes saben que los grandes señores eran frenéticos imitadores de las costumbres de Versailles y adiestraban a su servidumbre «en el arte exquisito de las actitudes». La reverencia campesina es una supervivencia indudable de las costumbres de la época.

Sea como fuere, algunas de las costumbres que he intentado hacer revivir, son huellas del simbolismo más transparente y puesto que toda la vida humana está envuelta en símbolos que enmascaran su brutalidad, ¿no resulta deplorable que dejemos desvanecerse algunos de entre los más sugestivos de esos símbolos que exornaban la existencia de las gentes de antaño?

Nos sentimos avergonzados de ellos porque se nos ha dicho que eran supersticiones y prejuicios. ¿Lo creen ustedes? «Cuando ustedes se indignan contra algún viejo prejuicio absurdo, piensen que es el compañero de camino de la humanidad desde hace acaso diez mil años, que ha sido el consuelo de muchos en los malos trances, que ha sido el motivo de muchas alegrías, que ha vivido por así decir de la vida humana. ¿No hay para nosotros algo de fraternal en todo pensamiento del hombre?»



Pero, al grano, ¿cuál es el origen de la mayoría de las costumbres de que acabamos de hablar? ¿Son hijas del tesuño o nos llegan del otro lado de los mares?

No hay duda alguna. Ninguna de ellas es una creación enteramente local, pero al mismo tiempo ninguna de ellas ha llegado hasta nosotros sin alteración. Ellas son como es nuestra misma personalidad, es decir, están cargadas de reminiscencias e impresionadas por sucesivas mutaciones que señalan la complejidad de nuestros orígenes étnicos y, puesto que nuestra evolución de pueblo se efectúa en dirección divergente, de tal modo que un pequeño número de nosotros adquiere una cultura intelectual y social, que forma un mundo aparte, muy envanecido y muy orgulloso de vivir en su torre de marfil, no teniendo más que un contacto distante y circunspecto con el resto consumido de miseria y de ignorancia, es entre la multitud que tendremos la oportunidad de reencontrar el hilo de las tradiciones orales llegadas de ultramar. Sométanse esas tradiciones a un examen comparado, revelarán al punto que el Africa, para la inmensa mayoría de dichas tradiciones, es su patria de origen.

Pero de igual modo que las creencias de que ellas derivan, como ya lo hemos explicado en otra parte, dividen el Africa en zonas distintas, de igual modo el mapa de los hábitos y costumbres de que se trata se extenderá sobre la gran mitad occidental del viejo continente.

¿Quieren ustedes que asistamos ahora y por comparación a la fundación de una familia en alguna parte del Congo, en el Sudán, y en el Dahomey?

¡Ah!, sé con qué repugnancia choco atreviéndome a hablarles de Africa y de cosas africanas. El tema les parece inelegante y desprovisto de todo interés, ¿no es cierto?

¿No será, amigos míos, que tales sentimientos se asientan en un fondo de escandalosa ignorancia? Vivimos de ideas enranciadadas por la prodigiosa tontería de una cultura mal asimilada y nuestra vanidad sólo se satisface cuando anotamos las frases escritas por otros donde se glorifica a «*Los Galos nuestros abuelos*».

Ahora bien, sólo nos será dado ser nosotros mismos a condición de no repudiar ninguna parte de la herencia ancestral. Pues bien, esta herencia es en sus ocho décimas partes un don del Africa. Además de esto, sobre este estrecho planeta que no es más que un punto infinitesimal en el espacio, los hombres se han mezclado desde hace milenios al extremo de que ya no hay un solo sabio auténtico, incluso en los Estados Unidos de América, que sostenga sin echarse a reír la teoría de las razas puras. Y si voy a atenerme a la ciencia de Sir Harry Johnstone, no hay un solo negro, por negro que sea, en el centro del Africa que no tenga algunas gotas de sangre caucásica en las venas, y quizás un solo blanco en el Reino Unido de Inglaterra, en Francia, en España y en otros lugares, entre los más altaneros, que no tenga algunas gotas de sangre negra o amarilla en las venas. Tanto es verdad de acuerdo con el verso del poeta:

Todos los hombres son el hombre.

¿Nuestros antepasados? ¿Pero en qué puedo yo sentirme humillado de saber de dónde vinieron, si llevo mi marca de nobleza humana en la frente como una estrella radiosa y si en mi ascensión hacia más luz, me siento aligerado por la herida sagrada del ideal?

¿Nuestros antepasados? Son ante todo los muertos cuyos sufrimientos seculares, el valor, la inteligencia y la sensibilidad se fundieron antaño en el crisol de Santo Domingo



para hacer de nosotros lo que somos: seres libres. ¿Nuestros antepasados? Son los muertos cuyos vicios y virtudes conjugados, hablan muy bajo en nuestros corazones malos o en nuestra conciencia heroica y altiva.

¿Nuestros antepasados? Son todos aquellos que se levantaron lentamente de la animalidad primitiva para desembocar en el ser transitorio que somos, aún temblorosos ante lo desconocido que nos envuelve, pero herederos de la gloria inmarcesible de ser hombres. Es porque nuestros antepasados fueron hombres que padecieron, que amaron y esperaron, que podemos, nosotros también, aspirar a la plena dignidad de ser hombres a pesar de la brutal insolencia de los imperialismo de toda laya.

Blancos, negros, mulatos, «griffes», ochavones, cuarterones, morabitos, «sacatras», ¿qué importan esas vanas etiquetas del expolio colonial si nos sentimos hombres resueltos a desempeñar a cabalidad nuestro papel de hombres sobre esta minúscula parte de la escena del mundo que es nuestra sociedad haitiana.

Acéptese, por tanto, el patrimonio ancestral como un bloque. Désele la vuelta, pésele, examínesele con inteligencia y circunspección, y se verá como en un espejo roto que él refleja la imagen reducida de la humanidad toda entera. ¡Eh, sí, las mismas causas han producido los mismos efectos en toda la superficie del planeta! El Amor, el Hambre, el Miedo han engendrado las mismas fábulas en la imaginación ardiente de los hombres —vivan éstos en la manigua abrasadora del Sudán, o aparecieron antes sobre las colinas donde se levantó la Acrópolis o en las orillas del Tíber donde se levantó la ciudad de las Siete Colinas. Y es por lo que el africano de hoy proporciona a los sociólogos los elementos que le permiten establecer

la psicología del hombre primitivo. La constitución de la familia en el africano es, ante todo, un acto de fe, una ceremonia de iniciación religiosa. Tal fue en la Grecia y la Roma antiguas, tal es en ciertas tribus del Sudán, del Dahomey, del Congo, salvo las variantes inevitables que engendran las circunstancias y las necesidades del medio físico. Efectuemos el estudio comparado de la fundación de la familia en sus esbozos de civilización: sacaremos la más instructiva lección de prudencia y de meditación. Oigamos a Fustel de Coulanges describir la ceremonia del matrimonio entre los griegos y romanos:

«Entre los griegos, dice, la ceremonia del matrimonio se componía por así decir de tres actos: el primero tenía lugar ante el hogar del padre, el tercero en el hogar del marido, el segundo era el paso de uno al otro.

»Primeramente, en la casa paterna, en presencia del pretendiente, el padre, rodeado ordinariamente de su familia, ofrece un sacrificio. Terminado el sacrificio, declara, pronunciando una fórmula sacramental, que da su hija al joven. Esta declaración es en absoluto indispensable al matrimonio. La muchacha no podría ir a adorar el hogar del esposo si su padre no la ha separado previamente del hogar paterno. Para que ella entre en su nueva religión, debe ser despojada de todo vínculo y de toda atadura con su religión primera.

»En segundo lugar, la muchacha es llevada a la casa del marido. A veces es el marido mismo quien la lleva. En ciertas ciudades, la comisión de llevar a la muchacha recae en uno de esos hombres que entre los griegos estaba investido de un carácter sacerdotal y al que llamaban *he-raldos*. Por lo general la muchacha es comúnmente colo-



cada en un carro, con la cara cubierta por un velo y lleva una corona. La corona se usaba en todas las ceremonias del culto. Su vestido es blanco. El blanco era el color de la ropa en todos los actos religiosos. Va precedida por una antorcha. Es la antorcha nupcial. En todo el recorrido, se canta en torno a ella un himno religioso.

»Dicho himno recibía el nombre de himeneo, y la importancia de ese canto sacro era tan grande que se daba su nombre a toda la ceremonia.

»La muchacha no entra por sus pasos en su nueva morada. Toca al marido llevársela, éste simula un rapto, ella profiere en gritos y las mujeres que la acompañan fingen defenderla...

»Después de una lucha simulada, el esposo la coge en sus brazos y le hace franquear la puerta, pero teniendo buen cuidado de que los pies de su nueva esposa no toquen el umbral.

»Lo que precede no es más que el apresto y el preludio de la ceremonia. El acto sagrado va a empezar en la casa.

»En tercer lugar, ya están frente al altar y la esposa es puesta en presencia de la divinidad doméstica. Es rociada con agua lustral; toca el fuego sagrado. Se dicen oraciones. Después los dos esposos comparten un dulce, un pan y algunas frutas. Esta especie de comida frugal que empieza y acaba por una libación y una plegaria, ese compartir del alimento frente al altar, pone en comunión a los esposos con los dioses domésticos.»

El casamiento romano se asemejaba mucho al griego y como éste comprendía tres actos:

1. La novia abandona el hogar paterno. Como ella no está unida a dicho hogar por derecho propio sino por

intermedio del padre de familia, sólo la autoridad del padre puede separarla del hogar...

2. La novia es llevada a la casa del esposo. Como en Grecia, está velada, lleva una corona y una antorcha nupcial precede al cortejo. Se canta en torno a ella un himno religioso...

El cortejo se detiene ante la casa del marido. Una vez allí le presentan a la novia el fuego y el agua. El fuego es el emblema de la divinidad doméstica, el agua es el agua lustral que sirve a la familia para todos los actos religiosos. Para que la novia entre en la casa, es preciso, como en Grecia, simular el rapto. El esposo debe llevarla en brazos e impedir que sus pies toquen el umbral.

3. La esposa es llevada ante el altar, allí donde están los penates, donde todos los dioses domésticos y las imágenes de los antepasados están agrupados en torno del fuego sagrado. Como en Grecia, los esposos hacen un sacrificio, escancian el vino, dicen unas oraciones y comen juntos un dulce de flor de harina.

Ese dulce comido en medio de la recitación de las oraciones, en presencia y bajo las miradas de las divinidades de la familia, es lo que hace la unión santa del esposo y de la esposa...<sup>1</sup>

He ahí lo que fue el casamiento en la antigua civilización greco-romana.

Y ahora veamos lo que es entre ciertos negros del África, y ante todo del Congo.

Allí, muchachos y muchachas aun cuando sean considerados completamente aptos para el matrimonio, es preciso que se sometan antes a una ceremonia de iniciación que los faculta para compartir la vida plena de la tribu.

<sup>1</sup> Fustel de Coulanges: *La ciudad antigua*.



Tomamos al señor Leroy, en la «Religión de los primitivos», la descripción de ese rito curioso:

«La iniciación que se aplica a los dos sexos, dice, es muy variable en su ceremonial de tribu a tribu, pero se la encuentra en todas ellas al menos en el estado de esbozo o de supervivencia, aquí más simple, allí más complicada, más simbólica y más solemne.

»Naturalmente, la iniciación difiere para los muchachos y para las muchachas, pero se espera para los unos y para los otros que haya un cierto número de jóvenes de la misma aldea o de aldeas vecinas en edad de ser admitidos. Llegado el día, los muchachos que pueden tener entonces entre 15, 18 y 20 años son reunidos bajo la conducta de un especialista y sometidos, vistiendo ropas apropiadas a la ocasión, a diversas pruebas que deben cumplir virilmente. Es así una especie de retiro que ellos hacen, comiendo, durmiendo aparte, por lo general en la selva vecina, entregándose a diversos ejercicios, repitiendo ciertos cantos y danzas, instruidos con misterio de lo que está permitido o prohibido, de los intereses y de las tradiciones de la tribu, etc...

«Es también la ocasión para renovar la alianza con el totem mediante ceremonias simbólicas, un sacrificio, una comunión. Todo eso dura varios días, a menudo varias semanas e incluso varios meses. La piel negra desaparece en todo o en parte bajo un color blanco obtenido con tiza desleída o harina: es el color de los espíritus. Los ornamentos del vestido son a veces muy complicados. Las danzas se suceden. A menudo se da a los neófitos un nombre nuevo: es un segundo nacimiento... Todo termina por lo general por una gran fiesta, que comporta pro-

cesión solemne, festín, danzas y regalos, sin contar la borrachera que debe ser particularmente elaborada...»

Las muchachas son sometidas a una ceremonia idéntica, variable parejamente siguiendo las regiones y que R. E. Denett nos ha descrito así del Congo:

«Cuando una niña es núbil, se le construye una chocita fuera de la aldea. Se la rapa y todo su cuerpecito es recubierto de *takula*, o polvo de madera roja desleído en agua. Así pintada, la niña se retira con aquellas de sus amigas que ya han pasado por igual ceremonia, a la cabaña, allí se le ofrece una gallina, o si la familia no puede procurársela, un huevo. La muchacha queda encerrada durante seis días con sus amigas que la cuidan, la distraen y la alimentan durante el día, sirviéndola como a una princesa, y, por la noche, cantan y bailan al son de la *misunga*.

»Entretanto, se le construye una linda casa en la aldea y se arreglan dos camas. En una de las camas duerme ella con dos de sus amigas más antiguas, la segunda cama está destinada al resto de las amigas. Dos veces al día se somete al ceremonial de la pintura, y durante cuatro o cinco meses no se le permite trabajar.

«Cuando llega el momento de ser llevada a su marido, uno de sus parientes entra en la choza al despuntar el alba y con el pie empuja la cama afuera. Si todavía no está preparada para la ceremonia, es su padre quien tira la cama en el patio. Entonces todas las mujeres de la familia le llevan sombrillas, ropa limpia y adornos, la llevan a la orilla del mar y le quitan la capa de pintura con varillas flexibles; después van al arroyo más cercano y la lavan y visten. Sus tobillos son adornados con gruesos aros de cobre, sus muñecas con brazaletes, su cuello con todos los collares de la familia, sobre su pecho ondula un



pañuelo de color y el resto de su ropa es roja. Completa su atavío una sombrilla. Entonces se organiza la procesión y todas sus amigas hacen girar sus sombrillas y caminan cantando a través de las aldeas hasta la casa de la desposada. A lo largo del camino, los jóvenes del lugar acuden a bailar para ella y le hacen pequeños obsequios. Entonces es entregada a su marido y el baile prosigue toda la noche».<sup>1</sup>

Extraña ceremonia esta, ¿no es cierto?, pero de un simbolismo tan transparente que es inútil insistir en él. En todo caso, la unión del hombre y de la mujer entre estos congoleses significa otra cosa que la complacencia en un acto carnal. Implica por el contrario el renacer de la pareja a una nueva vida en la cual se supone que se pierda hasta el recuerdo de la existencia pasada. Incluso se ha cambiado el nombre de los esposos, a tal extremo importa que en su nuevo estado sean dignos de participar en los misterios de la religión de la tribu. Si, aquí, la analogía con la ceremonia greco-romana es menos de forma que de fondo, vamos a subir un grado más en la escala de las comparaciones asistiendo a una ceremonia de casamiento en el Sudán entre los negros *Ndogom Habbés* de la meseta de los *bandiogara*. Cedamos la palabra al teniente Desplagnes:

«Los jóvenes que habitan las aldeas de la meseta de *Bandiogara* viven separados de su familia, formando una asociación con camaradas de su misma edad. Por turno y ayudados por sus compañeros de clan, se construyen una casa y se preparan para fundar un hogar. Todos tienen amiguitas de su misma edad que pasan con ellos la velada

<sup>1</sup> R. E. Denett: *At the back of the black man's mind*.

y se cambian regalitos. Entre esas muchachitas elegirán su esposa. En general, los jóvenes esperan siempre para casarse que sus hermanos mayores ya tengan casa puesta, sin lo cual ellos deberían pedir la autorización de precederlos en el matrimonio.

»Cuando el joven ha obtenido el consentimiento de su novia, va, acompañado por un amigo, a ver al padre de la muchacha y le anuncia su intención de ser su futuro yerno. Si el futuro suegro acepta, le hace un regalo de circunstancia, que puede ser una carga de leña, caza o pescado. Después se fija el día de la ceremonia, que en lo posible debe ser un día bueno de la luna que siga el fin de la recolección de enero. Hasta dicha época, el novio, ayudado por los camaradas de su clan, va a trabajar al campo de su futuro suegro y prepara víveres y bebestibles para la fiesta. La víspera de la boda, el joven envía quinientas *cauris*<sup>1</sup> a la novia para los gastos de peinado y perfumado, después compra arroz, un carnero y gran cantidad de cerveza de mijo, todo ello con la ayuda de su asociación. El día de la ceremonia los jóvenes dan una gran fiesta a la cual asiste toda la aldea excepto los padres de la novia.

»En medio de las danzas, los amigos del marido arrebatan, a sus compañeras que la defienden, la novia y la llevan al son del tam-tam al domicilio de su esposo. Al día siguiente por la mañana, la recién casada coge su cántaro y baja al pozo o a la fuente para demostrar que se ha casado y se ha encargado del cuidado del hogar.

»El primer día propicio que sigue al rapto y a la boda, los nuevos esposos reúnen a todos los amigos del clan del marido, después solicitan del viejo de más edad de la aldea,

<sup>1</sup> *Cauris*: conchitas blancas que sirven de moneda en diversos lugares del globo.



el *Hanna Gara*, que vaya a consagrar el nuevo hogar de la familia con el objeto de atraer la protección celestial sobre la nueva pareja. Este viejo *Hanna Gara* (que, entre las tribus que habitan más hacia el sur, toma el título de Hogón), gran sacerdote de la aldea, viene a sentarse, revestido de sus insignias sacerdotales, junto al nuevo altar familiar y sobre el cual ha sido depositado el objeto elegido por el marido como signo de alianza entre su nueva familia y la divinidad.

»El marido sacrifica con sus propias manos las víctimas, pollos y carneros blancos, riega con la sangre de estos animales el altar y el signo de alianza, en tanto que el viejo implora de Ammo que les conceda una numerosa familia, la riqueza y la felicidad. La mujer prepara inmediatamente una cena con la carne de las víctimas, cuyas primicias el sacerdote ofrece a la divinidad y a los espíritus ancestrales que van a residir en torno al altar, y todos festejan en honor de los antepasados y de la continuación de la familia.

»Por esta ceremonia, los esposos están unidos uno y otro ante sus antepasados y se deben fidelidad. Si el marido llegara a morir, la mujer deberá llevar luto uno o dos años antes de volver a casarse, por otra parte si quisiera divorciarse no podrá hacerlo sin un nuevo sacrificio favorablemente acogido por la divinidad.

»Después del festín, todos los jóvenes van a saludar al jefe de familia del marido y a anunciarle la entrada de una nuera en su parentela. Este viejo ofrece en general un regalo a los nuevos esposos. De ahí, el recién casado va solo a casa de su suegro y le lleva una ofrenda para agradecerle que le haya concedido la mano de su hija; al acep-

tarla, el padre de la muchacha debe igualmente hacerle un regalo a su hija».<sup>1</sup>

Así se perpetúan las tradiciones de la tribu por el matrimonio según la fe de los antepasados en las poblaciones sudanesas, y, si se quiere tener un sentimiento más definido, del doble sentido religioso y tradicional que el negro pone en la ceremonia de la boda, tomemos por ejemplo un tercer tipo de ceremonia nupcial en el pueblo del Dahomey cuyas costumbres y creencia han dejado una huella tan fuerte sobre las costumbres y creencias del pueblo haitiano. Pero en el Dahomey, el ritual de las bodas varía en esplendor según se trate de simples particulares o de personas de sangre real. Aunque hubiera sido interesante mostrarles la diferencia, me quedaría el temor de estar abusando de la paciencia de ustedes, y es por lo que elegiremos el ejemplo de una unión de grandes señores con el objeto de dejar ver su lado pintoresco y su majestuosa belleza.

Pediré a un administrador colonial, al señor Hérissé, la autoridad de su testimonio para hablarles de las fiestas de una boda principesca en el reino del Dahomey.

«Conservo de esas fiestas un recuerdo encantador», escribe el señor Hérissé.

»Fue por la noche, en la antigua morada de los reyes del Dahomey cuyas ruinas perfilaban su rectitud en el claro de luna. De todos lados surgían sombras humanas: su silencio contribuía a hacer más melancólico el lugar. El novio, Mevo, era un jefe de la ciudad de Abomey. Por ello había convidado a todos sus iguales.

«A mi llegada, éstos se adelantaron para saludarme. Llevaban el taparrabos anudado a la cintura y el torso

<sup>1</sup> Teniente Desplagnes: *La meseta central nigeriana*.



desnudo en señal de respeto. Pronto el novio nos hizo compañía. Estaba ataviado con un taparrabos blanco. Algunas de las gentes de su séquito llevaban calabazas que él hizo depositar a mis pies: "Residente, dijo, tú eres nuestro jefe, dignate aceptar estos licores y ofrécelos a mis hermanos y amigos. Sólo beberán de ellos si tú lo autorizas". Se escancian los licores: cada invitado me presenta su vaso diciendo: "¡He aquí agua! ¡Sin dié!" A cada uno contesto: "Bebe, bo nou". Así lo exige la costumbre».

Todos los príncipes se colocan por rango de edades y forman una doble fila ante una de las grandes puertas del palacio; detrás de ellos se colocan los simples invitados.

«La novia sale de la casa de sus padres. Está vestida con su largo taparrabos blanco, dejando los brazos libres, y sujeto por encima de los senos por una banda blanca. Sus hombros están cubiertos de *Atiké*, polvo blanco cuyo perfume recuerda al incienso, un collar de perlas rodea su cuello, anillos de plata de los que cuelgan minúsculas campanitas chocan haciendo ruido sobre sus muñecas y sus tobillos. Lleva por peinado un gran cono de tela blanca. Ponen por tierra un paño blanco; sobre él se arrodilla la novia y se sostiene con las manos puestas un tanto delante del cuerpo. Inclina la cabeza y cierra los ojos.»

A cada lado se arrodillan dos mujeres, a la derecha una que representa a la madre del rey Glelé (la abuela del primer príncipe de la dinastía), a la izquierda, la hija mayor del mismo rey.

El Mehoul, maestro de ceremonias, llama tres veces al novio. Este penetra en la fila formada por sus invitados. Se echa en tierra y se cubre de polvo. Se levanta, da algunos pasos, se inclina y vuelve a humillarse. Después, se

acuesta bocabajo, y, ayudándose con los antebrazos y las rodillas, repta hasta situarse a algunos metros de su novia.

«¿Qué quieres?», le pregunta el Mehoul.

«Quiero llevarme como esposa una hija de nuestros reyes.»

«¡Hela aquí! Acércate.»

El novio repta de nuevo.

«Mevo, dice el Mehoul, estamos contentos de lo que está pasando, tú eras el amigo de Behanzin, tu padre era el amigo de Glelé; tú eres nieto de Chezo.

»Nos sentimos contentos de que te cases con una hija de nuestros reyes.

«Tened por cierto, contesta Mevo, que vuestra hija llevará una vida cómoda en mi cabaña. Nada le faltará de lo que una princesa debe poseer. Nadie que no sea yo la mandará. Si obra mal, yo sólo se lo reprocharé».

En este punto, Mevo es interrumpido por la Mehoul, vieja mujer que tiene autoridad sobre las princesas.

«Si tu esposa obra mal, dice, te pertenecerá corregirla. Sin embargo, no la azotes demasiado fuerte.»

«He comprendido, seguiré tus consejos. Nada malo le sucederá en mi casa. En recuerdo de su padre, la llamaré "Tokenha" (la que cuenta los guijarros en el río), porque "Behanzin", el de ojo de pez, cuenta los guijarros del río.»

Han terminado los discursos. Mevo repta muy cerca hasta ponerse cara a cara con su novia.

«La representante de la madre del rey coge una calabaza llena de agua, derrama una parte del contenido sobre el suelo para los antepasados, y la presenta a la novia, después a Mevo. Uno y otro mojan sus labios. Después de la misma ceremonia pero con un vaso de licor, la novia se levanta y se pone en marcha acompañada de sus dos acó-



litos y de otras muchas mujeres, sus hermanas, sus parientes, sus amigas.

»Mevo la precede, haciendo despejar el camino. El cortejo desemboca en la plaza del palacio. Al instante descargas de fusilería y de un antiguo cañón anuncian el nuevo himeneo. Los tam-tams resuenan, se lanzan gritos de alegría, mientras que jóvenes ritman sus cantos con los *asan*.

»La princesa, hija de pantera, camina lentamente.

»¡Vamos! ¡Partamos!

»Ella camina lentamente, graciosamente, como la pantera en la selva.

»¡Vamos! ¡Partamos!

»El camaleón sube a lo largo del Bombax y también camina lentamente.

»¡Vamos! ¡Partamos!

»Y, en efecto, flexible y graciosa, la desposada camina reposadamente, sostenida por sus compañeras.

»De vez en cuando, llama a su marido:

»Marido mío, recomienda ella, haz que repartan *cauris* a las que me acompañan, están cansadas.

»Entonces, Mevo, mete sus manos en unos sacos que están a su alcance y empieza a tirar *cauris* sobre los cuales se precipitan los muchachos.

»El cortejo se aleja; todavía durante un gran rato oigo en la noche sus gritos agudos y el ruido sordo de sus tam-tams.»<sup>1</sup>

A las diversas descripciones que acabo de hacerles, añadiré que en ninguna parte del Africa se realiza un matrimonio sin que el hombre pague una dote a la familia de

<sup>1</sup> A. Le Hérissé: *El antiguo reino del Dahomey*.

la desposada. Esta dote varía de una tribu a la otra, pero es indispensable en tanto que símbolo del valor social y económico de la familia con la cual se desea contraer la alianza. Pues es preciso que ustedes sepan que la mujer, allá, es, ante todo, la que perpetúa la raza y aumenta el número de trabajadores en una familia. Merced a ese doble título ella es una riqueza de la que una familia no puede privarse sin compensación. Si, al decir de Ratzel,<sup>1</sup> el rey de Uganda tenía siete mil mujeres, lo cual probaría su gloria y su magnificencia, el simple mortal que no puede desplegar tanto fasto, debe mostrar más modestia en sus gustos. Así los bantús de la zona bananera, cerca de la costa occidental, de acuerdo con Milligan, pagan la dote de sus mujeres de acuerdo con la siguiente tarifa: diez chivas, cinco carneros, cinco carabinas, veinte cajas vacías para hacer la venta de distintos productos, cien posturas de tabaco, diez sombreros, diez espejos, cinco frazadas, cinco pantalones, docenas de platos, una cierta cantidad de telas y de alcohol equivalentes a cien dólares, una silla y un gato.

Señoritas,

Señoras,

Señores,

A modo de conclusión, sólo nos resta sacar algunas buenas lecciones de las comparaciones etnográficas a las cuales nos hemos entregado en el curso de este ensayo. La primera de ellas es que existe en la ceremonia del matrimonio sorprendentes analogías entre las costumbres de la Grecia y de la Roma antiguas y aquellas que aún siguen estando vigentes en ciertos lugares de Africa. Además, nuestra población campesina de este lado del Atlántico está

<sup>1</sup> Citado por Dowd: *The negro*.



toda ella impregnada de dichas costumbres. Comprobamos, de una parte y de la otra el mismo simbolismo que hace de la unión del hombre y de la mujer un acto eminentemente religioso. Casi encontramos el mismo ritual y el mismo sacrificio propiciatorio con que se obligan los jóvenes esposos hacia los dioses de la familia, de la ciudad o de la tribu, casi el mismo simbolismo que hace elegir velo y corona blancos, taparrabos, polvo y tiza blancos como los signos exteriores de la iniciación a la nueva vida. Al igual que hoy día en nuestro mundo el velo blanco, la corona de azahares, la túnica blanca son emblemas de pureza y de inocencia de la virgen que el amor inicia en la vida del hogar. ¿Puedo decir, señores, que vuestra corbata blanca y vuestros guantes blancos son acaso también los signos exteriores de la pureza... de intenciones que vosotros aportáis al hogar?

En todos los casos, en Grecia, en Roma al igual que Africa el hombre es el señor consagrado por la antigüedad de la costumbre.

Jefe de familia que ostenta la responsabilidad del grupo ante los dioses y los antepasados, es él sólo quien puede autorizar al impetrante o a la impetrante a acercarse al altar donde él hace el sacrificio a la divinidad tutelar. Que este pensamiento sea más formal aquí que allá, en ninguna parte está ausente, incluso cuando no fuera más que en estado de supervivencia. Pues bien, se me antoja que de estas diversas observaciones se desprende un hecho de alta importancia social: si la ceremonia del matrimonio reviste un carácter tal de solemnidad religiosa aquí y allá, implica al mismo tiempo la idea de gravedad que se le acuerda, implica que la constitución de la familia está en estrecha relación con la continuidad del culto divino y el bienestar de la ciudad o de la tribu. De ese carácter

místico dimana la solidez de los lazos de la familia. Ella es en ciertas regiones africanas de que hemos hablado, una pequeña comunidad protegida por el varón más anciano que es su jefe natural. Es el antiguo. La reunión de esas comunidades sobre un espacio dado, forma la aldea, sometida a un jefe elegido entre los antiguos cuya sabiduría y experiencia se ha aquilatado. ¿Se concibe en esas condiciones el poder de los lazos de familia formados en tal coyuntura? Es lo que los africanólogos jamás olvidan señalar. Todos dicen cómo el negro se apega a su aldea, a su grupo de familia y particularmente a aquella que es su encarnación viviente, a su madre.

«Si el negro se complace en los viajes, nos confirma Leroy, jamás olvida su hogar, su madre, sus hermanos. El nombre de ésta le llega de muy lejos, en sus canciones muy dulces que él se repite a sí mismo, por la noche, en los campamentos de las caravanas, a lo largo de los senderos que recorre y en los grandes ríos donde su piragua se desliza sin ruido...

»Enfermo, abandonado, herido, moribundo, de uno al otro extremo de Africa, en todos los rangos y en todas las edades, él tiene un llamado que vuelve, siempre el mismo y muy conmovedor: ¡Madre mía, madre mía!

»Y parejamente no hay, para él, insulto más grande y, digámoslo, más común que aquel que atenta contra la mujer que le dio el ser...»

»Cualquiera sea la opinión que se tenga del africano, escribe otro observador, no podemos dudar de su amor por su madre. El nombre de ésta, esté muerta o viva, está siempre en sus labios y en su corazón. Su madre es lo primero en lo que piensa tan pronto se despierta, la última cuyo recuerdo acuna su sueño. Para ella, él reserva secretos que



no revelará a nadie en el mundo. El no llama a ningún ser humano para cuidarlo si está enfermo: ella le prepara su alimento, sus medicinas, sus abluciones, y hasta la estera donde descansa. Será en ella que él se refugiará en todos sus apuros, sabiendo bien que si el resto del mundo se vuelve contra él, ella le seguirá siendo fiel en su amor, lo merezca o no.

»Y si hay algo capaz de justificar en un hombre el uso de la violencia contra un semejante, será el insulto que habrá proferir contra su madre.

»Entre jóvenes, es la causa frecuente de peleas y riñas. Y es entre ellos proverbial que si ven a su madre y a su mujer en peligro de muerte, es preciso salvar primero a la madre, por la sencilla razón de que el hombre que ha perdido a su mujer puede encontrar otra, mientras que madre sólo hay una.»<sup>1</sup>

La bendición de los padres es una promesa de felicidad, y la maldición la peor de las calamidades, aquella que persigue implacablemente al hijo culpable, que envenena su vida y siembra la desdicha en torno a él. He sido testigo de esta escena: con las ropas hechas jirones, los rasgos de su cara enloquecidos como los de una furia, su flaco cuerpo agitado por un temblor convulsivo, lanzando gritos que ya nada tenían de humano, una vieja recogía puñados de polvo, y, con sus largos brazos descarnados, los echaba en la dirección de un hombre joven que huía desatinado... Y ese espectáculo era impresionante como el que leemos en las primeras páginas de la Biblia, el de Caín maldecido por su madre y por Dios, después del crimen de Abel.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> L. Wilson: *Western Africa*.

<sup>2</sup> Monseñor Leroy: *La religión de los primitivos*.

Los más recalcitrantes negrófobos convienen sin esfuerzo en que tales costumbres revelan la bondad nativa de una raza y honran grandemente a la moralidad general de la especie humana. Que tales magníficas virtudes hayan sido transportadas en este país por los negros con que la trata pobló a Santo Domingo, es lo que nos enseña Moreau de St.-Méry cuando nos habla con ternura de la devoción de las mujeres negras por sus hijos.

«No hay elogio bastante, dice, para los sentimientos que el amor maternal ha puesto en el corazón de las negras. Nunca los niños, esas tiernas criaturas, tuvieron cuidados más asiduos, y esa esclava que tiene tiempo para bañar a sus hijos y vestirlos de limpio, es un ser respetable.»

Mas, cosa curiosa, he ahí que la piedad filial se transforma bruscamente y ya no se dirige más que a otra criatura: «la madrina». Jurar por la madrina de un negro, es hacerle la injuria más sangrienta y se les oye después de largas querellas, exclamar: «me ha insultado, pero no se atrevió a jurar por mi madrina», nos informa el historiador colonial. Más todavía, los ahijados de una misma madrina se llaman hermanos y hermanas y se consideran como tales.

¡Ah! ¿Saben ustedes por qué en Santo Domingo la madrina casi ha reemplazado a la madre en el cariño de su hijo? Es que muy a menudo, el niño, apenas núbil, es sustraído a su madre cuyo servicio es requerido para la explotación. En adelante él no conoce más que a su madrina, mientras espera convertirse, más tarde, en un número de orden en el taller de trabajo. La razón profunda de tan cruel desarraigo reside en la acción destructiva ejercida por la esclavitud sobre la economía social del negro, tal como ese monstruoso sistema ha sido perpetrado durante



cuatrocientos años por la raza blanca sobre la raza negra. ¡Ah!, amigos míos, mi corazón no es lo bastante grande para contener todo el amor que siento por todos los hombres. No hay lugar en él para el odio. Pero no puedo impedir estremecerme de horror cuando pienso en la carnicería y destrucción cuya aplicación ha sido seguida aquí y allá, en el viejo continente, con un método implacable, por aquellos que se envanecen de pertenecer a una humanidad superior y que se atreven a reprochar ahora a la raza negra su salvajismo y la inestabilidad de sus instituciones.

Si, durante cuatrocientos años, la raza blanca, sin piedad ni misericordia, ha encendido la guerra intestina en Africa, incitando al negro contra el negro, persiguiéndolo sin tregua y sin misericordia para satisfacer su innoble tráfico de carne humana, destructor de toda civilización y toda cultura indígenas. Después, durante dos siglos, ha llevado sus barcos cargados de ganado humano hacia las costas de esta isla ya ensangrentada por la exterminación del indio y durante dos siglos de ultrajante promiscuidad, de corrupción y de bastardía, ha mancillado la antigüedad de la negra imponiéndole la ley brutal del concubinato. Y es así que el status de la familia negra ha sido destrozado, destruido, aniquilado por la más triste abominación que jamás haya maculado la faz de la tierra, y tan cierto que al día siguiente de 1804, nuestros padres, al adoptar sin vacilar un status legal y religioso que era tan diferente de su vieja concepción social, iban a entregarse por entero a la más formidable experiencia que se haya intentado entre los hombres.

¿Cuál ha sido el resultado después de cien años? Puede vérselo por esta confusión de costumbres, de hábitos, de creencias de donde emerge lentamente una forma social

nueva. Acaso sólo sea por el momento nada más que una crisálida de la que se indignan, se burlan o ruborizan los impacientes, los miopes y los ignorantes, pero que los filósofos y los hombres de corazón contemplan enternecidos e interesados. ¿Qué será esta crisálida en cien, doscientos, quinientos años? Lo ignoro. Pero ¿qué eran pues las naciones y los pueblos que hoy día están podridos de ostentación, de prejuicios y de odios, cuando durante diecinueve siglos una magnífica civilización florecía en las orillas del Nilo? ¿Qué eran? Miserables, bárbaros, contesta la Historia.

«Los hombres pasan y no sería bueno que fuesen eternos.»

Por eso aquellos de entre nosotros que hacen profesión de fe de inclinarse sobre los orígenes históricos y étnicos de este pueblo, están subyugados por la deslumbrante intuición que su pasado responde de su porvenir. Pero, por favor, amigos míos, no despreciemos más nuestro patrimonio ancestral. Amémosle, considerémosle como un bloque que intangible. Repitamos más bien la orgullosa estrofa que el viejo bardo pone en boca de un habitante del Olimpo: «No hay nada feo en la casa de mi padre».

Para mí, si me fuera dado expresar mi alegría a esas jovencitas de Primavera que hoy me han concedido tan generosa hospitalidad, les expresaría ante todo mi gratitud de habernos ofrecido la oportunidad, al interpretar el sentido de nuestro folklore, de beneficiarnos con una hora de moral social.

A ustedes como a ellas sólo sabría decir algo que parte de lo más profundo de mi corazón: Gracias.



## BIBLIOGRAFIA

- ATLANTA (THE). Publicaciones. *La iglesia negra*. Un estudio social, 1903.
- AUBIN (EUGÈNE). *En Haïti*. París, 1910.
- AUDAIN (DR. LEÓN). *El mal de Haïti*. Port-au-Prince, 1908.
- BAGHEOT. *Leyes científicas del desarrollo de las naciones*. París, 1885.
- BOISSIER. *El fin del paganismo*. 2 volúmenes. París.
- BOULE (MARCELLIN). *Los hombres fósiles*. París, 1923.
- BRICOURT (J.). *En qué punto se encuentra la historia de las religiones*. París, 1912.
- BRUHES (JEAN). *Geografía humana*. París, 1912.
- CUREAU (DR. A.). *Las sociedades primitivas del Africa ecuatorial*. París, 1912.
- DELMAS Y BOLL. *La personalidad humana*. París, 1922.
- DELACROIX (H.). *La religión y la fe*. París, 1922. *El lenguaje y el pensamiento*. París, 1924.
- DELAFOSE (MAURICE). *Alto Senegal-Níger*. 3 volúmenes. París, 1911. *Los negros del Africa*, 1922. *El alma negra*, 1922. *Los negros*, 1927.
- DENIKER. *Las razas y los pueblos de la tierra*. París, 1926.
- DESPLAGNES (TENIENTE L.). *La meseta central nigeriana*. París, 1907.

- DODDS. *La raza negra*. Nueva York, 1914.
- DORSAINVILLE (DR. J. C.). *Vaudou y neurosis*. Serie de artículos publicados en «Haití médico» en 1912 y 1913. Port-au-Prince. *Una explicación filológica del vaudou*. Port-au-Prince, 1924.
- DUBOIS (W. E. B.). *El negro*. New York, 1915.
- DUBOIS (FÉLIX). *Tombuctú la misteriosa*. París.
- DUMAS (GEORGES). *Tratado de psicología*. 2 volúmenes. París, 1923.
- DURKHEIM (EMILE). *Las formas elementales de la vida religiosa*. París, 1912.
- DWELSHAUVERS. *El inconsciente*. París, 1916.
- FLEURY (DR. MAURICE DE). *La angustia humana*. París, 1924.
- FRAZER (SIR JAMES). *La rama dorada*. París, 1923.
- FUNCK-BRENTANO. *La civilización y sus leyes*. París, 1876.
- FUSTEL DE COULANGES. *La ciudad antigua*. París.
- GUIGNEBERT. *El cristianismo antiguo*. París, 1922.
- GUILLEMINOT. *Los nuevos horizontes de la ciencia*. París, 1926.
- HARDY. *Visión general de la historia de Africa*. París, 1926.
- JANET (PIERRE). *El automatismo psicológico* (novena edición). París, 1925. *Las medicaciones psicológicas*. (3 volúmenes). París, 1919-1925. Artículo en el «Tratado de psicología» de Dumas. *Las neurosis*. París.
- JOHNSTONE (SIR HARRY). *Liberia* (2 volúmenes). Londres, 1906. *El negro en el nuevo mundo*. Londres, 1900. *La apertura de Africa* (publicado en la colección *Home University Library*. 18 volúmenes, sin fecha de edición).

- LEBON (DR. GUSTAVE). *Leyes psicológicas del desarrollo de los pueblos*. París, 1900. *Las opiniones y las creencias*. París, 1916.
- LEVY-BRUHL. *Las funciones mentales en las sociedades inferiores*. (Segunda edición). París, 1912. *La mentalidad primitiva*. París, 1925.
- LEROY (MGR.). *La religión de los primitivos*. París, 1911.
- LE HÉRISSÉ (A.). *El antiguo reino del Dahomey*. París, 1911.
- LEHÉRISSON (DR. ELIE). *Estudios sobre el Vaudou publicados en «La linterna médica»*. Port-au-Prince.
- LEUBA (JAMES H.). *Psicología del misticismo religioso*. París, 1920.
- LOISY (A.). *La religión de Israel*. París, 1908. *Los libros del Nuevo Testamento*. París, 1922. *Ensayo histórico sobre el sacrificio*. París, 1920.
- MOREAU DE ST.-MÉRY. *Descripción topográfica, física y civil, política e histórica de Santo Domingo*. Filadelfia, 1797. *La danza*. Parma, 1803.
- MAURIS. Artículo del «Mercurio de Francia».
- NAU (EMILE). *Historia de los caciques de Haití*. Port-au-Prince, 1894.
- PETTIT. *Historia universal ilustrada de los pueblos*. París, 1913.
- PEYTRAUD. *La esclavitud en las Antillas francesas antes de 1789*. París, 1897.
- PINARD DE LA BOULAYE (S. J.). *Estudio comparado de las religiones*. París, 1922.
- PRICE (HANNIBAL). *La rehabilitación de la raza negra*. Port-au-Prince, 1900.
- REINACH (SALOMÓN). *Orfeo*. París, 1900.
- SEBILLOT. *El folklore*. París, 1913.



## JEAN PRICE-MARS Y SU ÉPOCA

## VIDA Y OBRAS

## PANORAMA CULTURAL

## HECHOS HISTÓRICOS

1876 Nacimiento de Price-Mars en Grande Rivière du Nord (Haití).

1895 Obtiene el bachillerato. Comienza en París estudios de medicina.

1900 Vuelve a Haití sin haber terminado sus estudios de medicina.

W. E. B. Du Bois publica su tesis: *The Suppression of the African Slave-Trade in the United States (1638-1870)*, Harvard.

La revista «Century» publica poemas de Paul Laurence Dunbar.

Gustave Lebon: *Lois psychologiques du développement des peuples*.  
James Weldon Johnson: *Lift Every Voice and Sing*.  
Booker T. Washington: *A New Negro, a New Century*.  
Lina Rodríguez: *L'animisme féétichiste des négres de Bahia*.

Boisrond Cana elegido Presidente de Haití.

Primer Congreso Panafricano en Londres.

SEMPLE. *Influencias del medio geográfico sobre la base del sistema antropogeográfico de Ratzel*. Nueva York y Londres, 1911.

SERGENT (EMILE). *Tratado de patología médica*.

STANLEY. *A través del continente misterioso*. París, 1879.  
*En las tinieblas de Africa*.

SÖDERBLOM. *Manual de historia de las religiones*. París, 1925.

TAUXIER. *El negro del Sudán*. París, 1911.

TOUTÉE (CORONEL). *Del Dabomey al Sahara*. París, 1907.

TROUILLOT (D.). *Bosquejo etnográfico de Vaudou*. Port-au-Prince, 1885.

VALLAUX (CAMILLE). *El suelo y el Estado*. París, 1911.

WOODRING. *Geología de la República de Haití*. Port-au-Prince, 1925.

| VIDA Y OBRAS | PANORAMA CULTURAL                             | HECHOS HISTÓRICOS                                                                                                                                                                  |
|--------------|-----------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 1903         | Secretario de la Embajada de Haití en Berlín. | Nacimiento de Emile Roumer, poeta, fundador de «La Revue Indigène.»<br>Du Bois: <i>The Souls of Black Folk</i> .                                                                   |
| 1904         | Encargado de Misión en los E.U.A.             | Nacimiento de Philippe Thoby-Marcelin, Alejo Carpentier, Pablo Neruda.                                                                                                             |
| 1906         | Funcionario del Gobierno de Nord Alexis,      | Muerte del poeta nacional Oswald Durand.<br>Fernando Ortiz: <i>Los Negros brujos</i> .<br>Antoine Innocent: <i>Mimola</i> .                                                        |
| 1909         | Secretario de Legación en Washington.         | Nacimiento de Jean Briere.<br>L. Lugones: <i>Lunario Sentimental</i> .<br>J. Herrera y Reissig: <i>La Tierra de las Esfinges</i> .<br>Etzer Vilaire: <i>Fantaisies poétiques</i> . |
| 1915         | Encargado de Negocios en París.               | Nacimiento de Roussan Camille, René Béjance.<br>Muerte de Booker T. Washington.<br>Du Bois: <i>The Negro</i> .                                                                     |

Primeros pasos hacia la construcción del Canal de Panamá.

Segunda intervención yankee en Cuba. Crisis del café en Brasil.

Primeras tentativas de penetración financiera yankee en Haití. (Contra-tos compañía de ferrocarriles).

28 de julio: Invasión militar de Haití por los «marines» yankees.

#### VIDA Y OBRAS

#### PANORAMA CULTURAL

#### HECHOS HISTÓRICOS

|      |                                                                                                                              |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        |
|------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 1919 | Publica: <i>La Vocation de l'Elite</i> (La Vocation de la Elite).                                                            | Claude MacKay: <i>If We Must Die</i> .<br><br>Aseginato del jefe guerrillero haitiano Charlemagne Peralte por oficiales yankees. Fin de la insurrección popular de los Cacos (1920).<br>Disturbios raciales en los EEUU.                                                                                                                                               |
| 1921 | Pronuncia conferencias sobre los temas que serán mas tarde estudiados en « <i>Ainsi Parla l'Oncle</i> ». (Así habló el Tío). | Fernando Ortiz: <i>Los cabildos afro-cubanos</i> .<br><br>Centenario de la independencia de las cinco repúblicas de Centroamérica. Intento fallido de rehacer la Federación Centroamericana.                                                                                                                                                                           |
| 1922 | Termina en Haití los estudios de medicina comenzados en París.                                                               | Maurice Delafosse: <i>Les Noirs d'Afrique L'Ame nègre</i> .<br>Nina Rodríguez: <i>A raza negra na America Portuguesa</i> .<br>Claude MacKay: <i>Harlem Shadows</i> .<br>Nacimiento de Jacques S. Alexis.<br><br>Los Estados Unidos imponen a Haití un empréstito que significa un protectorado financiero sobre el país.                                               |
| 1928 | Publica: <i>Ainsi Parla l'Oncle</i> (Así habló el Tío).                                                                      | J. C. Mariátegui: <i>7 ensayos de interpretación de la realidad peruana</i> .<br>Pedro Henríquez Ureña: <i>Seis ensayos en busca de nuestra expresión</i> .<br>Alfred Métraux: <i>Civilisation matérielle des tribus Tupi-Guarani</i> .<br><br>Fundación de la Liga de la Juventud Patriota de Haití («Ligue de la Jeunesse Patriote») por J. Roumain y Georges Petit. |



VIDA Y OBRAS

PANORAMA CULTURAL

HECHOS HISTÓRICOS

- 1929 Publica: *Une étape de l'Évolution Haïtienne (Una etapa de la evolución haitiana)*.

Muerte de Normil G. Sylvain, animador de la revista «La Revue Indigène».  
Poemas de Carl Brouard.  
Muerte de Fernand Hibbert.

Proceso político contra Jacques Roumain, Georges Petit, Elie Guérin; condenados a un año de prisión. Las autoridades militares yankees proclaman la ley marcial. «Marines» disparan en Marcheterre contra una marcha pacífica de campesinos. Huelgas en Haití. Crisis económica mundial.

- 1930 Electo senador de la República.

Jacques Roumain: *La proie et l'ombre*.  
Jorge de Lima: *Negra Fuló*.  
James Weldon Johnson: *Black Man-batian*.

Sténio Vincent electo presidente de Haití.

- 1932 Excluido del Senado por el dictador Sténio Vincent.

Philippe Thoby-Marcelin: *La négresse adolescente*.  
Jean F. Brière: *Le petit soldat*.  
Publicación en París de la revista antillana: «Légitime Défense».  
León Laleau: *Le choc*.  
Carl Brouard: *Poésias*.

Arresto de Jacques Roumain acusado de «complot comunista».

VIDA Y OBRAS

PANORAMA CULTURAL

HECHOS HISTÓRICOS

- 1933 Retirada de Price Mars de la política.

Frobenius: *Histoire de la civilisation africaine*.  
Regino Pedroso: *Notros*.  
Neruda: *Residencia en la tierra*.  
Carpentier: *Écure-Yamba-O!*.  
Martínez Estrada: *Radiografía de la pampa*.  
León Laleau: *Ondes courtes*.  
Duraciné Valval: *Histoire de la Littérature haïtienne*.  
Carl Brouard: *Étude sur Price Mars*.  
Homero Pires: *Os Africanos no Brasil* (compuesto con las investigaciones de Nina Rodríguez).

Caída de Machado en Cuba. Comienzo de la política llamada del «Buen Vecino» de los Estados Unidos hacia la América Latina.

- 1941 Electro senador de la República.  
Director de la Oficina de Etnología fundada por Jacques Roumain.

Magloire Saint-Aude: *Dialogue de mes lampes*.  
Aimé Césaire y René Menil fundan en Martinica la revista «Tropiques».  
Encuentro de Césaire con André Breton.  
J. L. Borges: *El jardín de senderos que bifurcan*.  
Melville J. Herskovits: *El estudio de la música negra en el hemisferio occidental*. (Boletín Latino-Americano de Música, Montevideo 1941. TV).

- 1944 Profesor en la Oficina de Etnología.

Muerte de Jacques Roumain.  
Jacques Roumain: *Les gouverneurs de la Rosée*, (novela póstuma).  
Pierre y Philippe Thoby-Marcelin: *Canapé vert*, (premio de la novela interamericana).  
Carpentier: *Viaje a la semilla*.

Revolución del 20 de octubre en Guatemala. Se inicia la década democrática y progresista de los gobiernos de Arévalo y Arbenz.

- 1946 Secretario de Estado de Relaciones Exteriores.

Aimé Césaire: *Les armes miraculeuses*.  
René Depestre: *Gerbe de sang*.  
Emilio Ballagas: *Mapa de la poesía negra americana*.  
Carpentier: *La música en Cuba*.  
Fernando Ortiz: *El engaño de las razas*.

El periódico «La Ruche» (dirigido por T. Baker y René Depestre) lanza un llamado a la insurrección nacional. Huelgas generales. Caída de Lescot. El ejército dirige la contrarrevolución y pone a D. Estriné en el poder.

- 1947-49 Embajador en República Dominicana.

Jean Brierre: *Black Soul*.  
A. Carpentier: *El Reino de este mundo*.  
Nicolás Guillén: *El son entero*.  
Pablo Neruda: *Tercera residencia*.  
E. Diego: *En la Calzada de Jesús del Monte*.  
Aimé Césaire: *Cabiers d'un retour au pays natal*.  
P. I. R. James: *Les Jacobins noirs*.  
Milo Marcelin: *Mythologie vaudou*.

Represión contra el movimiento comunista haitiano. Conferencia de Río de Janeiro y firma del llamado Tratado de Asistencia Recíproca, inicio de la «guerra fría».

- 1953 Publica: *La République d'Haiti et la République Dominicaine* (La República de Haití y la República Dominicana).

Carpentier: *Los pasos perdidos*.  
P. Thoby-Marcelin: *A Jonás perdue*.

Asalto al cuartel Moncada dirigido por Fidel Castro. Golpe de estado militar en Colombia.



VIDA Y OBRAS

PANORAMA CULTURAL

HECHOS HISTÓRICOS

1956 Celebración en Haití del Jubileo de Price-Mars (80 años).  
 Preside en París el Primer Congreso de Escritores y Artistas Negros.

Jean Briere: *La source*.

Césaire: *Et les chiens se taisaient*.

Guillén: *Elegie a Emmet Till*.

Langston Hughes: *The First Book of the West Indies*.

Luis Palés-Matos: *Poesía*, 1915-1956.

Neruda: *Nuevas odas elementales*.

Caída del dictador Magloire. El yate «Granma» lleva a Cuba a los 82 hombres de una expedición comandada por Fidel Castro. Ernesto Guevara participa de la expedición. Ajusticiamiento de Anastasio Somoza, en Nicaragua, por el poeta y patriota Rigoberto López Pérez.

1957 Secretario de Estado de Relaciones Exteriores.

Jacques S. Alexis: *Les arbres mués*.

Jean Briere: *La nuit*.

Lezama Lima: *La expresión americana*.

Pablo Neruda: *Obras completas*.

René Depestre: *Mineral Negro*.

Subida de F. Duvalier al poder. Asesinato de Castillo Armas en Guatemala, por individuos de su misma camarilla.

1958 Presidente de la Sociedad Africana de Cultura.

Janheinz Jahn: *Muntu*.

Alfred Métraux: *Le raudou Haitien*.

Carlos Fuentes: *La región más transparente*.

Los comandantes Ernesto Che Guevara y Camilo Cienfuegos llevan con éxito la guerra revolucionaria a la mitad de la Isla de Cuba.

VIDA Y OBRAS

PANORAMA CULTURAL

PANORAMA CULTURAL

1961 Publica: *Vilbrun Guillaume Sam, ce méconnu (Vilbrun Guillaume Sam, ese desconocido)*.

Frantz Fanon: *Los condenados de la Tierra*.

Langston Hughes: *Asè your mama*.

Michel Leiris: *Contact de civilisations en Martinique et en Guadeloupe*.

Césaire: *Cadastre*.

Feroz tiranía de Duvalier en Haití. Victoria de Playa Girón. Cuba se declara estado socialista. Victoriosa campaña de alfabetización en Cuba.

## INDICE

|                                              |        |
|----------------------------------------------|--------|
| Jean Price-Mars y el mito<br>del Orfeo negro | IX     |
| Prólogo                                      | XXXIII |
| CAPITULO I                                   | 1      |
| CAPITULO II                                  | 31     |
| CAPITULO III                                 | 59     |
| CAPITULO IV                                  | 87     |
| CAPITULO V                                   | 103    |
| CAPITULO VI                                  | 131    |
| CAPITULO VII                                 | 235    |
| CAPITULO VIII                                | 251    |
| Postfacio                                    | 251    |
| Bibliografía                                 | 295    |
| Jean Price-Mars y su época                   | 299    |



---

ASÍ HABLÓ EL TÍO, DE JEAN PRICE-  
MARS SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL  
8 DE MARZO DE 1968 EN LA UNIDAD  
PRODUCTORA 08 DEL INSTITUTO DEL  
LIBRO. PUBLICADO POR EDICIONES  
CASA DE LAS AMÉRICAS. REPÚBLICA DE  
CUBA, GOBIERNO REVOLUCIONARIO.  
ESTA EDICIÓN CONSTA DE CINCO MIL  
EJEMPLARES

---

# EDICIONES

## CASA DE LAS AMERICAS

# cas

### Títulos publicados

Cuba, transformación del hombre  
La Sierra y el Llano  
Nuevos cuentistas cubanos (antología)  
E. Martínez Estrada y Siné El verdadero cuento del tío Sam  
E. Martínez Estrada Martí Revolucionario

### COLECCIÓN PREMIO

José Soler Puig Bertillón 166 °1960  
J. M. López Valdizón La vida rota °1960  
Andrés Lizárraga Santa Juana de América °1960  
Jorge Enrique Adoum Dios trajo la sombra °1960  
E. Martínez Estrada Análisis funcional de la cultura °1960  
M. I. Fornés, G. Parrado, A. Estorino, A. Arrufat Teatro Cubano  
Dora Alonso Tierra inerte °1961  
Luis Díaz Chávez Pescador sin fortuna °1961  
Manuel Calich El pescado indigesto °1961  
Roberto Ibáñez La Frontera °1961  
Luis E. Valencia Realidad y Perspectiva de la Revolución  
Cubana °1961  
Daura Olema Maestra voluntaria °1962  
Raul González de Cascorro Gente de Playa Girón °1962  
Emilio Carballido Un pequeño día de ira °1962  
Fayad Jamis Por esta libertad °1962  
G. Martínez Amengual Presencia de la Reforma Agraria  
en América °1962  
Roque Dalton El turno del ofendido  
Abelardo Castillo Las otras puertas  
Rene Marques En una ciudad llamada San Juan  
Lisandro Otero La situación °1963  
Lisandro Chavez Alfaro Los monos de San Telmo °1963  
Osvaldo Dragún Milagro en el Mercado Viejo °1963  
Jorge Ibargüengoitia El Atentado °1963  
Ali Lameda El gran Cacique °1963  
G. Martínez Amengual Subdesarrollo y revolución  
en Latinoamérica °1963  
Jorge Texier Avellaira Reforma Agraria  
Washington Durán América Latina al desnudo  
Alfonso Cuesta Los hijos  
Manuel Zapata Olivella Corral de negros  
Jorge Ibargüengoitia Los relámpagos de agosto °1964  
Octavio Gatino Chulleca °1964  
Mario Trejo El uso de la palabra °1964  
Oduvaldo Viana Cuatro cuerdas de tierra °1964  
Abelardo Estorino y Andrés Lizárraga Teatro  
Pablo Armando Fernández Libro de los héroes  
Jorge Onetti Cualquercosario °1965  
José Triana La noche de los asesinos °1965  
Victor García Robles Oid Mortales °1965  
Jorge Zalamea La poesía ignorada y olvidada °1965  
Marta Traba Las ceremonias del verano °1966  
Osvaldo Dragún Heroica de Buenos Aires °1966  
Enrique Lihn Poesía de paso °1966  
Franklin J. Franco República Dominicana, clases, crisis  
y comandos °1966  
Jesús Díaz Rodríguez Los años duros °1966  
David Viñas Los hombres de a caballo °1967  
Dalmiro Sáenz ¡Hip... Hip... Ufa! °1967



Félix Grande Blanco Spirituals "1967  
 Antonio Benítez Tute de Reyes "1967  
 Federico Brito Venezuela Siglo XX "1967  
 Miguel Barnet La Sagrada Familia  
 René Depestre Un arco iris para el occidente cristiano  
 Ricardo Piglia Jaulario  
 Luis Agüero La Vida en dos  
 Manuel Granados Adire y el tiempo roto  
 Gonzalo Rojas Contra la muerte  
 Noé Jitrik Addio a la mamma  
 César Calvo El cetro de los jóvenes

#### COLECCIÓN LITERATURA LATINOAMERICANA

Machado de Assis Memorias póstumas de Blas Cubas  
 José Carlos Mariátegui Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana  
 Florencio Sánchez Teatro  
 Martín Luis Guzmán El águila y la serpiente  
 Lucio V. Mansilla Una excursión a los indios Ranqueles  
 Jenaro Prieto El socio  
 Graciliano Ramos Vidas secas  
 Enrique Amorim El paisano Aguilar  
 Antonio J. Irisarri Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho  
 Ricardo Palma Tradiciones peruanas  
 Rubén Romero La vida inútil de Pito Pérez  
 Horacio Quiroga Cuentos  
 Julio Cortázar Cuentos  
 Baldomero Sanín Cano Ensayos  
 Documentos de Simón Bolívar  
 Augusto Céspedes Metal del diablo  
 Carolina Maria de Jesús La favela  
 M. Zeno Gandía La charca  
 Roberto J. Payró Pago Chico  
 Pedro Enriquez Ureña Ensayos  
 Pablo Neruda Poesías  
 César Vallejo Poesías completas  
 José María Arguedas Los ríos profundos  
 Jorge Icaza Huasipungo  
 José Eustasio Rivera La vorágine  
 Agustín Yáñez Al filo del agua  
 Ernesto Sábato Sobre héroes y tumbas  
 Robert o Arlt Antología  
 Francisco Díaz y F. Hernández Arana Anales de los cakchiqueles  
 Gabriela Mistral Poesías  
 Rubén Darío Poesías  
 Mario Benedetti Montevideanos  
 Manuel Rojas Hijo de ladrón

#### CUADERNOS CASA

E. Martínez Estrada Familia de Martí  
 Lisandro Otero Hemingway  
 Edmundo Desnoes Ram, azul y negro  
 Seymour Menton Juan José Arreola  
 Rine Leal Eugene O'Neil  
 Roque Dalton César Vallejo  
 Luis Cardoza Aragón Perfiles  
 Jorge Timossi Poesía actual de Buenos Aires  
 Emmanuel Calballo Agustín Yáñez  
 Regis Debray ¿Revolución en la Revolución?  
 David Viñas Argentina: Ejército y oligarquía  
 Benedetti Lezama, Simó, Retamar, Diego sobre Julio Cortázar

• Premios Casa de las Américas

#### COLECCIÓN "LA HONDA"

Ernesto Cardenal Poemas  
 Sebastián Zalazar Bondy Lima la horrible  
 Javier Heraud Poemas

#### NUESTROS PAISES

Foque Dalton El Salvador  
 Foque Dalton México  
 Hufarco Elías Ramírez Colombia  
 G. Martínez Amengual Brasil  
 Luth Arrieta Bolivia  
 Gaspar Mortillaro Argentina  
 Longino Becerra Honduras  
 Teodoro Martén Costa Rica  
 Patricio Cueva Ecuador  
 Armando Bayo Puerto Rico  
 Gumersindo Martínez Amengual Venezuela  
 Omar Díaz de Arce Paraguay  
 Milton Sánchez Nicaragua  
 Pedro Jorge Vera Chile  
 Armando Bayo Panamá  
 Pedro Jorge Vera Haití

#### ESTUDIOS DEL CENTRO DE DOCUMENTACIÓN "JUAN F. NOYOLA"

Longino Becerra El problema agrario en Honduras  
 Federico García Hurtado La revolución agraria del Perú  
 Amado Canelas Bolivia: Un caso de Reforma Agraria

nacional haitiana que hayan sido nunca antes intentada por un intelectual del país. El libro llegaba en el momento en que los jóvenes haitianos que entonces tenían talento sentían, bajo la odiosa ocupación extranjera, la necesidad de romper definitivamente con la imitación estéril de las corrientes estéticas importadas de París y de correr los riesgos y peligros de la gran aventura de una literatura y de un arte estrechamente vinculados a las realidades y a los sueños de Haití.

En *Así habló el Tío*. Jean Price-Mars, atropellando con fuerza los prejuicios y los tabús de la mediocre burguesía haitiana, osó descubrir Haití, el pueblo haitiano y su folklore, el vudú y su compleja mitología, con ojos nuevos e inteligentes. He ahí el verdadero mérito del libro, y es sin duda ello lo que hace su valor científico y literario y lo que aun lo hace digno de ser conocido fuera de nuestro país. Realizó brillantemente el primer inventario coherente de la herencia africana en Haití. Abrió el camino a numerosas investigaciones científicas, cuyo objeto deberían ser el vudú y el folklore haitianos. También tenía la gran virtud de proponer una nueva articulación de la expresión literaria y artística a las singularidades de la vida haitiana.

---

#### DE PRÓXIMA APARICIÓN

##### COLECCIÓN LITERATURA LATINOAMERICANA

Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*

Luis Cardoza y Aragón, *Guatemala, las líneas de su mano*.

##### COLECCIÓN «LA HONDA»

Felisberto Hernández, *Cuentos*  
José Bianco, *Sombras suele vestir*